

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Libro Quinto.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1659**



VIDA Y HECHOS

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

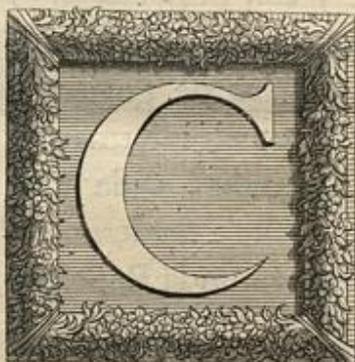
P A R T E S E G U N D A.

---

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

*De lo que el Cura, y el Barbero passaron con Don Quixote  
cerca de su enfermedad.*



VENTA Cide Hamète Benen-  
gèli en la segunda parte desta  
hìstoria, y tercera salida de Don  
Quixote, que el Cura, y el Bar-  
bero se estuvièron casi un mes sin  
verle, por no renovarle, y traèrle  
à la memoria las cosas passadas:  
Pero no por esto dexaron de visitar  
à su sobrina y à su ama, encargàndolas, tuvièssen cuenta  
con regalàrle, dándole à comer cosas confortativas, y apro-  
piadas para el coraçon, y el cerebro de donde procedia, (segun

TOM. III.

B

buen

buen discurso,) toda fu mala ventura: Las quales dixèron, que assi lo hazian, y harian con la voluntad y Cuydado posible; porque echàvan de ver, que fu Señor por momentos iva dando muestras de està en su entero Juyzio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecèrles que avian acertado en avèrle traydo encantado en el carro de los bueyes, como se contò en la primera parte desta tan grande como puntual història en su ultimo capitulo: Y assi determinaron de visitàrle, y hazer experiencia de su mejorìa, aunque tenian casi por imposible que la tuvièsse; y acordaron de no tocàrle en ningun punto de la andante cavalleria, por no ponèrse à peligro de descosèr los de la herida, que tan tiernos estàvan.

VISITARONLE en fin, y hallaronle sentado en la cama, vestida una almilla de vayeta verde, con un bonete colorado Toledano; y estàva tan seco, y amoxamado, que no parecia sino hecho de carne mòmia. Fuèron del muy bien recibidos: Preguntaronle por su salud, y el diò cuenta de si, y della con mucho Juyzio, y con muy elegantes palabras. En el discurso de su platica vinièron à tratàr en esto que llaman razon de estado, y modos de gobierno, enmendando este abuso, y condenando aquel, reformando una costumbre, y desterrando otra, haziendose cada uno de los tres un nuevo Legislador, un Licurgo moderno, ò un Solon flamante: Y de tal manera renovaron la Republica, que no pareció, sino que la avian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron. Y Don Quixote habló con tanta discrecion en todas las materias, que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitablemente, que estàva del todo bueno, y en su entero juyzio. Hallaronse

pre-

LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG





*Jn<sup>e</sup> Vanderbank inv<sup>t</sup> et Delin.  
Vol. 3. p. 3*

*Ger. Vandergucht sculp.*

presentes à la platica la sobrina y ama, y no se hartavan de dár gracias à Dios de ver à su Señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el proposito primero, que era de no tocàrle en cosa de cavallerias, quiso hazer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ò verdadera: Y assi de lance en lance vino à contar algunas nuèvas, que avian venido de la corte; y entre otras dixo, que se tenia por cierto, que el Turco baxava con una poderosa Armada, y que no se sabia su designio, ni adonde avia de descargàr tan gran nublado; y con este temor con que casi cada año nos toca al arma, estava puesta en ella toda la Christiandad, y su Magestad avia hecho proveer las costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondiò Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentissimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo: Pero si se tomàra mi consejo, aconsejàrale yo, que usara de una prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora deve estar muy ageno de pensar en ella. A penas oyò esto el Cura, quando dixo entre si: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece, que te despeñas de la alta cumbre de tu locura, hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero, (que ya avia dado en el mesmo pensamiento que el Cura,) preguntò à Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion que dezia, era bien se hiziesse; quiza podria ser tal, que se pudiesse en la lista de los muchos advertimientos impertinentes, que se suelen dár à los Principes? El mio, Señor rapador, dixo Don Quixote, no serà impertinente sino pertenciente. No lo di-



go por tanto, replicò el Barbero, fino porque tiene mostrado la experiencia, que todos, ò los mas arbitrios que se dan à su Magestad, ò son impossibles, ò disparatados, ò en daño del Rey, ò del Reyno. Pues el mio, respondió Don Quixote, ni es imposible, ni disparatado, fino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero y breve, que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno. Ya tarda en dezirle vuestra merced, Señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, lo dixèsse yo aqui agora, y amanecièsse mañana en los oydos de los Señores Consejeros, y se llevàsse otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi, dixo el Barbero, doy la palabra para aqui, y para delante de Dios de no dezir lo que vuestra merced dixere, à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal: Juramento que aprendi del Romance del Cura, que en el Prefacio avisò al Rey del Ladron que le avia robado las cien doblas, y la formula la andariega. No se històrias, dixo Don Quixote, pero se que es bueno esse Juramento, en Fè de que se, que es hombre de bien el Señor Barbero. Quando no lo fuèra, dixo el Cura, yo le abòno y falgo por el, que en este caso no hablarà mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. Y à vuestra merced quien le fia, Señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profession, respondió el Cura, que es de guardàr secreto.

CUERPO de tal, dixo à esta Sazon Don Quixote, à mas fino mandàr su Magestad por publico pregon, que se junten en la Corte para un dia señalado todos los Cavaleros andantes que vagan por España; que aunque no vinièssen fino media dozena, tal podria venir entre ellos, que fo-  
lo

lo bastàsse à destruyr toda la potestad del Turco. Estenme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. Por ventura es cosa nueva des hazèr un solo Cavallero andante un exercito de dozientos mil hombres, como si todos juntos tuvièran una sola garganta, ò fuèran hechos de alfeñique? Sino diganme, quantas històrias estàn llenas destas maravillas? Avia, en hora mala para mi, que no quiero dezir para otro, de vivir oy el famoso Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula; que si alguno destos òy vivièra, y con el Turco se afrontàra, à fè que no le arrendàra yo la ganancia: Pero Dios mirarà por su pueblo, y depararà alguno, que fino tan bravo como los passados andantes Cavalleros, à lo menos no les ferà Inferior en el animo: Y Dios me entiende, y no digo mas. Ay! dixo à este punto la Sobrina, que me maten, fino quiere mi Señor tio bolver à ser Cavallero andante. A lo que dixo Don Quixote: Cavallero andante he de morir; y baxe, ò suba el Turco quando el quisière, y quan poderosamente pudière, que otra vez digo, que Dios me entiende. A esta fazon dixo el Barbero, suplico à vuestras mercedes, que se me dè licencia para contar un cuento breve, que sucediò en Sevilla; que por venir aqui como de molde, me dà gana de contarle. Diò la licencia Don Quixote, y el Cura; y los demas le prestàron atencion, y el començò desta manera.

EN la casa de los locos de Sevilla estàva un hombre, à quien sus parientes avian puesto alli por falto de juyzio: Era graduado en Cànones por Osuna; pero aunque lo fuèsse por Salamanca, segun opinion de muchos, no dexàra de  
fer

fer loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se diò à entender, que estàva cuerdo, y en su entero Juyzio ; y con esta imaginacion escriviò al Arçobispo, suplicàndole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandàsse sacar de aquella miseria en que vivìa, pues por la misericordia de Dios avia ya cobrado el Juyzio perdido : Pero que sus parientes, por gozàr de la parte de su hazienda, le tenian alli, y à pesar de la verdad querian que fuèsse loco hasta la muerte. El Arçobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandò à un Capellan fuyo, se informàsse del Retor de la casa, si era verdad lo que aquel licenciado le escrivìa ; y que asimismo hablàsse con el loco, y que si le parecièsse que tenia Juyzio, le sacàsse y pusièsse en libertad. Hizolo assi el Capellan, y el Retor le dixo, que aquel hombre aun se estàva loco ; que puesto que hablava algunas vezes como persona de grande entendimiento, al cabo disparàva con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualavan à sus primeras discreciones, como se podia hazer la experiencia hablàndole. Quiso hazerla el Capellan, y ponièndole con el loco, hablò con el una hora, y mas ; y en todo aquel tiempo jamas el loco dixo razon torcida, ni disparatada ; antes hablò tan atentadamènte, que el Capellan fuè forçado à creèr, que el loco estàva cuerdo : Y entre otras cosas que el loco le dixo, fuè, que el Retor le tenia ojeriza por no perdèr los regalos, que sus parientes le hazian, porque dixèsse que aun estàva loco, y con lúcidos intervàlos ; y que el mayor contràrio, que en su desgràcia tenia, èra su mucha hazienda, pues por gozàr della sus Enemigos, ponian dolo,

dolo, y dudàvan de la merced, que nuestro Señor le avia hecho en bolvèrle de bestia en hombre. Finalmènte el hablò de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciòs, y defalmàdos à sus parientes, y à el tan discreto, que el Capellàn se determinò à llevàrsele consigo, à que el Arçobispo le vièsse, y tocàsse con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fè el buen Capellàn pidiò al Retor, mandàsse dár los vestidos, con que alli avia entrado el licenciado. Bolviò à dezir el Retor, que miràsse lo que hazia ; porque sin duda alguna el licenciado aun se estàva loco ; pero no firvièron de nada para con el Capellan las prevenciones, y advertimientos del Retor, para que dexàsse de llevàrle. Obedeciò el Retor, viendo ser orden del Arçobispo : Pusièron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes : Y como el se viò vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicò al Capellàn, que por caridad le dièsse licencia para ir à despedirse de sus compañeros los locos. El Capellan dixo, que el le queria acompañar, y vèr los locos que en la casa avia. Subièron en efecto, y con ellos algunos que se hallàron presentes : Y llegàndo el licenciado à una Jaula adonde estàva un loco furioso (aunque entonces soffegado y quieto) le dixo : Hermano mio, mire si me manda algo, que me vòy à mi casa ; que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo mereçerlo, de bolvèrme mi Juyzio. Ya estòy sano, y cuerdo ; que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperança y confiança en el ; que pues à mi me ha buuelto à mi primer estado, tambien le bolverà à el, si en el confia. Yo tendrè cuidado

dado de embiàrle algunos regalos que coma ; y còmalos en todo caso ; que le hago sabèr, que imagino, como quien ha passado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tenèr los estomagos vazios, y los celebros llenos de ayre: Esfuèrcese, esfuèrcese, que el descaecimiènto en los infortunios apòca la salud, y acarrèa la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchò otro loco, que estàva en otra Jaula frontèro de la del furioso: Y levantàndose de una estèra vieja donde estàva echado, y desnudo en cueros, preguntò à grandes voces, quien era el que se iba sano y cuerdo? El licenciado respondiò: Yo sòy, hermano, el que me vòy, que ya no tengo necesidad de estàr mas aqui, por lo que dòy infinitas Gracias à los Cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que dezis, licenciado, no os engañe el diablo, replicò el loco: Soffegad el pie, y estàos quieto en vuestra casa, y ahorrarèys la buelta. Yo sè que estòy bueno, replicò el licenciado, y no avrà para que tornàr à andar estaciones. Vos bueno? dixo el loco. Aora bien, ello dirà, andad con Dios; pero yo os voto à Jupiter (cuya Magestad yo represento en la tierra) que por solo este pecado, que oy comete Sevilla en facàros desta casa, y en tenèros por cuerdo, tengo de hazèr un tal castigo en ella, que quede memoria dèl, por todos los Siglos de los Siglos, Amen. No sabes tu, licenciadillo menguado, que lo podrè hazer; pues como digo, sòy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrafadores, con que puedo, y suèlo amenazàr, y destruìr el Mundo? Pero con sola una cosa quiero castigàr à este ignorante pueblo; y es, con no llovèr en èl, ni en todo su distrito y

con-

contorno por tres años entèros, que se han de contar desde el dia, y punto, en que hà sido hecha esta amenaza en adelante. Tu libre, tu sano, tu cuèrdo; y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Assi pienso llover, como pensàr ahorcàrme. A las voces, y à las razones del loco estuvièron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, bolvièndose à nuestro Capellàn, y asièndole de las manos, le dixo: No tenga vuestra merced pena, Señor mio, ni hàga caso de lo que este loco ha dicho; que si el es Jupiter, y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloverè todas las vezes, que se me antojàre, y fuère menester. A lo que respondiò el Capellàn: Con todo esso, Señor Neptuno, no serà bien enojàr al Señor Jupiter. Vuestra merced se quede en su casa, que otro dia, quando àya mas comodidad, y mas espacio, bolverèmos por vuestra merced. Riòse el Retor, y los presentes, por cuya rifa se mediocorriò el Capellàn. Desnudàron al licenciado: quedòse en casa, y acabòse el cuento.

P U E S este es el cuento, Señor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aqui como de molde, no podia dexàr de contarle? A Señor rapista, Señor rapista! y quan ciego es aquel que no vèe por tela de cedaço. Y es possible, que vuestra merced no sabe, que las comparaciones que se hazen de ingènio à ingènio, de valor à valor, de hermosura à hermosura, y de linage à linage, son siempre odiòsas, y mal recibidas? Yo, Señor barbero, no soy Neptuno el Dios de las aguas, ni procùro, que nadie me tenga por discreto, no lo siendo: Solo me fatigo por dàr à



entendèr al mundo el error en que està, en no renovàr en fi el felicissimo tiempo, donde campeàva la orden de la andante Cavalleria; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozàr tanto bien, como el que gozàron las edades, donde los andantes Cavalleros tomàron à su cargo, y echàron sobre sus espaldas la defenfa de los Reynos, el amparo de las donzellas, el socorro de los huerfanos, y pupilos, el castigo de los sobervios, y el premio de los humildes. A los mas de los Cavalleros que aora se ùsan, antes les crùxen los damascos, los brocados, y otras telas de que se vistèn, que la malla con que se àrman. Ya no ay Cavallero, que duèrma en los campos, fugeto al rigor del Cielo, armado de todas armas desde los pies à la cabeça. Ya no ay quien fin facàr los pies de los estrivos, arrimado à su lança, solo procùre descabeçàr, como dizen, el sueño, como lo hazian los Cavalleros andantes. Ya no ay ninguno, que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña; y de alli passè à una esteril, y desierta playa del mar, las mas vezes proceloso y alterado; y hallando en ella, y en su orilla un pequeño batèl fin remos, vela, mastil, ni Jàrcia alguna, con intrèpido coraçon se arròje en èl, entregàndose à las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al Cielo, y ya le baxan al abismo: Y el, puesto el pecho à la incontestable borrasca, quando menos se cata, se halla tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcò; y saltando en tierra remota, y no conocida, le suceden cosas dignas de estàr escritas no en pergaminos, fino en bronces. Mas aora ya triùnfa la pereza, de la diligencia, la ociosidad, del trabajo, el vicio, de la virtud,

tud, la arrogancia, de la valentia, y la teorica, de la practica de las armas, que solo vivièron, y resplandecièron en las edades del oro, y en los andantes Cavalleros. Sino diganme, quien mas honesto, y mas valiente, que el famoso Amadis de Gaula? Quien mas discreto, que Palmerin de Inglaterra? Quien mas acomodado y manùal, que Tirante el Blanco? Quien mas galan, que Lifuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador, que Don Belianis? Quien mas intrèpido, que Perion de Gaula? O quien mas acometedor de peligros, que Felix Marte de Ircania? O quien mas sincero, que Esplandian? Quien mas arrojado, que Don Cirongilio de Tracia? Quien mas bravo, que Rodamonte? Quien mas prudente, que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido, que Reinaldos? Quien mas invencible, que Roldan? Y quien mas gallardo, y mas cortes, que Rugero de quien descenden oy los Duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmographia? Todos estos Cavalleros, y otros muchos que pudièra dezir, Señor Cura, fuèron Cavalleros andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. Destos, ò tales como Estos quisièra yo que fuèran los de mi arbitrio; que à ferlo, su magestad se hallàra bien servido, y ahorràra de mucho gasto, y el Turco se quedàra pelando las barbas: Y con esto me quiero quedàr en mi casa, pues no me fàca el capellan della; y si Jupiter, como ha dicho el barbero, no llovière, aqui estòy yo, que lloverè quando se me antojàre. Digo esto porque sepa el Señor vazia, que le entiendo. En verdad, Señor Don Quixote, dixo el Barbero, que no lo dixè por tanto; y assi me ayùde Dios, como fuè buena mi intencion, y que no deve vuestra merced



sentirse. Si puedo sentirme, ò no, respondió Don Quixote, yo me lo sè.

A esto dixo el Cura: Aun bien, que yo casi no he hablado palabra hasta aora, y no quisièra quedàr con un escrúpulo, que me røe, y escàrva la conciencia, nacido de lo que aqui el Señor Don Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió Don Quixote, tiene licencia el Señor Cura; y assi puede dezir su escrúpulo, porque no es de gusto andàr con la conciencia escrupulòsa. Pues con este beneplacito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, à que toda la caterva de Cavalleros andantes, que vuestra merced, Señor Don Quixote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne, y huesso en el mundo: Antes imagino, que todo es ficcion, fabula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ò por mejor dezir, medio dormidos. Esse es otro error, respondió Don Quixote, en que han caydo muchos, que no creèn, que àya avido tales Cavalleros en el mundo; y yo muchas vezes con diversas gentes, y ocasiones he procurado sacàr à la luz de la verdad este, casi comun, engaño; pero algunas vezes no hè podido, ni hè salido con mi intencion, y otras si, sustentandolo sobre los ombros de la verdad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por dezir, que con mis propios ojos vi à Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y rigurosa, corto de razones, tardo en ayrarse, y presto en deponer la ira: Y del modo que he delineado à Amadis, pudièra, à mi parecer,  
pintar

pintar y describir todos quantos Cavalleros andantes andan en las historias en el orbe; que por la aprehension que tengo, de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazanas que hizieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena Filosofia sus facciones, sus colores y estaturas. Que tan grande le parece à vuestra merced, mi Señor Don Quixote, preguntò el Barbero, devia de ser el Gigante Morgante? En esto de Gigantes, respondiò Don Quixote, ay diferentes Opiniones, si los ha avido, ò no en el mundo: Pero la Santa Escritura, que no puede faltàr un atomo en la verdad, nos muestra, que los hubo, contàndonos la historia de aquel Filisteazo de Goliath, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta, que fueron Gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres, que la Geometria saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabrè dezir con certidumbre, que tamaño tuvièsse Morgante, aunque imagino, que no deviò de ser muy alto: Y muèveme à ser deste parecer, hallar en la historia donde se haze mencion particular de sus hazanas, que muchas vezes dormia debaxo de techado; y pues hallava casa donde cupièsse, claro està, que no era desmesurada su grandeza. Assi es, dixo el Cura, el qual gustando de oirle dezir tan grandes disparates, le preguntò: Que sentia acerca de los rostros de Reynaldos de Montalvan, y de Don Roldan, y de los demas doze pares de Francia, pues todos avian sido Cavalleros andantes? De Reynaldos, respondiò Don Quixote, me atrevò à dezir, que era  
ancho

ancho de rostro, de color vermèjo, los ojos bayladores, y algo faltados, puntoso, y colèrico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida. De Roldan, ò Rotolando, ò Orlando (que con todos estos nombres le nombran las històrias) sòy de parecer, y me afirmo, que fuè de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y Barbizaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y Biencriado. Sino fuè Roldan mas Gentilhombre, que vuestra merced ha dicho, replicò el Cura, no fuè maravilla, que la Señora Angelica la Bella le desdeñasse; y dexasse por la gala, brio, y donayre, que devia de tener el morillo barbi-poniente, à quien ella se entregò: Y anduvo discreta de amar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esta Angelica, respondiò Don Quixote, Señor Cura, fuè una donzella des trayda, andariega, y algo antojadiza; y tan lleno dexò el Mundo de sus Impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreciò mil Señores, mil valientes, y mil discretos; y contentòse con un pagezillo barbiluzio, sin otra hazienda, ni nombre, que el que le pudo dàr de agradecido la amistad, que guardò à su amigo el gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse, ò por no querer cantàr lo que à esta Señora le sucediò despues de su ruyn entrego, que no devièron ser cosas demasiadamente honestas; la dexò, donde dixo:

*Y como del Catay recibì el Cetro,  
Quizà otro cantarà con mejor Pleçtro.*

Y

Y fin duda que esto fuè como Profecia (que los Poëtas tambien se llaman Vates) que quiere dezir, Adivinos. Y esta verdad se veè clara; porque despues acà un famoso Poëta Andaluz llorò y cantò sus làgrimas: Y otro famoso, y único Poëta Castellano cantò su hermosura.

DÌGAME Señor Don Quixote, dixo à esta fazon el Barbero: No ha avido algun Poëta, que haya hecho alguna Sàtira à essa Señora Angelica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondiò Don Quixote, que si Sacripante, ò Roldan fuèran Poëtas, que ya me huvieran jaborado à la donzella; porque es propio, y natural de los Poëtas desdeñados, y no admitidos de sus damas fingidas, ò fingidas en efeto de aquellos à quien ellos escogieron por Señoras de sus pensamientos, vengàrse con Sàtiras, y Libèlos (Vengança por cierto indigna de pechos generosos:) Pero hasta agora no ha llegado à mi noticia ningun verso infamatorio contra la Señora Angelica, que tràxo rebuelto el Mundo. Milagro, dixo el Cura! y en esto oyeron, que el ama, y la sobrina (que ya avian dexado la conversacion) dàvan grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruýdo.



## CAPITULO II.

*Que trata de la notable pendencia que Sancho Pança tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sujetos graciosos.*

CUENTA la Història, que las voces, que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la sobrina, y ama, que las davan, diziendo à Sancho Pança, que pugnava por entràr à ver à Don Quixote, y ellas le defendian la puerta: Que quiere este mostrenco en esta casa? Idos à la vuestra, hermano; que vos sòys, y no otro, el que distràe, y sonfaca à mi Señor, y le lleva por effos andurriales. A lo que Sancho respondiò: ama de fatanas, el sonfacado, y el destraydo, y el llevado por effos andurriales sòy yo, que no tu amo: El me llevò por effos mundos; y vosotras os engañays en la mitad del justo precio: El me sacò de mi casa con engañifas, prometièndome una infula, que hasta agora la espero. Malas infulas te ahoguen, respondiò la sobrina, Sancho maldito; y que son infulas? Es alguna cosa de comer, golofazo, comilon que tu eres? No es de comèr, replicò Sancho, fino de governar, y regir mejor que quatro ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo effo, dixo el ama, no entrareys acà, faco de maldades, y costal de malicias: Id à governar vuestra casa, y à labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretendèr infulas, ni infulos. Grande gusto recibian el Cura, y el Barbero de oir el colòquio de los tres: Pero Don Quixote (temeròso, que Sancho se descosièsse, y desbuchàsse

buchàsse algun monton de maliciosas necedades, y tocàsse en puntos, que no le estarian bien à su credito) le llamò, y hizo à las dos, que callàssen, y le dexàssen entràr. Entrò Sancho; y el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, viendo quan pueſto estàva en sus desvariados pensamientos, y quan embebido en la simplicidad de sus mal andantes Cavallerias. Y assi dixo el Cura al Barbero: Vos verèys, compadre, como, quando menos lo pensèmos, nuestro hidalgo fale otra vez à bolàr la ribera. No pongo yo duda en esso, respondiò el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del cavallero, como de la simplicidad del escudero, que tan creydo tiene aquello de la infula; que creò, que no se lo faceràn del casco quantos defengaños puedàn imaginàrse. Dios los remedie, dixo el Cura, y estèmos à la mira, verèmos en lo que para esta maquina de disparates de tal Cavallero, y de tal escudero; que parece que los forjaron à los dos en una mesma Turquessa; y que las locuras del Señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Assi es, dixo el Barbero, y holgàra mucho sabèr, que trataràn aora los dos. Yo soy seguro, respondiò el Cura, que la sobrina, ò el ama nos lo cuenten despues, que no son de condicion, que dexaràn de escuchàrlo.

EN tanto, Don Quixote se encerrò con Sancho en su aposènto, y estàndo solos le dixo: Mucho me pesa, Sancho, que àyas dicho, y digas, que yo fuý el que te saquè de tus casillas, sabièndo que yo no me quedè en mis casas: Juntos salimos, juntos fuýmos, y juntos peregrinàmos. Una misma fortùna, y una misma fuerte ha corrido por



los dos. Si à ti te manteàron una vez, à mi me han molido ciento; y esto es lo que te llevo de ventaja. Esto estava puesto en razon, respondiò Sancho; porque, segun vuestra merced dize, mas anexas fon à los Cavalleros andantes las desgracias, que à fus escuderos. Engañaste, Sancho, dixo Don Quixote, segun aquello: *Quando caput dolet, &c.* No entiendo otra lengua que la mia, respondiò Sancho. Quiero dezir, dixo Don Quixote, que quando la cabeça duele, todos los miembros duelen; y assi fiendo yo tu Amo y Señor, foy tu cabeça, y tu mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon, el mal que à mi me toca, ò tocàre, à ti te ha de doler, y à mi el tuyo. Assi avia de sèr, dixo Sancho; pero quando à mi me manteàvan como à miembro, se estava mi cabeça detrás de las bardas, miràndome bolar por los ayres, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros estàn obligados à dolerse del mal de la cabeça, avia de estar obligada ella à dolerse dellos. Queràs tu dezir agora, Sancho, respondiò Don Quixote, que no me dolia yo, quando à ti te manteàvan? Y si lo dizes, no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espiritu, que tu en tu cuerpo.

PERO dexèmos esto à parte por agora, que tiempo avrà donde lo pondremos y pongàmos en su punto: Y dime, Sancho Amigo; que es lo que dizen de mi por esse lugar? En que opinion me tiene el vulgo? En que los hidalgos? Y en que los cavalleros? Que dizen de mi valentia? Que de mis hazañas? Y que de mi cortesia? Que se platica del assunto que he tomado de refucitâr, y bolvèr al mundo la ya olvidada orden cavalleresca? Finalmènte quièro,

quiere, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado à tus oydos? Y esto me has de dezir, sin añadir al bien, ni quitár al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es dezir la verdad à sus Señores en su ser, y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ò otro vano respeto la disminuya. Y quiero que sepas, Sancho, que si à los oydos de los Principes llegasse la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro, que la nuestra, que entiendo, que de las que aora se usan, es la dorada. Sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta, y bien intencionadamente pongas en mis oydos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Esto harè yo de muy buena gana, Señor mio, respondiò Sancho, con condicion que vuestra merced no se ha de enojár de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron à mi noticia. En ninguna manera me enojare, respondiò Don Quixote: Bien puedes, Sancho, hablár libremente, y sin rodeo alguno.

PUES lo primero que digo, dixo Sancho, es, que el vulgo tiene à vuestra merced por grandissimo loco, y à mi por no menos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniendose vuestra merced en los límites de la hidalguia, se ha puesto Don, y se ha arremetido à Cavallero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras, y otro adelante. Dizen los Cavalleros, que no querian, que los hidalgos se opusiesen à ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo à los zapatos, y toman los puntos de las medias negras con seda verde.



de. Eſſo, dixo Don Quixote, no tiene que vèr conmigo, pues ando ſiempre bien veſtido, y jamas remendado; Roto bien podria sèr, y el roto, mas de las armas, que del tiempo. En lo que toca, proſiguiò Sancho, à la valentia, cortefia, hazañas, y aſſumpto de vueſtra merced, ay diferentes opiniones. Unos dizen, loco, pero gracioſo; otros, valiente, pero deſgraciado; otros, cortès, pero impertinente; y por aqui van diſcurrièdo en tantas coſas, que ni à vueſtra merced ni à mi, nos dèxan huèſſo ſano. Mira Sancho, dixo Don Quixote, donde quièra que eſtà la virtùd en eminente grado, es perſiguida. Pocos, ò ninguno de los famoſos Varones que paſàron, dexò de sèr calumniado de la malicia. Julio Ceſar, animoſiſſimo, prudentiſſimo, y valentiſſimo Capitan, fuè notado de ambicioſo, y algun tanto no limpio, ni en ſus veſtidos, ni en ſus coſtumbres. Alexandro, à quien ſus hazañas le alcançaron el renombre de Magno, dizen dèl, que tuvo ſus ciertos puntos de borracho. De Hercules, el de los muchos trabajos, ſe cuenta, que fuè laſcivo y muèlle. De Don Galaor Hermano de Amadis de Gaula ſe murmura, que fuè mas que demaſiadamente riſoſo: Y de ſu hermano, que fuè lloron: Aſſi que, ò Sancho, entre tantas calùrnias de buenos bien pueden paſàr las mias, como no sèan mas de las que has dicho. Ay eſtà el toque (Cuerpo de mi Padre) replicò Sancho. Pues ay mas? preguntò Don Quixote. Aun la cola falta por deſollàr, dixo Sancho: Lo de haſta aqui ſon tortas y pan pintado: Mas ſi vueſtra merced quiere ſabèr todo lo que ay acerca las caloñas, que le ponen, yo le traerè aqui luego al momento quien ſe las diga todas, ſin que

que les falte una meaja; que à noche llegò el hijo de Bartolomè Carrasco, que viene de estudiàr de Salamanca, hecho Bachiller; y yèndole yo à dâr la bien-venida, me dixo, que andàva ya en libros la història de vuestra merced, con nombre del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha; y dize, que me mientan à mi en ella con mi mesmo nombre de Sancho Pança, y à la Señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasàmos nosotros à solas, que me hize Cruces de espàntado, como las pudo sabèr el Historiador, que las escriviò. Yo te asegùro, Sancho, dixo Don Quixote, que deve de sèr algun sabio Encantador el autor de nuestra història; que à los tales no se les encubre nada de lo que quièren escribir. Y como, dixo Sancho, si era Sàbio, y Encantador! Pues segun dize el Bachiller Sanfon Carrasco (que assi se llama el que dicho tengo) que el Autor de la història se llama Cide Hamete Berengena. Esse nombre es de Moro, respondiò Don Quixote. Assi serà, replicò Sancho, porque por la mayor parte he oydo dezir, que los Moros son amigos de Berengenas. Tu debes, Sancho, dixo Don Quixote, erràrte en el Sobrenombre desse Cide, que en Aràbiga quiere dezir, Señor. Bien podria sèr, replicò Sancho, mas si vuestra merced gusta, que yo le haga venir aqui, irè por el en volandas. Haràfme mucho plazer, Amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho; y no comerè bocado que bien me sepa, hasta sèr informado de todo. Pues yo vòy por el, respondiò Sancho; y dexando à su Señor, se fuè à buscàr al Bachiller, con el qual bolviò de alli à poco espacio, y entre los tres pasàron un graciosissimo Coloquio.

C A P I -



## CAPITULO III.

*Del ridiculo razonamiento que passò entre Don Quixote, Sancho Pànça, y el Bachiller Sanson Carrasco.*

**P**ENSATIVO ademas quedò Don Quixote espèrando al Bachiller Carrasco, de quien esperàva oir las nuevas de si mismo puestas en libro, como avia dicho Sancho; y no se podia persuadir à que tal historia huvièsse, pues aun no estàva enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que avia muerto; y ya querian que anduvièssen en estampa sus altas cavallerias. Con todo effo imaginò, que algun sabio, ò ya amigo, ò enemigo, por arte de encantamiento las avia dado à la estampa: Si amigo, para engrandecèrlas, y levantàrlas sobre las mas señaladas de Cavallero andante: Si enemigo, para aniquilàrlas, y ponèrlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se huvièssen escrito, puesto (dezia entre si) que nunca hazañas de escuderos se escrivièron: Y quando fuèsse verdad, que tal Historia huvièsse, siendo de Cavallero andante, por fuerça avia de ser Grandiloqua, Alta, Insigne, Magnifica, y Verdadera. Con esto se consolò algun tanto; pero desconsolòle pènsar, que su Autor era Moro, segun aquel nombre de Cide; y que de los Moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios, y quimeristas. Temiase, no huvièsse tratado de sus amores con alguna indecencia, que redundàsse en menoscabo, y perjuyzio de la honestidad de su Señora Dulcinea del Toboso. Desèava que huvièsse declarado su

fide-

LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG





Jn. Vanderbank inv. delin.  
Vol. 3. p. 23.

Ger. Vander Gucht sculp.  
29

fidelidad, y el decoro que siempre le avia guardado, menospreciando Reynas, Emperatrices, y Donzellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos. Y assi embuelto, y rebuelto en estas y otras muchas imaginaciones le hallaron Sancho, y Carrasco, à quien Don Quixote recibì con mucha Cortesia.

ERA el Bachiller, aunque se llamava Sanfon, nõ muy grande de cuerpo, aunque muy gran focarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: Tendria hasta veynte y quatro años, cariredondo, de nariz chata, y de boca grande: Señales todas de sèr de condicion maliciosa, y amigo de donayres y de burlas, como lo mostrò en viendo à Don Quixote, poniendose delante dèl de rodillas, y diziendole: Deme vuestra grandeza las manos, Señor Don Quixote de la Mancha; que por el habito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras ordenes que las quatro primeras, que es vuestra merced uno de los mas famosos Cavalleros andantes, que ha avido, ni aun avrà en toda la redondèz de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la història de vuestras grandezas dexò escrita; y rebien aya el curioso, que tuvo cuydado de hazèrlas traduzir de Arabigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hizole levantàr Don Quixote, y dixo: Dèssa manera verdad es, que ay historia mia, y que fuè Moro y sabio el que la compuso. Es tan verdad, Señor, dixo Sanfon, que tengo para mi, que el dia de oy estàn impressos mas de doze mil libros de la tal història: Sino dìgalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde se han impresso; y aun ay Fama, que se està imprimiendo



miendo en Anveres; y à mi se me trasluze, que no ha de aver nacion, ni lengua donde no se traduzga. Una de las cosas, dixo à esta fazon Don Quixote, que mas deve de dâr contento à un hombre virtuoso y eminente es, vèrse, vivièndo, andâr con buen nombre por las lenguas de las gentes, impresso, y en estampa: Dixe, con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualarà. Si por buena fama, y si por buen nombre vâ, dixo el Bachiller, solo vuestra merced lleva la palma à todos los Cavalleros andantes; porque el Moro en su lengua, y el Christiano en la fuya tuvièron cuydado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra merced, el animo grande en acometèr los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento assi en las desgracias, como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platonicos de vuestra merced, y de mi Señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dixo à este punto Sancho Pança, he oydo llamâr con Doña à mi Señora Dulcinea, fino solamènte la Señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia essa, respondiò Carrasco. No por cierto, dixo Don Quixote. Pero dígame vuestra merced, Señor Bachiller, que hazañas mias son las que mas se pondèran en essa història? En esso, respondiò el Bachiller, ay diferentes Opiniones, como ay diferentes gustos. Unos se atiènen à la aventura de los Molinos de viento, que à vuestra merced le parecièron Briareos, y Gigantes: Otros à la de los Batànes: Este à la descripcion de los dos exercitos, que despues parecièron ser dos manàdas de carneros: Aquel  
en-

encarèce la del muerto que llevàvan à enterràr à Segovia. Uno dize, que à todas se aventàja la de la libertad de los Galeotes: Otro, que ninguna iguala à la de los dos Gigantes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcayno. Dìgame, Señor Bachiller, dixo à esta fazon Sancho: Entra ay la aventura de los Yanguèsses, quando à nuestro buen rozinante se le antojò pedir Cotufas en el Golfo? No se le quedò nada, respondiò Sanson, al sàbio en el tintero: todo lo dize, y todo lo apùnta, hasta lo de las Cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hize yo cabriolas, respondiò Sancho, en el ayre sí, y aun mas de las que yo quisièra. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay història humana en el mundo, que no tenga sus altibàjos, especialmènte las que tratan de Cavallerias, las quales nunca pueden estàr llenas de prosperos suceffos. Con todo esso, respondiò el Bachiller, dizen algunos que han leydo la història, que se holgàran, se les huvièra olvidado à los Autores della algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dièron al Señor Don Quixote. Ay entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambien pudièran callàrlos por equidad, dixo Don Quixote; pues las acciones, que ni mudan, ni alteran la verdad de la història, no ay para que escrivìrlas, si han de redundàr en menosprecio del Señor de la historia. A Fèe que no fuè tan piadoso Eneas, como Virgilio le pinta; ni tan prudente Ulissès, como le describe Homero. Assi es, replicò Sanson; pero uno es escrivir como Poëta, y otro como historiador. El Poëta puede contàr, ò cantàr las cosas, no como fuèron, fino como devian fer; y el historiador las ha de escrivir,



no como devian sèr, fino como fuèron, sin añadir, ni quitar à la verdad, cosa alguna. Pues si es que se anda à dezir verdades esse Señor Moro, dixo Sancho, à buen seguro que entre los palos de mi Señor se hallan los mios; porque nunca à su merced le tomàron la medida de las espaldas, que no me la tomàssen à mi de todo el cuerpo: Pero no ay de que maravillàrse, pues como dize el mismo Señor mio; del dolor de la cabeça han de participàr los miembros. Socarron foys, Sancho, respondiò Don Quixote: A fèe que no os falta memoria, quando vos querèys tenèr la. Quando yo quisièsse olvidàrme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentiràn los cardenales, que aun se estàn frescos en las costillas. Callad, Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpàys al Señor Bachiller, à quien suplico passe adelante en dezirme lo que se dize de mi en la referida historia. Y de mi, dixo Sancho, que tambien dizen, que soy yo uno de los principales personages della. Personages, que no personages, Sancho amigo, dixo Sancho. Otro reprochador de voquiblos tenèmos, dixo Sancho: Pues andense à esso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dè Dios, Sancho, respondiò el Bachiller, fino sòys vos la segunda persona de la historia; y que ay tal, que precia mas oyros hablàr à vos, que al mas pintado de toda ella: Puesto que tambien ay quien diga, que anduvistes demasiadamente de crèdulo en crèer, que podia sèr verdad el gobierno de aquella insula ofrecida por el Señor Don Quixote, que està presente. Aun ay Sol en las bardas, dixo Don Quixote; y mientras mas fuère entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan

dan los años, estará mas idòneo, y mas hàbil para fer Governador, que no està agora. Por Dios, Señor, dixo Sancho, la isla que yo no governàsse con los años que tengo, no la governarè con los años de Matufalen: El daño està, en que la dicha infula se entretiene, no sè donde, y no en faltarme à mi el caletre para governàrla. Encomendadlo à Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se harà bien, y quiçà mejor de lo que vos pensàys; que no se mueve la hoja en el arbol sin la voluntad de Dios. Affi es verdad, dixo Sanfon, que si Dios quiere, no le faltaràn à Sancho mil infulas que governar, quanto mas una. Governadores he visto por ay, dixo Sancho, que à mi parecer, no llegan à la suela de mi Zapato, y con todo effo los llaman Señoria, y se firven con plata. Effos no son Governadores de infulas, replicò Sanfon, fino de otros gobiernos mas manuales; que los que gobiènan infulas, por lo menos han de saber Gramàtica. Con la Grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la Tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo.

PERO dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche à las partes donde mas de mi se firva; digo, Señor Bachiller Sanfon Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, que el Autor de la historia aya hablado de mi de manera, que no enfadan las cosas que de mi se cuentan; que à fèe de buen escudero, que si huvièra dicho de mi cosas que no fuèran muy de Christiano viejo, como soy, que nos avian de oir los fodos. Effo fuèra hazer Milagros, respondiò Sanfon. Milagros, ò no milagros, dixo Sancho, cada uno mire como habla, ò como escrìve de las



personas, y no ponga à troche moche lo primero que le viene al magìn. Una de las tachas, que ponen à la tal historia, dixo el Bachiller es, que fu Autor puso en ella una novela intitulada: *El Curioso Impertinente*, no por mala, ni por mal razonada, sino por no fer de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del Señor Don Quixote. Yo apostarè, replicò Sancho, que ha mezclado el hideperro berças con capachos. Aora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sàbio el Autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que à tiento, y sin algun discurso se puso à escribirla, salga lo que saliere, como hazia Orbaneja el pintor de Ubeda, al qual preguntàndole, que pintava? Respondiò, lo que saliere. Tal vez pintava un gallo de tal fuerte, y tan mal parecido, que era menester, que con letras Goticas escrivièssè junto à èl: *Este es Gallo*: Y assi deve de fer de mi historia, que tendrà necesidad de comento para entenderla. Effeno no, respondiò Sancho, porque es tan clara, que no ay cosa que dificultar en ella: Los niños la manosèan, los moços la lèen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran: Y finalmente es tan trillada, y tan leyda, y tan sabida de todo genero de gentes, que à penas han visto algun rozin flaco, quando dizen: Allí và rozinante: Y los que mas se han dado à la letura son los pages. No ay antecamara de Señor donde no se halle un Don Quixote: Unos le toman, si otros le dexan: Estos le embisten, y aquellos le piden: Finalmente la tal historia es del mas gustoso, y menos perjudicial entretenimiento, que hasta agora se aya visto; porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra

bra deshonestá, ni un pensamiento menos que Católico. A escribir de otra fuerte, dixo Don Quixote, no fuera escribir verdades, fino mentiras; y los historiadores, que de mentiras se valen, avian de ser quemados, como los que hazen moneda falsa: Y no sé yo, que le movió al Autor à valerse de Novelas, y cuentos agenos, aviendo tanto que escribir en los míos? Sin duda se devió de atener al Refran: *De paja, y de bano, &c.* Pues en verdad, que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos, y mis acometimientos, pudiéra hazer un volumen mayor, ó tan grande, que el que pueden hazer todas las obras del Tostado. En efecto lo que yo alcanço, Señor Bachiller es, que para componer historias, y libros de qualquier fuerte que sean, es menester un gran Juyzio, y un maduro entendimiento: Dezir gracias, y escribir donayres, es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del Bobo; porque no lo ha de ser el que quiere dar à entender, que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en quanto verdad: Pero no obstante esto ay algunos, que assi componen, y arrojan libros de sí, como si fuessen buñuelos. No ay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No ay duda en esto, replicó Don Quixote; pero muchas vezes aconteçe, que los que tenian justamente grangeada, y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos à la estampa la perdiéron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa de esto es, dixo Sansón, que como las obras impressas se miran de espacio, facilmente se veen sus faltas; y tanto  
mas

mas se escudriñan, quanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, Los grandes Poetas, Los ilustres historiadores siempre, o las mas vezes son envidiados de aquellos, que tienen por gusto, y por particular entretenimiento juzgar los escritos agenos, sin aver dado algunos propios a la Luz del mundo. Esto no es de maravillàr, dixo Don Quixote, porque muchos Theologos ay, que no son buenos para el pulpito, y son bonissimos para conocer las faltas, o sobras de los que predicàn. Todo esto es assi, Señor Don Quixote, dixo Carrasco: Pero quisièra yo, que los tales censuradores fuèran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenerse a los atomos del Sol clarissimo de la obra de que murmuran; que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, considèren lo mucho que estubo despierto para dar la Luz de su obra con la menos sombra, que pudièsse: Y quiçà podria ser, que lo que a ellos les parece mal, fuèssen lunares, que a las vezes acrecientan la hermosura del rostro que los tiene: Y assi digo, que es grandissimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda impossibilidad imposible componerle tal, que satisfaga, y contente a todos los que le leyèren. El que de mi trata, dixo Don Quixote, a pocos avrà contentado. Antes es al revès, respondiò Sanson, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia: Y algunos han puesto falta, y dolo en la memoria del Autor, pues se le olvida de contar, quien fuè el ladròn que hurtò el ruzio a Sancho, que alli no se declara, y solo se infiere de lo escrito, que se le hurtaron; y de alli a poco le

vemos

vemos à Cavallo sobre el mesmo Jumento sin avèr parecido. Tambien dizen, que se le olvidò poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que hallò en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra; y ay muchos que desèan saber, que hizo dellos, ò en que los gastò; que es uno de los puntos sustanciales, que faltan en la obra. Sancho respondiò: Yo, Señor Sanson, no estòy aora para ponèrme en cuentas, ni cuentos; que me ha tomado un desinayo de estòmago, que si no le reparo con dos tragos de lo Añejo, me pondrà en la espina de Santa Lucia. En casa lo tengo; mi (oyso) me aguarda; en acabando de comèr darè la buelta, y fatisfarè à vuestra merced, y à todo el mundo de lo que preguntàr quisièren, assi de la Perdida del Jumento, como del gasto de los cien escudos: Y sin esperàr respuesta, ni dezir otra palabra, se fuè à su casa. Don Quixote pidiò, y rogò al Bachiller se quedàsse à hazèr penitencia con el. Tùvo el Bachiller el embite: Quedòse: Añadiòse al ordinario un par de pichones: Tratòse en la mesa de Cavallerias: Siguiòle el humor Carrasco: Acabòse el banquete: Durmièron la Siesta: bolviò Sancho, y renovòse la platica passada.

CAPI-



## CAPITULO IV.

*Donde Sancho Pança satisfaze al Bachiller Sanfon Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucessos dignos de sabèrse, y de contàrse.*

**B**OLVIÒ Sancho à casa de Don Quixote, y bolviendo al passado razonamièto, respondiò à lo que el Señor Sanfon dixo, que se desèava saber, quien, ò como, ò quando se le avia hurtado el Jumento. Digo, dixo Sancho, que la noche misma, que huyendo de la fanta hermandad nos entràmos en Sierra Morena, despues de la aventura fin ventura de los Galeotes, y de la del difunto que llevàvan à Segovia, mi Señor, y yo nos metimos entre una espesura, à donde mi Señor, arrimado à su lança, y yo sobre mi ruzio, molidos y cansados de las passadas refriegas, nos pusimos à dormir, como si fuèra sobre quatro colchones de pluma: Especialmente yo dormì con tan pesado Sueño, que quien quièra, que fuè, tuvo lugar de llegar, y suspendèrme sobre quatro estacas, que pusò à los quatro lados de la albarda de manera, que me dexò à cavallo sobre ella, y me sacò de debaxo de mi, al ruzio fin que yo lo fintièsse. Esto es cosa facil, y no acontecimiento nuevo, dixo Don Quixote; que lo mesmo le aconteciò à Sacripante, quando estàndo en el cerco de Albraca, con essa misma invencion le sacò el Cavallo de entre las piernas aquel famoso ladron, llamado Brunelo. Amaneciò, profiguiò Sancho, y apenas me hùve estremecido, quando faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran cayda.

Mirè

Mirè por el jumento, y no le vi: acudièronme las lagrimas à los ojos, y hize una lamentaciòn, que fino la pùso el autor de nuestra història, pùede hazèr cuenta, que no pùso cosa buena. Al cabo de no sè quantos dias, viniendo con la Señora Princesa Micomicona, conocì mi asno, y que venia sobre èl, en habito de Gitano, aquel Ginès de Passamonte, aquel embustero, y grandissimo maleador, que quitamos mi Señor, y yo de la cadena. No està en esso el yerro, replicò Sanfon; fino en que antes de avèr parecido el jumento, dize el autor, que iba à Cavallo Sancho en el mesmo ruzio. A esso, dixo Sancho, no sè que responder, fino que el Historiador se engañò, ò ya sería descuydo del Impressor. Assi es fin duda, dixo Sanfon: Pero que se hizieron los cien escudos? Desfizieronse? Yo los gastè, respondiò Sancho, en pro de mi persona, y de la de mi muger, y de mis hijos; y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras que he andado, firviendo à mi Señor Don Quixote; que si al cabo de tanto tiempo bolvièra fin blanca, y fin el jumento à mi casa, negra ventura me esperava. Y si ay mas que saber de mi, aqui estòy, que responderè al mismo Rey en persona: Y nadie tiene para que metèrse en si truxe, ò no truxe, si gastè, ò no gastè; que si los palos, que me dièron en estos viages, se huvièran de pagàr à dinero, aunque no se tafsàran fino à quatro Maravedis cada uno, con otros cien escudos no avia para pagàrme la mitad: Y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga à juzgàr lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas vezes. Yo ten-



drè cuydado, dixo Carrasco, de acusar al autor de la historia, y que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto, que el buen Sancho ha dicho, que fera realçarla un buen coto mas de lo que ella se està. Ay otra cosa que enmendàr en essa Leyenda, Señor Bachiller? preguntò Don Quixote. Si deve de avèr, respondiò Sanson; pero ninguna deve de sèr de la importancia de las ya referidas. Y por ventura, dixo Don Quixote, promète el autor segunda parte? Si promete, respondiò Carrasco; pero dize, que no ha hallado, ni sabe, quien la tiene: Y assi estàmos en duda, si falldrà, ò no; y assi por esto como porque algunos dizen: Nunca segundas partes fuèron buenas: Y otros, de las cosas de Don Quixote bastan las escritas; se duda, que no ha de avèr segunda parte: Aunque algunos, que son mas Joviales que Saturninos, dizen: vengan mas Quixotadas: embista Don Quixote, y hable Sancho Pança, y sèa lo que fuère, que con esso nos contentàmos. Y à que se atiene el autor? preguntò Don Quixote. A que? respondiò Sanson, à que en hallando que halle la historia, que el vâ buscando con extraordinarias diligencias, la darà luego à la estampa, llevado mas del interes, que de darla se le figue, que de otra alabança alguna. A lo que dixo Sancho: Al dinero, y al interès mira el autor? Maravilla fera que acierte; porque no harà, sino harbar, harbar como Sastre en visperas de Pasquas; y las obras que se hazen à prièssa, nunca se acaban con la perfeccion, que requièren. Atienda esse Señor Moro à lo que es à miràr lo que haze; que yo, y mi Señor le darèmos tanto ripio à la mano en materia de aventuras, y de suceffos diferentes, que pueda componèr no solo segunda

gunda parte, fino ciento. Deve de pensàr el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aqui en las pajas; pues tènganos el pie al herràr, y verà del que cosqueàmos. Lo que yo sè dezir es, que si mi Señor tomàsse mi consejo, ya aviamos de estàr en effas campañas deshaziendo agravios, y endereçando tuertos, como es uso, y costumbre de los buenos andantes Cavalleros.

No avia bien acabado estas razones Sancho, quando llegaron à sus oydos relinchos de Rozinante, los quales relinchos tomò Don Quixote por felicissimo aguero; y determinò de hazèr de alli à tres, ò quatro dias otra salida: Y declaràndo su intento al Bachiller, le pidiò consejo, porque parte començaria su jornada? El qual le respondiò, que era su parecer, que fuèsse al Reyno de Aragon, y à la Ciudad de Zaragoza, adonde de alli à pocos dias se avian de hazèr unas solemnissimas Justas por la fiesta de san Jorge, en las quales podria ganàr fama sobre todos los Cavalleros Aragoneses, que feria ganàr la sobre todos los del mundo. Alabòle fer honradissima, y valentissima su determinacion; y advirtiòle, que anduvièsse mas atentado en acometèr los peligros, à causa que su vida no era fuya fino de todos aquellos que le avian menestèr para que los amparàsse, y focorrièsse en sus desventuras. Desso es lo que yo reniego, Señor Sanson, dixo à este punto Sancho; que assi acomete mi Señor à cien hombres armados, como un muchacho goloso à media dozena de badèas. Cuerpo del mundo, Señor Bachiller, si, que tiempos ay de acometèr, y tiempos de retiràr, y no ha de ser todo Santiago, y cierra España: Y mas que yo he oydo dezir (y creo que à mi



Señor mismo, si mal no me acuerdo) que en los estremos de cobarde, y de temerario està el medio de la valentia; y si esto es assi, no quiero que huya sin tener para que; ni que acometa quando la demasia pide otra cosa: Pero sobre todo aviso à mi Señor, que si me ha de llevar conmigo, ha de ser con condicion, que el se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado à otra cosa que à mirar por su persona en lo que tocare à su limpieza y à su regalo; que en esto yo le baylarè el agua delante: Pero pensar que tengo de poner mano à la espada aunque sea contra villanos malandrines de acha, y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, Señor Sanson, no pienso gran gear fama de valiente, fino del mejor y mas leal escudero, que jamas firviò à Cavallero andante: Y si mi Señor Don Quixote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quiere darme alguna infula de las muchas que su merced dize, que se ha de topàr por ay, recibirè mucha merced en ello; y quando no me la diere, nacido soy, y no hà de vivir el hombre en oto de otro, fino de Dios: Y mas que tambien, y aun quiza mejor me farà el pan desgobernado, que siendo Governador. Y se yo por ventura, si en estos gobiernos me tiene aparejado el Diabolo alguna Zancadilla donde tropiece, y cayga, y me deshaga las muelas? Sancho naci, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas à buenas, sin mucha sollicitud, y sin mucho riesgo me deparasse el Cielo alguna Infula, ò otra cosa semejante, no soy tan necio, que la desechasse; que tambien se dize: *Quando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla*: Y quando viene el bien, metelo en tu casa.

Vos,

Vos, hermano Sancho, dixo Carrasco, avèys hablado como un Catedratico; pero con todo effo confiad en Dios, y en el Señor Don Quixote, que os ha de dàr un Reyno, no que una Infula. Tanto es lo demas como lo de menos, respondiò Sancho, aunque sè dezir al Señor Carrasco, que no echarà mi señor el reyno, que me diere, en faco roto; que yo me he tomado el pulso à mi mismo, y me hallo con salud para regir reynos, y governar infulas; y esto ya otras vezes lo he dicho à mi señor. Mirad, Sancho, dixo Sancho, que los officios mudan las costumbres; y podria sèr, que vièndoos governador, no conocièssedes à la madre que os pariò. Effo allà se ha de entender, respondiò Sancho, con los que nacièron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de envidia de Christianos viejos, como yo los tengo. No fino llegaos à mi condicion, que sabrà usar de desagrdecimiento con alguno? Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dirà quando el gobierno venga, que ya me parece, que le traygo entre los ojos.

DICHO esto rogò al Bachiller, que si era Poëta, le hiziesse merced de componerle unos versos, que tratassen de la despedida que pensava hazer de su Señora Dulcinea del Toboso; y que advirtiesse, que en el principio de cada verso avia de poner una Letra de su nombre, de manera, que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyessè: *Dulcinea del Toboso*. El Bachiller respondiò, que puesto que el no era de los famosos Poëtas que avia en España (que dezian, que no eran fino tres, y medio) que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallava  
una

una dificultad grande en su composicion, à causa que las letras, que contenian el nombre, eran diez y siete; y que si hazia quatro Castellanas de à quatro versos, sobraba una letra; y si de à cinco, à quien llaman Dezimas, ò Redondillas, faltavan tres letras; pero con todo esto procuraria embebèr una letra lo mejor que pudièsse, de manera, que en las quatro Castellanas se incluyèsse el nombre de *Dulcinea del Toboso*. Ha de sèr assi en todo caso, dixo Don Quixote, que si alli no vè el nombre patente, y de manifesto, no ay muger que crèa, que para ella se hizieron los metros. Quedaron en esto, y en que la partida serìa de alli à ocho dias. Encargò Don Quixote al Bachiller la tuvièsse secreta, especialmènte al Cura y à Maèsse Nicolas, y à su sobrina y al ama, porque no estorvassen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometì Carrasco; y con esto se despidiò, encargando à Don Quixote, que de todos sus buenos, ò malos sucesos le avisasse aviendo comodidad; y assi se despidieron, y Sancho fuè à poner en Orden lo necesario para su jornada.

## C A P I T U L O V.

*De la discreta y graciosa platica que passò entre Sancho Pança y su muger Teresa Pança, y otros sucesos dignos de felice recordacion.*

**L**EGÀNDÒ à escrivir el traductor desta història este quinto Capitulo, dize que le tiene por apocrifo, porque en el, habla Sancho Pança con otro estilo del que se

se podía prometer de su corto ingenio; y dize cosas tan fútiles, que no tiene por posible, que el las supiese: Pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que à su oficio devìa, y assi profiguiò, diziendo.

LLEGÒ Sancho à su casa tan regozijado y alègre, que su muger conociò su alegria à tiro de ballesta, tanto, que la obligò à preguntarle: Que traèys, Sancho amigo, que tan alegre venis? A lo que el respondiò: Muger mia, si Dios quisièra, bien me holgàra yo de no estàr tan contento como maestro. No os entiendo, marido, replicò ella, y no sè, que querèys dezir en esso, de que os holgàrades, si Dios quisiera, de no estàr contento; que maguer tonta, no sè yo quien recibe gusto de no tenèrle. Mirad, Teresa, respondiò Sancho, yo estòy alegre, porque tengo determinado de bolvèr à servir à mi amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir à buscàr las aventuras; y yo vuelvo à salir con el, porque lo quiere assi mi necesidad, junto con la esperança que me alegra, de pensàr, si podrè hallar otros cien escudos como los yà gastados; puesto que me entristece el avèrme de apartàr de ti, y de mis hijos; y si Dios quisièra darme de comèr à pie enjuto, y en mi casa, sin traèrme por vericuètos, y encrucijadas (pues lo podia hazèr à poca costa, y no mas de querèrlo) claro està, que mi alegria fuèra mas firme, y valedèra, pues que la que tengo và mezclada con la tristeza del dexàrte: Assi que dixe bien, que holgàra, si Dios quisièra, de no estàr contento. Mirad, Sancho, replicò Teresa, despues que os hizistes miembro de Cavallero andante, hablàys de tan rodeada manera, que no ay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondiò

diò Sancho, que el es el entendedor de todas las cosas ; y quèdese esto aqui : Y advertid, hermana, que os conviène tenèr cuenta estos tres dias con el ruzio, de manera, que estè para armas tomàr. Dobladle los piensos, requerid la albarda, y las demas jarcias, porque no vàmos à bodas, fino à rodeàr el mundo, y à tener *dares*, y *tomares* con Gigantes, con endriàgos, y con vestiglos ; y à oyr silvos, rugidos, bramidos, y baladros ; y aun todo esto fuèra flores de cantueso, fino tuvièramos que entendèr con Yangueses, y con Moros encantados. Bien creo yo, marido, replicò Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de valde ; y assi quedarè rogando à nuestro Señor, os faque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, muger, replicò Sancho, que fino pensàsse antes de mucho tiempo vèrme governador de una infula, aqui me caerìa muerto. Eflo no, marido mio, dixo Teresa: Viva la Gallina, aunque sèa con su pepita. Vivid vos, y llèvese el diablo quantos govier- nos ay en el mundo. Sin gobierno falistes del vientre de vuestra madre ; sin gobierno avèys vivido hasta aora ; y sin gobierno os irèys, ò os llevaràn à la sepultura, quando Dios fuère servido. Como effos ay en el mundo que viven sin govier- no, y no por effo dexan de vivìr, y de sèr contados en el numero de las gentes. La mejor falsa del mundo es la hambre, y como esta no falta à los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os vièredes con algun govier- no, no os olvidèys de mi, y de vuestros hijos. Advertid, que Sanchico tiene yà quinze años cabales, y es razon que vaya à la escuela, si es que su tjo el Abad le ha de dexar hecho de la iglesia. Mirad tam-



In: *Vanderbank inv. delin.*  
Vol. 3 p. 40.

Ger. Vandergucht sculp.  
30



LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG



tambien, que Mari Sancha vuestra hija no se morirà si la casamos; que me va dando barruntos, que desèa tanto tener marido, como vos desèays vèros con gobierno: Y en fin en fin, mejor parèce la hija mal casada, que bien abaraganada. A buena fee, respondiò Sancho, que si Dios me llega à tener algo que de gobierno, que tengo de casar, muger mia, à Mari fancha tan altamente, que no la alcançen fino con llamarla Señoria. Eñò no, Sancho, respondiò Teresa; casadla con su igual, que es lo mas acertado; que si de los zuecos la facays à chapines, y de faya parda de catorzeno à verdugado, y faboyanas de seda, y de una Marica, y de un tu, à una doña tal, y Señoria, no se ha de hallar la mochacha; y à cada passo ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta, y grosèra. Calla, boba, dixo Sancho, que todo serà usarlo dos, ò tres años, que despues le vendrà el Señorío, y la gravedad como de molde; y quando no, que importa? Sèase ella Señoria, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondiò Teresa, no os querays alçar à mayores, y advertid al refran, que dize: *Al hijo de tu vezino limpia las narizes, y mètele en tu casa.* Por cierto que serìa gentil cosa, casar à nuestra Maria con un Condazo, ò con un Cavalleròte, que quando se le antojasse, la pusièsse como nueva, llamandola de villana, hija del destripaterrònes, y de la pela rucas? No en mis dias, marido: Para eñò por cierto he criado yo à mi hija? Traed vos dineros, Sancho, y el casarla dexadlo à mi cargo; que ay esta Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, moço rollico, y sano, y que le conocemos; y sè, que no



mira de mal ojo à la mochacha ; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre à nuestros ojos, y seremos todos unos, padres, y hijos, nietos, y yernos, y andará la paz, y la bendicion de Dios entre todos nosotros : Y no, casármela vos aora en essas cortes, y en esos palacios grandes, adonde ni à ella la entiendan, ni ella se entiènda. Ven acá, bestia y muger de Barrabas, replicò Sancho, porque quieres tu aora, sin que ni para que estorvarme, que no case à mi hija con quien me dè nietos, que se llamen Señoria ? Mira, Teresa, siempre he oydo dezir à mis mayores, que el que no sabe gozàr de la ventura quando le viene, que no se deve quexàr, si se le passa : Y no sería bien, que aora que està llamando à nuestra puerta, se la cerrèmos. Dexèmonos llevàr deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablàr, y por lo que mas abaxo dize Sancho, dixo el tradutor desta historia, que tenia por apocrifo este Capitulo.) No te parece, Animalia, profiguiò Sancho, que será bien dàr con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casàsse à Mari Sancha con quien yo quisiere, y veràs como te llaman à ti Doña Teresa Pança, y te sientas en la Iglesia sobre Alcatifa, Almohadas, y Arambales à pesar, y despecho de las Hidasgas del pueblo ? No fino estàos siempre en un ser sin crecer, ni menguàr como figura de paramento. Y en esto no hablèmos mas ; que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tu mas me digas. Veys quanto dezis, marido, respondiò Teresa, pues con todo esto temo, que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion. Vos hazèd lo que quisièredes, ora la hagays  
Du-

Duquesa, ò Princefa : Pero sèos dezir, que no ferà ello con voluntad, ni consentimiènto mio. Siempre, hermano, fuè amiga de la igualdad ; y no puedo ver entònos sin fundamento. Teresa me pufieron en el Bautifmo, Nombre mondo, y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni Atrequives de Dones, ni Doñas. Cascajo se llamò mi padre, y à mi, por ser vuestra muger, me llaman Teresa Pança, que à buena razon me avian de llamar Teresa Cascajo. Pero allà van Reyes, do quièren Leyes ; y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pese tanto, que no le pueda llevar ; y no quièro dár que dezir à los que me vièren andar vestida à lo Condesfil, ò à lo de gobernadora ; que luego diràn : Mirad, que entonada va la pazpuerca ? Ayer no se hartava de estirar de un copo de estopa, y iba à Missa cubièrta la cabeça con la falda de la faya en lugar de manto ; y ya oy va con verdugado, con broches, y con entono, como si no la conocièffemos. Si Dios me guarda mis fiète, ò mis cinco sentidos, ò los que tengo, no pienfo dár ocasion de verme en tal aprieto. Vos, hermano, idos à ser govierno, ò infulo, y entonàos à vuestro gusto ; que mi hija, ni Yo, por el figlo de mi padre, que no nos hèmicos de mudar un passo de nuestra aldea : *La muger honrada la pierna quebrada, y en casa ; y la donzella honesta el hazer algo es su fiesta.* Idos con vuestro Don Quixote à vuestras aventuras, y dexadnos à nosotras con nuestras malas venturas ; que Dios nos las mejorará, como seámos buenas ; y yo no sè por cierto, quien le puso à el Don, que no tuvieron sus padres, ni sus abuelos. Ahora digo, replicò San-



cho, que tienes algun familiar en esse cuerpo. Válate Dios la muger! y que de cosas has enfiartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! Que tiene que ver el Cascajo, los broches, los refranes, y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata, è ignorante (que assi te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha) Si yo dixera, que mi hija se arrojara de una torre abaxo, ò que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, tenias-razon de no venir con mi gusto: Pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un Don, y una Señoria à cueftas, y te la faco de los rastrojos, y te la pongo en toldo, y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvièron Moros en su linage los almohadas de Marruecos, porque no has de consentir y querer lo que yo quiero? Sabèys porque, marido? respondiò Teresa; por el refran que dize: Quien te cubre, te descubre. Por el pobre todos passan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fuè un tiempo pobre, alli es el murmurar, y el maldezir, y el peor perseverar de los maldizientes, que los ay por essas calles à montones, como enxambres de abejas. Mira, Teresa, respondiò Sancho, y escucha lo que agora quiero dezirte, quizá no lo avràs oydo en todos los dias de tu vida. Y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienso dezir, son sentencias del padre predicador, que la Quaresma passada predicò en este pueblo, el qual (si mal no me acuerdo) dixo: Que todas las cosas presentes, que los ojos estàn mirando, se presentan, estàn, y assisten en nuestra memoria mucho, mejor y con mas  
vehe-

vehemència, que las cosas passadas. (Todas estas razones que aqui và diziendo Sancho, son las segundas por quien dize el tradutor, que tiene por apócrifo este capitulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual profiguiò, diziendo :). De donde nace, que quando vèmos alguna persona bien adereçada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerça nos muève, y combida à que la tengàmos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que vimos à la tal persona; la qual ignominia, ora seà de pobreza, ò de linage, como ya passò, no es, y solo es lo que vèmos presente. Y si este, à quien la Fortuna facò del Borrador de su baxeza (que por estas mesmas razones lo dexò el padre à la alteza de su prosperidad) fuere bien-criado, liberal, y cortes con todos, y no se pusière en cuentos con aquellos, que por antiguedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no avrà, quien se acuèrde de lo que fuè, sino que reverencien lo que es, sino fuèren los envidiosos, de quien ninguna prospera fortuna està segura. Yo no os entiendo, marido, replicò Teresa: Hazed lo que quisièredes, y no me quebrèys mas la cabeça con vuestras arengas, y retòricas. Y si estàys rebuelto en hazèr lo que dezis. Resuelto has de dezir, muger, dixo Sancho, y no Rebuelto. No òs pongàys à disputàr, marido, conmigo, respondiò Teresa; yo hablo, como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo, que si estàys porfiando en tenèr Gobierno, que llevèys con vos à vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñèys à tenèr govierno; que bien es que los hijos hereden, y aprendan los oficios  
de

de sus padres. En teniendo govieno, dixo Sancho, embiare por el por la posta, y te embiare dineros; que no me faltaran, pues nunca falta quien se los preste à los go-vernadores, quando no los tienen: Y vistele de modo, que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dinero, dixo Teresa, que yo os lo vestire como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija? El dia que yo la viere Condesa, respondiò Teresa, esse harè cuenta, que la entierro: Pero otra vez os digo, que hagays lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres, de estar obedientes à sus maridos, aunque sean unos porros: Y en esto començò à llorar tan de veras, como si ya viera muerta, y enterrada à Sanchica. Sancho la consolò, diziendole, que ya que la huvièsse de hazer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabò su platica, y Sancho bolviò à ver à Don Quixote para dar orden en su Partida.

## CAPITULO VI.

*De lo que le passò à Don Quixote con su sobrina, y con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.*

EN tanto que Sancho Pança, y su muger Teresa Cajo pasaron la impertinente referida Platica, no estavan ociosas la sobrina, y el ama de Don Quixote, que por mil seales iban coligiendo, que su tio, y señor que-  
ria

ria desgarrarse la vez tercera, y bolver al exercicio de su (para ellas) mal andante Cavalleria. Procuravan por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto, entre otras muchas razones que con el pasaron, le dixo el ama: En verdad, Señor mio, que si vuestra merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buscàndo estas que dizen, que se llaman aventuras, à quien yo llamo desdichas; que me tengo de quejar en voz, y en grito à Dios, y al Rey, que pongan remedio en ello. A lo que respondiò Don Quixote: Ama, lo que Dios responderà à tus quejas, yo no lo sè, y lo que ha de responder su magestad tampoco: Y solo sè, que si yo fuèra Rey, me escusàra de responder à tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos, que los Reyes tienen entre otros muchos, es el estàr obligados à escuchàr à todos, y à responder à todos; y assi no querria yo, que cosas mias le dièssen pesadumbre. A lo que dixo el ama: Dìganos, Señor, en la corte de su magestad no ay Cavalleros? Si, respondiò Don Quixote; y muchos, y es razon que los aya para adorno de la grandeza de los Principes, y para ostentacion de la magestad Real. Pues no ferìa mejor, que vuestra merced fuèsse, replicò ella, uno de los que à pie quedo sirvièssen à su Rey, y Señor, estàndose en la corte? Mira, amiga, respondiò Don Quixote: No todos los Cavalleros pueden sèr cortesanos, ni todos los cortesanos pueden, ni deven sèr Cavalleros andantes: De todos

todos ha de avèr en el mundo; y aunque todos seamos Cavalleros, va mucha diferencia de los unos à los otros; porque los cortefanos sin salir de sus aposentos, ni de los Umbrales de la corte se pàsèan por todo el mundo, mirando un mapa sin costàrles blanca, ni padecèr calor, ni frio, hambre, ni sed: Pero nosotros los Cavalleros andantes verdaderos, al sol, al frio, al ayre, à las inclemencias del cielo, de noche, y de dia, à pie, y à cavallo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies: Y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sèr; y en todo trance, y en toda ocasion los acometemos sin miràr en niñerías, ni en las leyes de los desafios: Si lleva, ò no lleva mas corta la lança, ò la espada; si trae sobre sí reliquias, ò algun engaño encubierto; si se ha de partir, y hazer tajadas el Sol, ò no, con otras ceremonias deste jaez, que se ùsan en los desafios particulares de persona à persona, que tu no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen cavallero andante, aunque vèa diez Gigantes, que con las cabeças no solo tocan, sino pàsñan las nubes; y que à cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres; y que los braços semèjan arboles de gruesos, y poderosos navios; y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantàr en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrèpido coraçon los ha de acometèr, y embestir; y si fuère possible vencèrlos, y desbaratàrlos en un pequeño instante, aunque vinièssen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dizen que son mas duras, que si fuèssen de diamantes, y en lugar de espadas truxèssen

xèssen cuchillos tajantes de Damasquino azèro, ò porras ferradas con puntas assi mismo de azèro, como yo las hè visto mas de dos vezes. Todo esto he dicho, ama mia, porque vèas la diferencia que ay de unos Cavallèros à otros; y sería razon, que no huvièsse Principe, que no estimàsse en mas esta segunda, ò por mejor dezir, primera especie de Cavallèros andantes; que segun leemos en sus històrias, tal ha avido entre ellos, que ha sido la salud no solo de un Reyno, sino de muchos. A Señor mio, dixo à esta fazon la sobrina: Advièrta vuestra merced, que todo èsso que dize de los Cavallèros andantes, es fabula, y mentira; y sus històrias, ya que no las quemàssen, merecian que à cada una se le echàsse un San benito, ò alguna seña en que fuèsse conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustènta, dixo Don Quixote, que sino fuèras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que avia de hazèr un tal castigo en ti por la blasfemia que has dicho, que sonàra por todo el mundo. Como? que es possible, que una rapaza, que apenas sabe meneàr doze palillos de randas, se atrevà à ponèr lengua, y à censuràr las històrias de los Cavallèros andantes? Que dixèra el Señor Amadis, si lo tal oyèra? Pero à buen segùro, que el te perdonàra, porque fuè el mas humilde, y cortes Cavallèro de su tiempo, y el mas grande amparador de las donzellas: Mas tal te pudièra avèr oydo, que no te fuèra bien dello; que no todos son corteses, ni bien-mirados; algunos ay follones, y descomedidos: Ni todos los que se llaman Cavallèros, lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parècen Cavallèros, pero no



todos puèden estàr al toque de la pièdra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebièntan por parecèr Cavallèros; y Cavallèros altos ay, que parece, que à posta muèren por parecèr hombres baxos: Aquellos se levàntan, ò con la ambición, ò con la virtud: Estos se abàxan, ò con la floxedad, ò con el vicio, y es menestèr aprovechàrnos del conocimièto discreto para distinguìr estas dos maneras de Cavallèros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. Vålame Dios, dixo la sobrina, Que sepa vuestra merced tanto, Señor tío, que si fuèsse menestèr en una necesidad, podría subìr en un pulpito, è irse à predicàr por estas calles: Y que con todo esto dè en una ceguèra tan grande, y en una fandez tan conocida, que se dè à entendèr, que es valiènte siendo viejo. Que tiene fuerças estàndo enfermo. Y que enderèça tuèrtos, estàndo por la edad agoviàdo. Y sobre todo que es Cavallèro, no lo fièndo; porque aunque lo puedan sèr los hidalgos, no lo son los pobres. Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dizes, respondiò Don Quixote; y cosas te pudièra yo dezìr acerca de los linages, que te admiràran; pero por no mezclàr lo Divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas: A quatro fuertes de linage (y estadme atentas) se puèden reduzìr todos los que ay en el mùndo, que son estas. Unos que tuvièron principios humildes, y se fuèron estendièndo, y dilatàndo hasta llegàr à una fuma grandeza. Otros que tuvièron principios grandes, y los fuèron conservàndo, y los consèrvan, y mantìenen en el ser que començaron. Otros que aunque tuvièron principios grandes, acabaron en punta como Piràmide, avièndo disminuýdo, y aniquilado

quilado su principio hasta paràr en nonada, como lo es la punta de la Piràmide, que rèspecto de su bassa ò assiento es nada. Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvièron principio bueno, ni razonàble medio, y assi tendràn el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinària. De los primeros que tuvièron principio humilde, y subièron à la grandeza, que aora consèrvan, te sirva de exemplo la casa Otomàna, que de un humilde, y baxo pastor que le diò principio, està en la cumbre que le vèmos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza, y la consèrva sin aumentàrta, feràn exemplo muchos principes, que por herencia lo son, y se consèrvan en ella sin aumentàrta, ni disminuirla, contenièndose en los limites de sus estados pacificamènte. De los que començaron grandes, y acabaron en punta, ay millares de exemplos: Porque todos los Pharaònes, y Tolomèos de Egypto, Los Cefares de Roma, con toda la catèrva (si es que se le puede dàr este nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Barbaros: Todos estos linages, y señorios han acabado en punta, y en nonada, assi ellos, como los que les dièron Principio; pues no ferà possible hallàr aora ninguno de sus descendièntes, y si le hallàssimos, ferìa en baxo y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que dezir, sino que sirve solo de acrecentàr el nùmero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quièro que inferàys, bobas mias, que es grande la confusion, que ay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes, è Ilustres, que lo muèstran en la virtud, y



en la riquèza, y liberalidàd de fus dueños. Dixe virtudes, riquèzas, y liberalidàdes; porque el grande que fuère viciòso, ferà viciòso grande, y el rico no liberal ferà un avàro mendìgo; que al possèedor de las riquèzas no le haze dichòso el tenèrlas, fino el gastàrlas; y no el gastàrlas como quièra, fino el sabèrlas bien gastàr. Al Cavallero pobre no le queda otro camino, para mostràr que es Cavallero, fino el de la virtud, siendo afable, bien-criado, cortes, comedido, y oficiòso, no sobèrvio, no arrogànte, no murmuradòr, y sobre todo caritativo; que con dos maravedis, que con animo alègre dè al pobre, se mostrarà tan liberal, como el que à campana herida dà limosna; y no avrà quien le vèa adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexè de juzgàrle, y tenèrle por de buena casta; y el no sèrlo, ferà milagro; y siempre la alabànça fuè premio de la virtud; y los virtuosos no pueden dexàr de sèr alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde puèden los hombres llegàr à sèr ricos, y honrados: El uno es el de las letras, El otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras; y nacì, segun me inclino à las armas, debaxo de la influencia del Planeta Marte: Affi que casi me es forçoso seguìr por su camino, y por el tengo de ir, à pesàr de todo el mùndo; y ferà en vano cansaros en persuadirme à que no quièra yo lo que los Cielos quièren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desèa: Pues con sabèr, como sè, los innumerables trabajos, que son anèxos à la andante Cavallerìa, sè tambien los infinitos bienes, que se alcançan con ella: Y sè, que la senda de la virtud es muy estrècha, y el cami-

no

no del vicio ancho y espaciòso : Y sè, que sus fines y paradèros son diferèntes ; porque el del vicio, espaciòso y dilatado, acaba en muèrte ; y el de la virtud, angòsto y trabajòso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, fino en la que no tendrà fin. Y sè, como dize el gran Poëta Castellàno nuestro, que

*Por estas asperèzas se camina  
De la immortalidad al alto asiento  
Do nunca arriba quièn de alli declina.*

Ay desdichàda de mi, dixo la sobrina, que tambien mi se-  
ñor tio es Poëta ! todo lo sabe, todo lo alcànça. Yo  
apostarè, que si quisièra ser albañil, que supièra fabricar  
una casa, como una jaula. Yo te promèto, sobrina, res-  
pondiò Don Quixote, que si estos pensamièntos cavallerès-  
cos no me llevàssen tras si todos los sentidos, que no avria  
cosa, que yo no hiziesse, ni curiosidad que no salièsse de  
mis manos, especialmènte jaulas, y palillos de dientes. A  
este tiempo llamaron à la puerta, y preguntando, quien lla-  
mava ? Respondiò Sancho Pança, que el era ; y apenas le  
hùvo conocido el ama, quando corriò à escondèrse por no  
verle : tanto le aborrecia. Abriòle la sobrina ; saliò à re-  
cibirle con los braços abièrtos su Señor Don Quixote, y en-  
cerraronse los dos en su aposento, donde, tuvièron otro  
coloquio, que no le haze ventaja el pasado.

CAPITULO



## CAPITULO VII.

*De lo que passò Don Quixote con su escudèro, con otros  
sucessos famosissimos.*

**A**PENAS viò el ama, que Sancho Pança se encerràva con su señor, quando diò en la cuenta de sus tratos; y imaginàdo, que de aquella consulta avia de salir la resolucìon de su tercera falida, y tomàdo su manto, toda llena de congoxa y pesadumbre, se fuè à buscar al Bachiller Sanson Carrasco, parecièndole, que por ser bien hablado, y amigo fresco de su Señor, le podria persuadir à que dexasse tan desvariado proposito. Hallòle passeàndose por el patio de su Casa; y vièndole, se dexò caer ante sus pies trasudando, y congoxosa. Quando la viò Carrasco con muestras tan doloridas, y sobrefaltadas, le dixo: Que es esto, señora ama? Que le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, Señor Sanson mio, respondiò el ama, fino que mi amo se sale, sàlese sin duda. Y por donde se sale, Señora? preguntò Sanson. Hàsele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondiò ella, fino por la puèrta de su locura: Quièro dezir, Señor Bachiller de mi anima, que quiere salir otra vez (que con esta ferà la tercera) à buscar por esse mundo lo que el llama venturas, que yo no puèdo entendèr como les dà este nombre. La vez primera nos le bolvièron atravesàdo sobre un jumèto, molido à palos. La segunda vino en un carro de buèyes, metido, y encerràdo en una jaula, adonde el se dàva à entendèr, que estàva encantàdo; y venia tal  
el

el triste, que no le conocièra la madre que le pariò, flàco, amarillo, los ojos hundidos en los ultimos camaranchònes del eclèbro, que para avèrle de bolver algun tanto en sî, gastè mas de feysciètos huèvos, como lo sabe Dios, y todo el mûndo, y mis gallinas, que no me dexaràn mentir. Eflo creo yo muy bien, respondiò el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que no diràn una cosa por otra, si rebentàssen. En efecto, Señora ama, no ay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hazèr el Señor Don Quixote? No Señor, respondiò ella. Pues no tenga pena, dixo el Bachiller, sino vàyase en hora buena à su casa, y tengame adereçado de almorçàr alguna cosa caliente; y de camino vàya rezàndo la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo irè luègo allà, y verà maravillas. Cuytada de mi, replicò el ama, la oracion de Santa Apolonia dize vuestra merced, que reze? Eflo fuèra, si mi amo lo huvièra de las muelas; pero no lo ha sino de los cascos. Yo sè lo que digo, Señora ama, replicò Sancho: Vàyase, y no se ponga à disputàr conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, que no ay mas que Bachilleàr respondiò Carrasco. Con esto se fuè el ama, y el Bachiller fuè luègo à buscàr al Cura, y à comunicàr con el lo que se dirà à su tiempo.

EN el que estuvièron encerràdos Don Quixote y Sancho, pasàron las razònes, que con mucha puntualidad, y verdadera relacion cuenta la història. Dixo Sancho à su amo: Señor, ya yo tengo relucida à mi muger à que me dexè ir con vuestra merced adonde quisière llevàrme. Reducida has de dezir, Sancho, dixo Don Quixote, que no relucida.

Una



Una ò dos vezes, respondiò Sancho, si mal no me acuèrdo, hè suplicàdo à vuestra merced, que no me enmiende los vocablos, si es que entiènde lo que quièro dezir en ellos; y que quando no los entiènda, diga: Sancho, ò Diablo, no te entièndo; y si yo no me declaràre, entonces podrá enmendàrme, que yo foy tan focial. No te entièndo, Sancho, dixo luègo Don Quixote, pues no sè que quière dezir, foy tan focial. Tan Focial quière dezir, respondiò Sancho, foy tan affi. Menos te entièndo agora, replicò Don Quixote. Pues si no me puede entendèr, respondiò Sancho, no sè como lo diga; no sè mas, y Dios sèa conmi-go. Ya, ya càygo, respondiò Don Quixote, en ello: Tu quières dezir, que eres tan docil, blando, y mañero, que tomaràs lo que yo te dière, y passaràs por lo que yo te enseñàre. Apostarè yo, dixo Sancho, que desde el principio me calò, y me entendìò, fino que quiso turbàrme, por oyr-me dezir otras dozientas patochadas. Podrà ser, replicò Don Quixote. Y en efecto que dize Teresa? Teresa dize, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas, y callen barbas; porque quièn destaja, no baraja; pues mas vale un toma, que dos te darè. Y yo digo, que el consejo de la muger es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondiò Don Quixote: Dezid, Sancho amigo; passà adelante, que hablàys oy de perlas.

Es pues el caso, replicò Sancho, que como vuestra merced sabe, todos estàmos fugètos à la muèrte; y que oy somos, y mañana no; y que tan presto se và el cordèro, como el carnèro; y que nadie puède prometèrse en este mundo

mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es forda, y quando llega à llamar à las puertas de nuestra vida, siempre va de priessa, y no la harán detener, ni ruegos, ni fuerças, ni cetros, ni mitras, segun es publica voz, y fama, y segun nos lo dizen por effos Pulpitos. Todo esto es verdad, dixo Don Quixote; pero no se donde va à parar? Voy à parar, dixo Sancho, en que vuestra merced me señale Salario conocido de lo que me ha de dar cada mes, el tiempo que le sirviere; y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar à mercedes, que llegan tarde, ò mal, ò nunca; con lo mio me ayude Dios: En fin yo quiero saber lo que gano, poco, ò mucho que sea; que sobre un huervo pone la gallina, y muchos pocos hazen un mucho, y mientras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea, que si fucediese (lo qual ni lo creo, ni lo espero) que vuestra merced me diese la infula que me tiene prometida, no soy tan ingrato ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querrè, que se aprècie lo que montare la renta de la tal infula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondiò Don Quixote, à las vezes tan buena fuele ser una gata, como una rata. Ya entiendo, dixo Sancho: Yo apostarè, que avia de dezir rata, y no gata; pero no importa nada, pues vuestra merced me ha entendido. Y tan entendido, respondiò Don Quixote, que he penetrado lo ultimo de tus pensamientos, y se al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalarià salario, si huviera hallado en alguna de las historias de los Cavalleros andantes exemplo, que me descubriese,



cubrièsse, y mostràsse por algun pequeño resquicio, que es lo que solian ganàr cada mes, ò cada año : Pero yo he leydo todas, ò las mas de sus històrias, y no me acuèrdo avèr leydo, que ningun Cavallèro andante aya señalado conocido salario à su escudèro : Solo sè, que todos servian à merced, y que quando menos se lo pensàvan, si à sus Señores les avia corrido bien la fuèrte, se hallàvan premiados con una infula, ò con otra cosa equivalènte, y por lo menos quedàvan con Título, y Señoria. Si con estas esperànças, y aditamètos, vos Sancho, gustàys de bolvèr à servirme sèa en buen hora ; que pensàr que yo hè de facàr de sus terminos, y quicios la antigua ùsança de la Cavalleria andante, es pensàr en lo escusado. Assi que, Sancho mio, bolvèos à vuestra casa, y declarad à vuestra Teresa mi intencion, y si ella gustàre, y vos gustàredes de estàr à merced conmigo *benè quidem*, y finò tan amigos como antes ; que si al Palomar no le falta cebo, no le faltarán Palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena esperànça, que ruyn possession, y buena queixa que mala paga. Hablo desta manèra, Sancho, por dàros à entendèr, que tambien como vos, sè yo arrojàr refrànes como llovidos. Y finalmènte quièro dezir, y os digo, que fino querèys venir à merced conmigo, y corrèr la fuerte que yo corrière, que Dios quede con vos, y os haga un Santo, que à mi no me faltarán escudèros mas obedièntes, mas solìcitos, y no tan empachados, ni tan habladòres como vos. Quando Sancho oyò la firme resolucion de su amo, se le anublò el Cielo, y se le cayeron las alas del coraçon, porque tenia creydo, que su Señor no se iria sin el, por todos los avères del mundo ;

mundo; y assi estàdo suspènso y pensativo, entrò Sançon Carrasco, y la sobrina y el ama, deseòsas de oyr con que razones persuadia à su Señor y Tio que no tornàsse à buscar las aventuras. Llegò Sançon, socarron famoso, y abraçandole como la vez primera, con voz levantada le dixo: O flor de la andante Cavalleria! O luz resplandeciènte de las armas! O honor y espejo de la nacion Española! Plega à Dios todo poderòso donde mas largamente se contiene, que la persona, ó personas que pusièren impedimèto, y estorvaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mas desearen. Y bolvièndose al ama, le dixo: Bien puède la señora ama no rezàr mas la oracion de Santa Apolonia, que yo sè que es determinacion precisa de las esferas, que el Señor Don Quixote buèlva à executàr sus altos y nuèvos pensamientos; y yo encargaria mucho mi conciencia, fino intimàsse, y persuadièsse à este Cavallero, que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuèrça de su valeròso brazo, y la bondad de su animo valentissimo; porque defraudada con su tardança el derecho de los tuèrtos, el ampàro de los huèrfanos, la honra de las donzellas, el favor de las viudas, y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste Jaèz, que tocan, atañen, dependen, y son anexas à la orden de la Cavalleria andante. Ea, Señor Don Quixote mio, hermoso, y bravo, antes oy, que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en execucion, aqui estòy yo para suplirla con mi persona, y hazienda; y si fuere necesidad servir à su magnificencia de escudero, lo tendrè à felicis-



ma ventura. A esta fazon dixo Don Quixote, bolviéndose à Sancho: No te dixe yo, Sancho, que me avian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece à serlo fino el inaudito Bachiller Sanson Carrasco, perpetuo Trastulo, y Regozijador de los patios de las escuelas Salmanticenses, Sano de su persona, agil de sus miembros, callado, sufridor, assi del calor, como del frio, assi de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser Escudero de un Cavallero andante? Pero no permita el Cielo, que por seguir mi gusto, desjarrète, y quiebren la columna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sanson en su patria, y honràndola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres; que yo con qualquier Escudero estarè contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondiò Sancho, enternecido, y llenos de lagrimas los ojos; y profiguiò: No se dirà por mi, Señor mio, el pan comido, y la compañía deshècha. Si, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida; que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panças de quien yo desciendo; y mas, que tengo conocido, y calado por muchas buenas obras, y por mas buenas palabras, el deseò que vuestra merced tiene de hazerme merced; y si me he puesto en cuentas, de tanto mas, quanto, acerca de mi salario, ha sido por complazer à mi muger, la qual quando toma la mano à persuadir una cosa, no ay maço que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta à que se haga lo que quiere: Pero en efecto el hombre ha de ser hombre, y la mu-  
ger



*Jn. Vanderbank inv. et Delin.*  
*Vol. 3. p. 60.*

*Ger. Vanderhucht sculp.*  
31



LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG



ger muger ; y pues yo foy hombre donde quièra (que no lo puedo negàr) tambien lo quièro sèr en mi casa, pese à quien pesàre ; y assi no ay mas que hazèr, fino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se puèda rebolcàr ; y pongàmonos luego en camino, porque no padezca el alma del Señor Sanfon, que dize, que su conciència le lita, que persuàda à vuestra merced à salir tercera vez por esse mundo ; y yo de nuevo me ofrezco à servir à vuestra merced fiel, y legalmènte, tan bien, y mejor que quantos escudèros han servido à Cavallèros andantes en los passados y presentes tiempos. Admirado quedò el Bachiller de oyr el termino, y modo de hablàr de Sancho Pança ; que puesto que avia leydo la primera història de su Señor, nunca creyò, que era tan graciòso como alli le pintan : Pero oyèndole dezir aora testamento y codicilo, que no se pueda rebolcàr, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocàr ; creyò todo lo que dèl avia leydo, y confirmòlo por uno de los mas solenes mentecàtos de nuestros siglos ; y dixo entre si, que tales dos locos como amo, y moço no se avrian visto en el mundo. Finalmènte Don Quixote y Sancho se abraçaron, y quedaron amigos, y con parecèr y beneplacito del gran Carrasco (que por entonces era su oraculo) se ordenò, que de alli à tres dias fuèsse su partida, en los quales avria lugar de adereçàr lo necessario para el viage, y de bufcàr una celada de encaxe ; que en todas maneras, dixo Don Quixote, que la avia de llevàr. Ofreciòsela Sanfon, porque sabia, no se la negaria un amìgo fuyo que la tenia, puesto que estàva mas escùra por el orin, y el moho, que  
clara,

clara, y limpia por el terço azèro. Las maldiciònes que las dos ama y sobrina echàron al Bachiller, no tuvièron cuento. Mesàron sus cabellos, arañàron sus rostros, y al modo de las endechadèras que se ùsavan, lamentàvan la partida, como si fuèra la muèrte de su Señor. El desigño que tuvo Sanfon para persuadirle à que otra vez salièsse, fuè hazèr lo que adelante cuenta la història, todo por consejo del Cura, y del Barbero, con quièn el antes lo avia comunicàdo.

EN resolucion en aquellos tres dias Don Quixote y Sancho se acomodàron de lo que les pareciò convenirles, y avièndo aplacàdo Sancho à su muger, y Don Quixote à su sobrina, y à su ama, al anohecèr fin que nadie lo vièsse fino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quixote sobre su buen Rozinante, y Sancho sobre su antiguo ruzio, proveydas las alforjas de cosas tocàntes à la Bucòlica, y la bolsa de dineros, que le diò Don Quixote para lo que se ofrecièsse. Abraçòle Sanfon, y suplicòle, le avisàsse de su buena, ò mala suerte, para alegràrse con esta, ò entristecèrse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometiòfelo Don Quixote: Diò Sanfon la buelta à su lugar, y los dos tomàron la de la gran ciudad del Toboso.

C A P I -



## CAPITULO VIII.

*Donde se cuenta lo que le sucedió à Don Quixote yendo à  
ver à su Señora Dulcinea del Toboso.*

**B**ENDITO sea el poderoso Alà, dize Hamete Benengeli al comiènço deste octavo capitulo. Bendito sea Alà, repite tres vezes; y dize que dà estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña à Don Quixote, y à Sancho; y que los letores de su agradàble història pueden hazer cuenta, que desde este punto comiènçan las hazañas y donayres de Don Quixote, y de su escudero. Persuàdeles que se les olviden las passadas Cavallerias del ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que estàn por venir, que desde aora en el camino del Toboso comiènçan, como las otras començaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide, para tanto como el promete: Y assi prosigue diziendo.

SOLOS quedaron Don Quixote y Sancho; y à penas se hùvo apartado Sansón, quando començò à relinchàr Rozinante, y à suspirar el ruzio, que de entrambos Cavallero y escudero fuè tenido à buena Señal, y por felicissimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los suspiros y rebuznos del ruzio, que los relinchos de Rozinante; de donde coligió Sancho, que su ventura avia de sobrepujar, y ponèrse encima de la de su Señor; fundàndose, no se si en Astrologia Judiciària, que el se fabia, puesto que la història no lo declara: Solo le oyeron dezir, que quando tropezava, ò caya, se holgara no avèr salido de casa, porque del tropezar, ò caer, no se facava otra cosa fino el zapato



pato roto, ò las costillas quebràdas; y aunque tonto, no andàva en esto muy fuèra de camìno. Dixole Don Quixote: Sancho amigo, la noche se nos vè entràndo à mas andàr, y con mas escuridàd de la que aviamos menestèr para alcançàr à vèr con el dia al Tobòso, adonde tengo determinàdo de ir, antes que en otra aventura me ponga: Alli tomarè la bendicion, y buena licencia de la fin par Dulcinea, con la qual licencia piènso, y tengo por cierto de acabàr, y dàr felice cima à toda peligròsa aventura; porque ninguna cosa desta vida haze mas valientes à los Cavallèros andantes, que vèrse favorecidos de sus Damas. Yo assi lo creò, respondiò Sancho, pero tengo por dificultòso, que vuestra merced puèda hablàrle, ni vèrse con ella, en parte alomènòs que puèda recibir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vè la vez primera quando le llevè la carta donde ivan las nuevas de las fandezes y locùras, que vuestra merced quedàva haziendo en el coraçon de Sierra Morena. Bardas de corral se te antojàron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde, ò por donde viste aquella jamas bastantemènte alabada gentilèza, y hermosura? No devian de sèr fino galerias, ò corredòres, ò lonjas, ò como las llaman, de ricos, y Reales Palacios. Todo pùdo ser, respondiò Sancho, pero à mi bardas me parecièron, fino es que sòy falto de memoria. Con todo esto vàmòs allà, Sancho, replicò Don Quixote, que còmo yo la vèa, esto se me dà que sèa por bardas, que por ventanas, ò por resquicios, ò verjas de Jardines; que qualquìer rayo, que del Sol de su belleza llegue à mis ojos, alumbrarà mi entendimièto, y fortalecerà mi

mi

mi corazon de modo, que quède unico, y fin iguàl en la discrecion, y en la valentia. Pues en verdad, Señor, respondiò Sancho, que quando yo vi effe Sol de la Señora Dulcinea del Tobòso, que no estàva tan claro, que pudièsse echàr de si rayos algunos, y deviò de sèr, que como fu merced estàva ahechàndo aquel trigo que dixè, el mucho polvo que facàva, se le pùso como nube ante el rostro, y se le escureciò. Que toda via das, Sancho, dixo Don Quixote, en dezir, en pensàr, en creèr, en porfiàr, que mi Señora Dulcinea ahechàva Trigo, siendo effo un menestèr, y exercicio, que vâ desviàdo de todo lo que hazen, y deven hazèr las personas principales, que estàn constituýdas, y guardàdas para otros exercicios, y entretenimiètos, que muestran à tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuèrdan à ti, Sancho, aquellos versos de nuestro Poëta, donde nos pinta las labores que hazian allà en sus moràdas de cristal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado facaron las cabeças, y se sentàron à labràr en el prado verde aquellas ricas telas, que alli el ingeniosò Poëta nos describe, que todas eran de Oro, Sirgo, y Perlas contèxtas, y texidas: Y desta manera devia de sèr el de mi Señora, quando tu la viste; sino que la envidia, que algun mal encantador deve de tenèr à mis cosas, todas las que me han de dàr gusto, truèca y buèlve en diferentes figùras de las que ellas tienen; y assi tèmo, que en aquella història, que dizen, que anda impressa de mis hazañas, si por ventùra ha sido su autor algun Sabio mi enemigo, avrà puestò unas cosas por otras, mezclàndo con una verdad mil mentiras, divertièndose à contàr otras acciones fuèra de lo que requière la continua-



cion de una verdadera historia. O envidia, rayz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no se que de delèyte contigo, pero el de la envidia no trae fino disgustos, rancores, y rãbias. Eſto es lo que yo digo tambien, respondiò Sancho; y pienſo que en eſta leyenda ò historia que nos dixo el Bachiller Carrasco, que de nosotros avia visto, deve de andàr mi honra à *coche acà cinchado*, y como dizen, *al eſtricote*, aqui y alli bariendo las calles. Pues à fè de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes, que pueda sèr envidiàdo: Bien es verdad, que foy algo maliciòso, y que tengo mis ciertos affomos de vellaco; pero todo lo cùbre y tapa la gran capa de la simpleza mia siempre natural, y nunca artificiòsa. Y quando otra cosa no tuvièſſe fino el creèr, como siempre creo, firme, y verdaderamente en Dios, y en todo aquello que tiene, y creè la Santa Iglesia Catolica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo sòy, de los Judios, devian los historiadores tener misericordia de mi, y tratarme bien en sus escritos: Pero digan lo que quisièren, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: Aunque por verme puesto en libros, y andàr por eſte mundo de mano en mano, no se me dà un higo, que digan de mi todo lo que quisièren. Eſto me parece, Sancho, dixo Don Quixote, à lo que sucediò à un famoso Poeta destes tiempos, el qual, aviendo hecho una maliciòsa Sàtira contra todas las damas cortesanas, no pùso, ni nombrò en ella à una dama, que se podia dudàr, si lo era, ò no; la qual, viendo que no estava en la lista de las demàs, se quexò al Poeta, diziendole, que

que que avia visto en ella para no ponèrta en el numero de las otras? Y que alargàsse la Sàtira, y la pusièsse en el enfanche; fino, que miràsse para lo que avia nacido. Hizolo assi el Poëta, y pùsola, qual no digan dueñas; y ella quedò satisfecha, por vèrse con fama aunque infame. Tambien viene con esto, lo que cuentan de aquel pastor, que pùso fuego, y abrasò el templo famoso de Diana, contàdo por una de las siete Maravillas del mundo, solo porque quedàsse vivo su nombre en los siglos venidèros; y aunque se mandò, que nadie le nombràsse, ni hizièsse por palabra, ò por escrito mencion de su nombre, porque no consiguièsse el fin de su desèo, toda via se supò, que se llamàva Erostrato. Tambien alude à esto lo que sucediò al grande Emperador Carlos Quinto con un Cavallèro en Roma. Quiso vèr el Emperador aquel famoso Templo de la Rotunda, que en la antiguedad se llamò, el templo de todos los Dioses, y aora con mejor vocacion se llama, de todos los Santos; y es el edificio que mas entèro ha quedado de los que alçò la gentilidad en Roma, y es el que mas consèrva la fama de la grandiosidad, y magnificencia de sus fundadores. El es de hechura de una media naranja, grandissimo en estremo, y està muy claro fin entràrle otra luz, que la que le concede una ventana, ò por mejor dezir, clarabòya redonda, que està en su cima, desde la qual miràndo el Emperador el edificio, estàva con el, y à su lado un cavallèro Romano declaràndole los primores, y futelezas de aquella gran màquina, y memorable arquitectura; y avièndose quitado de la clarabòya, dixo al Emperador: Mil vezes, Sacra Magestad, me vino desèo de abraçarme



con vuestra magestad, y arrojarme de aquella claraboya abaxo, por dexar de mi fama eterna en el mundo. Yo os agradèzco, respondiò el Emperador, el no avèr pueſto tan mal penſamiènto en eſeecto; y de aqui adelante no os pondrè yo en ocaſion que bolvays à hazèr pruèva de vuestra lealtad; y aſſi os mando que jamas me hablèys, ni eſtèys donde yo eſtuyère: Y tras eſtas palabras le hizo una gran mercèd. Quièro dezir, Sancho, que el deſeò de alcançar fama es activo en gran manera. Quien pienſas tu que arrojò à Horacio del puente abaxo, armado de todas armas, en la profundidàd del Tibre? Quien abrasò el braço, y la mano à Mucio? Quien impeliò à Curcio à lançarſe en la profunda ſima ardiènte, que apareciò en la mitad de Roma? Quien contra todos los Aguèros, que en contra ſe le avian moſtràdo, hizo paſſar al Rubicon à Ceſar? Y con exemplos mas modernos; Quien barrenò los Navios, y dexò en ſeco, y aiſlados los valerosos Eſpañoles, guiados por el cortefiſſimo Cortes en el nuevo mundo? Todas eſtas, y otras grandes y diferentes hazañas ſon, fuèron, y ſeràn obras de la fama, que los mortales deſeèn como premios, y parte de la immortalidad, que ſus famoſos hechos merècen: Pueſto que los Chriſtianos Catolicos, y andantes Cavallèros mas avèmos de atendèr à la gloria de los figlos venidèros, que es eterna en las Regiones etereas y celeſtes, que à la vanidàd de la fama, que en eſte preſente, y acabable figlo ſe alcança; la qual fama por mucho que dure, en fin ſe ha de acabàr con el miſmo Mundo, que tiene ſu fin ſeñalado: Aſſi, ó Sancho, que nueſtras obras no han de fallir del limite, que nos tiene pueſto la Religion Chriſtiana  
que

que profesàmos. Hèmos de matàr en los Gigantes à la sobervia; à la envidia en la generosidad, y buen pecho; à la ira en el reposado continente y quietud del animo; a la gula, y al sueño en el poco comèr que comèmos, y en el mucho velàr que velàmos; à la luxùria, y lascivia en la lealtad que guardàmos à las que hèmos hecho Señoras de nuestros pensamiètos; à la pereza con andàr por todas las partes del mundo, buscàndo las ocasiones, que nos puèdan hazèr y hagan sobre Christianos, famosos Cavalleros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcànçan los estrèmos de alabanças, que consigo trae la buena fama.

Todo lo que vuestra merced hasta aquí me ha dicho, dixo Sancho, lo hè entendido muy bien, pero con todo esso querria que vueffa merced me forbièsse una duda, que agora en este punto me hà venido à la memoria. Assolvièsse, quieres dezir, Sancho, dixo Don Quixote: Dì en buenora, que yo responderè lo que supiere. Dìgame, Señor, profiguò Sancho, effos Julios, ò Agosto, y todos effos Cavalleros hazañosos, que hà dicho, que yà son muertos, donde estàn agora? Los Gentiles, respondiò Don Quixote, sin duda estàn en el infierno: Los Christianos, si fuèron buenos Christianos, ò estàn en el Purgatorio ò en el Cielo. Està bien, dixo Sancho; pero sepàmos aora: essas sepulturas, donde estàn los cuerpos deffos Señorazos, tienen delante de si lamparas de plata, ò estàn adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabellèras, de piernas, y de ojos de cera? Y si desto no, de que estàn adornadas? A lo que respondiò Don Quixote: Los sepulcros  
de

de los Gentiles fuèron por la mayor parte suntuosos templos: Las cenizas del cuerpo de Julio Cesar se pusièron sobre una Piramide de pièdra de desmesurada grandeza, a quien oy llaman en Roma la aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirviò de sepultura un Castillo tan grande como una buena Aldea, à quien llamàron *Moles Adriani*, que aora es el castillo de Sant Angelo en Roma. La Reyna Artemisa sepultò à su marido Mausolo en un sepulcro, que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo: Pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales, que mostrassen sèr santos los que en ellas estavan sepultados. A esso vòy, replicò Sancho; y dìgame agora: Qual es mas, resucitar à un muerto, ó matar à un Gigante? La respuesta està en la mano, respondiò Don Quixote: Mas es resucitar à un muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho: Luègo la fama del que resucita muertos, dà vista à los ciègos, enderèça los coxos, y dà Salud à los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lamparas, y estàn llenas sus capillas de gentes devotas, que de Rodillas adòran sus reliquias, mejor fama ferà para este y para el otro figlo, que la que dexaron, y dexàren quantos Emperadores Gentiles, y Cavalleros andantes ha avido en el mundo? Tambien confièssò essa verdad, respondiò Don Quixote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, ó como llaman à esto, respondiò Sancho, tienen los cuerpos, y las reliquias de los santos, que con aprovacion, y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabellèras, ojos, piernas,

nas, con que aumentan la devocion, y engrandècen su christiana fama. Los cuerpos de los santos, ò sus reliquias llèvan los Reyes sobré sus ombros, besan los pedaços de sus huèffos, adornan y enriquezen con ellos sus oratorios, y sus mas preciados Altares. Que quières que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote; Quiero dezir, dixo Sancho, que nos dèmos à sèr santos, y alcançarèmos mas brevemente la buena fama que pretendèmos. Y advièrta, Señor, que ayèr ò antes de ayèr (que segun hà poco, se puede dezir desta manera) canonizàron, ò beatificàron dos fraylecitos descalços, cuyas cadenas de hièrro con que ceñian, y atormentàvan sus cuerpos, se tiene aora à gran ventura el besàrlas, y tocàrlas, y estàn en mas veneracion, que està, segun dixè, la espada de Roldan en el armeria del Rey nuestro Señor, que Dios guàrde: Assi que, Señor mio, mas vale sèr humilde fraylecito de qualquier orden que sèa, que valiente, y andante Cavallèro: Mas alcançan con Dios dos dozenas de disciplinas, que dos mil lançadas, ora las dèn à Gigantes, ora à Vestiglos, ò Endriagos. Todo effo es assi, respondiò Don Quixote; pero no todos podèmos sèr frayles; y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los fuyos al Cielo; religion es la Cavalleria; Cavallèros Santos ày en la Gloria. Si, respondiò Sancho, pero yo hè oydo dezir, que ay mas frayles en el Cielo, que Cavallèros andantes. Effo es, respondiò Don Quixote, porque es mayor el nùmero de los Religiosos, que el de los Cavallèros. Muchos son los andantes, dixo Sancho. Muchos, respondiò Don Quixote, pero pocos los que merècen nombre de cavallèros.

E N



EN estas, y otras semejantes platicas se les pasó aquella noche, y el día siguiènte, sin acontecèrles Cosa que de contar fuèsse, de que no poco le pesò à Don Quixote. En fin otro día al anocheçer descubrièron la gran Ciudad del Tobòso, con cùya vista se le alegràron los espíritus à Don Quixote, y se le entristecièron à Sancho, porque no sabìa la casa de Dulcinèa, ni en su vida la avìa visto, como no la avìa visto su Señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no averla visto, estàvan alborotàdos; y no imaginàva Sancho, que avìa de hazèr, quando su dueño le embiàsse al Tobòso. Finalmènte ordenò Don Quixote entràr en la Ciudad, entràda la noche, y en tanto que la hora se llegàva, se quedàron entre unas enzinas, que cerca del Tobòso estàvan; y llegado el determinàdo pùnto, entràron en la Ciudad, donde les sucediò cosas, que à cosas llegan.

## CAPITULO IX.

*Donde se cuenta, lo que en el se verà.*

**M**EDIA noche era por filo, poco mas a menos, quando Don Quixote, y Sancho dexàron el monte, y entràron en el Tobòso. Estàva el pueblo en un fosegado silencio, porque todos sus vezinos dormìan, y reposàvan à pierna tendida, como fuele dezirse. Era la noche entreclara, puesto que quisièra Sancho, que fuèra del todo escùra, por hallàr en su escuridàd discùlpa de su fandèz. No se oya en todo el lugar fino ladridos de perros, que atronàvan los oydos de Don Quixote, y turbàvan el Coraçon de Sancho. De quando en quando rebuznàva un jumento,

mento, gruñian puercos, y mayavan gatos, cuyas voces de diferentes fonidos se aumentavan con el silencio de la noche: Todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero à mal aguero, pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quiçà podrá ser, que la hallèmos despierta. A que Palacio tengo de guiàr, cuerpo del Sol, respondiò Sancho, que en el que yo vi à su grandeza, no era sino casa muy pequeña? Devia de estar retirada entonces, replicò Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su alcaçàr, solazàndose à solas con sus donzellas, como es uso y costumbre de las altas Señoras, y Princesas. Señor, dixo Sancho, ya que vuestra merced quiere, à pesar mio, que sea alcaçàr la casa de mi Señora Dulcinea, es hora esta por ventura de hallàr la puerta abierta? Y serà bien que demos aldavazos para que nos oyan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda la gente? Vàmòs por dicha à llamàr à la casa de nuestras mancebas, como hazen los Abarraganados, que llegan, y llaman, y entran à qualquìer hora, por tarde que sea? Hallèmos primero una por una el alcaçàr, replicò Don Quixote, que entonces yo te dirè, Sancho, lo que serà bien que hagamos; y advièrte, que yo veo poco, ò que aquel bulto grande, y sombra que desde aqui se descubre, la deve de hazer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuestra merced, respondiò Sancho, quiçà serà assi, aunque yo lo verè con los ojos, y lo tocarè con las manos, y assi lo creerè yo, como creer que es agora de dia. Guiò Don Quixote, y aviendo andado como dozièntos passos, diò con el bulto que hazia la sombra, y viò una gran torre, y luègo conociò, que el



tal edificio no era alcaçar, fino la Iglesia principal del pueblo; y dixo: Con la Iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega à Dios, que no demos con nuestra sepultura; que no es buena señal andàr por los cementerios à tales horas, y mas aviendo yo dicho à vueſſa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta Señora ha de estàr en una callejuèla sin salida. Maldito seas de Dios, mentecàto, dixo Don Quixote, adonde has tu hallado, que los alcaçares, y palacios reales estèn edificados en callejuèlas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra fu ùso; quiçà se ùsa aqui en el Tobòso edificar en callejuèlas los palacios y edificios grandes; y assi suplico à vueſſa merced, me dexè buscar por estas calles, ò callejuèlas, que se me ofrècen; podria sèr que en algun rincón topàſſe con esse alcaçar, que le vea yo comido de Perros, que assi nos trae Corridos y afendereàdos. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi Señora, dixo Don Quixote, y tengàmos la fiesta en paz; y no arrogèmos la foga tras el caldèro. Yo me reportarè, respondió Sancho; pero con que paciencia podrè llevar, que quièra vueſſa merced, que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la aya de saber siempre, y hallàrla à media noche, no hallàndola vueſſa merced, que la deve de avèr visto millares de vezes. Tu me haràs desesperàr, Sancho, dixo Don Quixote. Ven acà, Herege, no te hè dicho mil vezes, que en todos los dias de mi vida no hè visto à la fin par Dulcinea, ni jamas atravesè los umbràles de su palàcio, y que solo estòy enamorado de oydas, y de la gran fama que tiene de hermosa, y discreta? Aora lo oygo, respondió Sancho,

cho, y digo, que pues vuestra merced no la hà visto, ni yo tampoco. Eſſo no puede sèr, replicò Don Quixote, que por lo menos ya me hàs dicho tu, que la viste ahechàndo trigo, quando me truxiste la respuesta de la carta, que le embiè contigo. No se atenga à eſſo, Señor, respondiò Sancho, porque le hago sabèr, que tambien fuè de oydas la vista, y la respuesta que le truxè; porque assi sè yo, quièn es la Señora Dulcinea, como dàr un puño en el Cielo. Sancho, Sancho, respondiò Don Quixote, tiempos ay de burlàr, y Tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque yo diga, que ni hè visto, ni hablàdo à la Señora de mi alma, hàs tu de dezir tambien, que ni la hàs hablàdo, ni visto, fiendo tan al reves como fàbes.

EST ÀND O los dos en estas platicas vièron, que venìa à pasàr por donde estàvan, uno con dos mulas, que por el ruýdo que hazìa el aràdo, que arrastràva por el suelo, juzgàron, que devìa de sèr labradòr, que avrìa madrugàdo antes del dia à ir à su labrànça, y assi fuè la verdad. Venìa el labradòr cantàndo aquel Romance, que dize: mala la huvistes Franceses, en eſſa de Roncesvalles. Que me maten, Sancho, dixo, en oyèndole, Don Quixote, si nos hà de sucedèr cosa buena esta noche. No oyes lo que viene cantàndo eſſe villano? Si oygo, respondiò Sancho; pero que haze à nuestro proposito la caça de Roncesvalles? Assi pudièra cantàr el Romance de Calainos, que todo fuèra uno para sucedèrnos bien, ò mal en nuestro negocio. Llegò en esto el labradòr, à quièn Don Quixote preguntò: Sabrèysme dezir, buen amigo, que buena ventùra os dè Dios, donde son por aqui los palacios de la fin par Princesa Doña



Dulcinea del Tobòso? Señor, respondió el moço, yo soy Forastero, y hà pocos dias, que estòy en este pueblo firviendo à un labradòr rico en la labrança del campo. En essa casa frontera viven el Cura, y el Sacristan del lugar: Entrambos, ò qualquìer dellos fabrà dár à vueffa merced razon dessa Señora Princefa, porque tienen la lista de todos los vezinos del Tobòso; aunque para mi tengo, que en todo el, no vive Princefa alguna; muchas Señoras si Principales, que cada una en su casa puede fer Princefa. Pues entre essas, dixo Don Quixote, deve de estàr, amigo, esta por quièn te pregùnto. Podria sèr, respondió el moço, y à Dios, que ya viene el alva; y dando à sus mulas, no atendìo à mas preguntas. Sancho, que viò suspenso à su Señor, y affaz mal contento, le dixo: Señor, ya se viene à mas andàr el dia, y no ferà acertado, dexàr que nos halle el sol en la Calle: Mejor ferà, que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vueffa merced se embòsque en alguna floresta aqui cercana, y yo bolverè de dia, y no dexarè ostùgo en todo este lugar, donde no busque la casa, alcaçàr, ò palacio de mi Señora; y affaz seria de desdichado, fino le hallàsse; y hallàndole, hablarè con su merced, y le dirè donde, y como queda vueffa merced esperàndo, que le dè orden y traça para verla sin menoscabo de su honra y fama. Hàs dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras. El consejo que aora me hàs dado le apetèzco, y recibo de bonissima gana. Ven, Hijo, y vamos à buscàr donde me embosque, que tu bolveràs, como dizes, à buscàr, à ver, y hablàr à mi Señora, de cuya discrecion, y cortesia espèro mas que mila-

milagrosos favores. Rabiava Sancho por facar à su amo del pueblo, porque no averiguasse la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinea le avia llevado à sierra Morena; y assi diò priessa à la falida, que fue luego; y à dos millas del lugar hallaron una floresta, ò bosque, donde Don Quixote se emboscò en tanto que Sancho bolvia à la ciudad à hablar à Dulcinea, en cuya Embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

## CAPITULO X.

*Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos, como verdaderos.*

**L**EGANDO el Autor desta grande historia à contar lo que en este capitulo cuenta, dize, que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creydo; porque las locuras de Don Quixote llegaron aqui al termino, y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas alla de las mayores. Finalmente aunque con este miedo y rezelo, las escribiò de la misma manera, que el las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia un atomo de la verdad, sin darse nada por las objeciones, que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el azeyte sobre el agua; y assi profiguiendo su historia dize.

QUE



QUE assi como Don Quixote se emboscò en la floresta, encinàr, ò selva junto al gran Tobòso, mandò à Sancho bolver à la ciudad, y que no bolvièsse à su presencia, sin avèr primero hablàdo de su parte à su Señora, pidièndola, fuèsse servida de dexàrse vèr de su cautivo cavallero, y se dignàsse de echàrle su bendición, para que pudièsse esperar por ella felicissimos suceßos de todos sus acaecimiètos, y dificultosas empresas. Encargòse Sancho de hazèrlo assi como se le mandàva, y de traèrle tan buena respuesta, como le truxo la vez primera. Anda, hijo, replicò Don Quixote, y no te turbes quando te vières ante la luz del Sol de hermosura, que vas à buscàr. Dichoso tu sobre todos los escuderos del mundo! Ten en la memoria, y no se te passe della, como te recibe; si muda las colores el tiempo que la estuvières dando mi embaxada; si se defassossièga, y turba oyèndo mi nombre; si no cabe en la almohada; si à caso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si està en pie, mirala, si se pone aora sobre el uno, aora sobre el otro pie; si te repite la respuesta, que te diere, dos ò tres vezes; si la muda de blanda en aspera, de azèda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componèrle, aunque no estè desordenado: Finalmènte, hijo, mira todas sus acciones, y movimiètos; porque si tu me los relatàres como ellos fuèron, sacarè yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su coraçon, acerca de lo que al fecho de mis amores toca: Que hàs de sabèr, Sancho, si no lo sabes, que entre los amàntes las acciones y movimiètos exteriòres que muèstran, quando de sus amores se trata, son certissimos correos, que tràen las nuevas de lo que

que allà en lo interior del alma passà. Vè, amigo, y guèite otra mejor ventùra que la mia, y buèlvate otro mejor fucèssò del que yo quedo temièdo, y esperàdo en esta amarga soledad en que me dexas. Yo irè, y bolverè presto, dixo Sancho; y enfanche vueffà merced, Señor mio, effè coraçoncillo, que le deve de tenèr agora no mayor que una abellana; y confidère, que se fuele dezir, que buen coraçon quebrànta mala ventùra; y que donde no ay tocinos, no ay estacas. Y tambien se dize: Donde no piensa, falta la Liebre. Dìgolo, porque si esta noche no hallàmos los Palacios, ò alcaçares de mi Señora, aora que es de dia, los pienso hallàr quando menos lo piense; y hallados, dèxenme à mi con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refrànes tan à pelo de lo que tratàmos, quanto me dè Dios mejor ventùra en lo que desèo.

ESTO dicho, bolviò Sancho las espaldas, y vareò su Ruzio, y Don Quixote se quedò à cavallo descansando sobre los estrivos, y sobre el arrimo de su Lança, lleno de tristes, y confusas imaginaciònes, donde le dexarèmos, yèndonos con Sancho Pança, que no menos confùso, y pensativo se apartò de su Señor, que el quedàva; y tanto, que apenas hùvo salido del bòsque, quando bolviendo la cabeça, y viendo que Don Quixote no parecia, se apeò del Jumento, y sentàndose al pie de un arbol, començò à hablar consigo mesmo, y à dezirse: Sepàmos aora, Sancho hermano, adonde và vueffà merced? Và à buscàr algun jumento que se le aya perdido? No por cierto. Pues que và à buscàr? Vòy à buscàr (como quien no dize nada) à una

una Princefa, y en ella al Sol de la hermosura, y à todo el Cielo junto. Y adonde pensàys hallàr effo que dezis, Sancho? Adonde? En la gran ciudad del Tobòso. Y bien; y de parte de quièn la vàys à buscàr? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y dà de comèr al que hà Sed, y de bebèr al que hà hambre. Todo effo està muy bien; y sabèys fu casa, Sancho? Mi amo dize, que han de sèr unos Reales palacios, ó unos sobervios alcaçares. Y avèysla visto algun dia por ventura? Ni yo, ni mi amo la avèmos visto jamas. Y parèceos, que fuèra acertado, y bien hecho, que si los del Tobòso supiéssèn, que estàys vos aquí con intencion de ir à sonfacàrles sus Princefas, y à defassoflegàrles sus Damas, viniéssèn, y os moliéssèn las costillas à puros palos, y no os dexàssèn huéssò sano? En verdad, que tendrìan mucha razon, quando no consideràssèn, que sòy mandado, y que: Mensàgèro soys, amigo, no merecèys culpa, non. No os fièys en effo, Sancho, porque la Gente Manchega es tan colèrica como honrada, y no confiènte costillas de nadie. Vive Dios, que si os huèle, que os mando mala ventura. Oxe puto, allà daràs Rayo: No fino andeme yo buscàndo tres pies al gato por el gusto ageno; y mas, que assi ferà buscàr à Dulcinea por el Tobòso, como à Marica por Rabena, ò al Bachiller en Salamanca. El diablo, el diablo me à metido à mi en esto, que otro no.

ESTE soliloquio passò consigo Sancho, y lo que facò del fuè, que bolviò à dezirse: Agora bien, todas las cosas tienen remedio fino es la muerte, debaxo de cuyo yùgo hèmòs de passàr todos, mal que nos pese, al acabàr de la vida,

yida. Este mi amo, por mil señales hè visto, que es un loco de atàr, y aun tambien yo no le quedo en çaga, pues sòy mas mentecàto que el, pues le figo, y le firvo, si es verdadèro el Refràn que dize: Dime con quien andas, dezirte hè quièn eres. Y el otro: no con quièn naces, fino con quièn paces. Sièndo, pues, loco como lo es, y de locùra que las mas vezes toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció, quando dixo, que los molinos de viento eran Gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carnèros, exercitos de enemigos, y otras muchas cosas à este tono; no ferà muy dificil hazèrle creèr, que una labradòra, la primera que me topàre por aquí, es la Señora Dulcinea; y quando el no lo creà, jurarè yo; y si el juràre, tornarè yo à juràr; y si porfiarè, porfiarè yo mas, y de manera, que tengo de tenèr la mia siempre sobre el hito, venga lo que vinière; quiçà con esta porfia acabarè con el, que no me embie otra vez à semejantes Menfagerias, vièndo quan mal recado le traygo dellas; ò quiçà pensarà, como yo imagino, que algun mal encantador destos que el dize, que le quièren mal, la avrà mudado la figura por hazèrle mal y daño.

CON esto que pensò Sancho Pança, quedò fofsegàdo su espiritu, y tuvo por bien acabàdo su negocio; y detenièndose alli hasta la tarde, por dár lugar à que Don Quixote pensàsse, que le avia tenido para ir, y bolvèr del Tobòso; sucediòle todo tan bien, que quando se levantò para subir en el Ruzio, viò que del Tobòso hàzia donde el estàva, venian tres labradòras sobre tres Pollinos, ò Pollinas (que el



Autor no lo declàra) aunque mas se puède creèr, que eran Borricas, por ser ordinaria Cavalleria de las aldeanas: Pero como no và mucho en esto, no ay para que detenèrnos en averiguàrlo.

EN resolucion, assi como Sancho viò à las labradòras, à passo tirado bolviò à buscàr à su Señor Don Quixote, y hallòle suspiràndo, y diziendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le viò, le dixo: Que ay, amigo Sancho? Podrè señalar este dia con piedra blanca, ò con negra? Mejor serà, respondiò Sancho, que vueffia mercèd le señale con Almagre como ròtulos de Catedras, porque le echen bien de vèr los que le vièren. De esse modo, replicò Don Quixote, buenas Nuevas traes. Tan buenas, respondiò Sancho, que no tiene mas que hazer vueffia mercèd, fino picar à Rozinante, y salir à lo raso à ver à la Señora Dulcinea del Tobòso, que con otras dos donzellas fuyas viene à vèr à vueffia mercèd. Santo Dios, que es lo que dizes, Sancho amigo! dixo Don Quixote. Mira, no me engañes, ni quièras con falsas alegrías alegràr mis verdaderas tristezas. Que facaria yo de engañàr à vueffia mercèd, respondiò Sancho, y mas estàndo tan cerca de descubrir mi verdàd? Pique, Señor, y venga, y verà venir à la Princesa nuestra Ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es: Sus donzellas y ella todas son una ascua de oro, todas Mayorcas de perlas, todas diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos: Los cabellos sueltos por las espaldas que son otros tantos rayos del Sol que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen à cavallo sobre tres cananeas remendadas, que no ay mas que vèr.

vèr. Hacaneas, querràs dezir, Sancho. Poca Diferencia ay, respondiò Sancho, de cananeas à hacaneas; pero vengan sobre lo que vinièren, ellas vienen las mas galanas Señoras, que se pueden deseàr, especialmènte la Princesa Dulcinea mi Señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondiò Don Quixote, y en Albricias destas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganàre en la primera aventura que tuvière; y si esto no te contenta, te mando las crias, que este año me dièren las tres Yeguas mias, que tu sabes que quedan para parir en el prado concegil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondiò Sancho, porque de sèr buenos los despojos de la primera aventura, no està muy cierto.

YA en esto salièron de la selva, y descubrièron cerca, à las tres aldeanas. Tendiò Don Quixote los ojos por todo el camino del Tobòso, y como no viò fino à las tres labradoras, turbòse todo, y preguntò à Sancho, si las avia dexado fuera de la ciudad? Como fuera de la ciudad? respondiò Sancho. Por ventura tiene vuestra mercèd los ojos en el colodrillo, que no vèe, que son estas las que aqui vienen, resplandecièntes como el mismo Sol à medio dia? Yo no vèo, Sancho, dixo Don Quixote, fino à tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondiò Sancho: Y es possible que tres hacaneas, ò como se llaman, blancas como el hampo de la nieve, le parezcan à vuestra mercèd Borricos? Vive el Señor que me pele estas barbas si tal fuèsse verdàd. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdàd, que son borricos, ò borricas; como yo foy Don Quixote, y tu San-



cho Pança, alomenos à mi tales me parecen. Calle, Señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, fino despavile effos ojos, y venga à hazèr reverencia à la Señora de fus pensamientos, que ya llega cerca: Y diziendo esto, se adelantò à recibir à las tres aldeanas, y apeandose del Ruzio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, y Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez, y grandeza sea servida de recibir en su gracia, y buen talante al cautivo Cavallero vuestro, que alli està hecho piedra marmol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnifica presencia. Yo soy Sancho Pança su escudero, y el es el asfendereado Cavallero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la triste figura. A esta fazon ya se avia puesto Don Quixote de hinojos junto à Sancho, y mirava con ojos descajados, y Vista turbada à la que Sancho llamava reyna y señora; y como no descubria en ella fino una moça aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda, y chata, estava suspenso, y admirado sin osar desplegar los labios. Las labradoras estavañ assi mismo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dexavan pasàr adelante à su compañera. Pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina dixo: Apartense nora en tal del camino, y dexenmos pasàr, que vamos de priessa. A lo que respondiò Sancho: O Princesa, y Señora universal del Toboso! Como vuestro magnifico coraçon no se enternèce, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la coluna, y sustento de la andante  
cava-



*In: Vanderbank inv. et delin.  
Vol. 3. p. 84.*

*Ger. VanderGucht sculp.*



LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG



cavalleria? Oyendo lo qual, otra de las dos dixo: mas yo que te estrego, burra de mi fuego: mirad con que se vienen los Señoritos aora à hazer burla de las aldeanas, como si aqui no supiéssimos echàr pullas como ellos. Vayan su camino, è dexenmos hazer el nueso, y ferles hà sano. Levantate, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, que ya veo, que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento à esta anima mezquina que tengo en las carnes. Y tu, ò estremo del valor que puede desfeàrse, termino de la humana gentileza, unico remedio deste affigido coraçon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y hà puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros, ha mudado, y transformado tu sin igual hermosura, y rostro en el de una labradora pobre; si ya tambien el mio no le hà cambiado en el de algun vestiglo para hazerle aborrecible à tus ojos no dexes de mirarme blanda, y amorosamente, echàndo de ver en esta sumission, y arrodillamiento, que à tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi aguelo, respondiò la aldeana: amiguita soy yo de oyr resquebrajos. Apartense, y dexenmos ir, y agradecèrselo hèmos. Apartose Sancho, y dexola ir, contentissimo de avèr salido bien de su enredo. Apenas se viò libre la aldeana, que avia hecho la figura de Dulcinea, quando, picando à su hacanea con un aguijon, que en un palo traÿa, diò à correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon que le fatigava mas de lo ordinario, començò à dár corcobos de manera, que diò con la Señora Dulcinea  
en

en tierra: Lo qual visto por Don Quixote, acudiò à levantàrta, y Sancho à componèr, y cinchàr el albarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y querièndo Don Quixote levantàr à su encantada Señora en los braços sobre la jumenta, la Señora, levantàndose del suelo, le quitò de aquel trabajo, porque hazièndose algun tanto atrás, tomò una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, diò con su cuerpo, mas ligèro que un halcon, sobre la albarda, y quedò à horcajadas, como si fuèra hombre. Y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la Señora nuestra amas ligèra que un acotan, y que puede enseñàr à subir à la Gineta al mas diestro Cordoves, ò Mexicano. El arçon trafero de la filla pasò de un salto, y sin espuelas haze correr la hacanea, como una cebra, y no le van en çaga sus donzellas, que todas corren como el viento; y assi era la verdàd, porque en vièndose à Cavallo Dulcinea, todas picàron tras ella, y disparàron à correr sin bolvèr la cabeça atrás por espacio de mas de media legua. Siguiòlas Don Quixote con la vista, y quando viò que no parecian, bolvièndose à Sancho, le dixo.

SANCHO, que te parece, quan mal quisto foy de encantadores; y mira hasta donde se estiende su malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudièra darme, ver en su ser à mi Señora? En efecto yo naci para exemplo de desdichados, y para ser blanco, y terrero donde toman la mira, y assièstan las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traydores de aver buèlto,

buêlto, y transformado à mi Dulcinèa, fino que la transformaron y bolvièron en una figura tan baxa, y tan fea como la de aquella aldeàna; y juntamènte le quitàron lo que es tan fuyo de las principales Señoras, que es el buen olor, por andàr siempre entre ambares, y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que quando lleguè à subir à Dulcinea sobre su hacanea, segun tu dizes (que à mi me pareciò borrica) me diò un olor de ajos crudos, que me encalabrindò, y atofigò el alma. O canalla? gritò à esta fazon Sancho: O encantadòres aciagos, y mal intencionados! y quien os vièra à todos enfartados por las agallas como Sardinias en Lercha. Mucho sabèys, mucho podèys, y mucho mas hazèys. Bastàros devièra, vellacos, avèr mudado las perlas de los ojos de mi Señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purissimo, en cerdas de cola de buey vermejo; y finalmènte todas sus faciones de buenas en malas, fin que le tocàrades en el olor; que por èl, si quièra, sacàramos lo que estàva encubièrto debaxo de aquella fea corteza; aunque para dezir verdàd nunca yo vi su fealdàd, fino su hermosura, à la qual subia de punto, y Quilates un lunàr que tenia sobre el labio derecho à manera de vigote con siete ò ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos demas de un palmo. A effe Lunàr, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo, ha de tenèr otro Dulcinea en la Tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunàres son pelos de la grandeza, que has significado. Pues yo sè dezir à vueffa merced, respondiò Sancho, que

que le parecían allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicò Don Quixote, porque ninguna cosa pùso la naturaleza en Dulcinèa, que no fuèsse perfecta, y bien acabada: Y assi, si tuvièra cien lunàres, como el que dizes, en ella no fuèran lunàres, sino lunas, y estrellas resplandecièntes. Pero dime Sancho, aquella que à mi me pareció albarda, que tu adereçaste, era filla rafa, ò fillon? No era, respondiò Sancho, sino filla à la Gineta con una cubierta de campo, que vale la mitad de un Reyno, segun es de rica. Y que no vièsse yo todo effo, Sancho, dixo Don Quixote? Aora torno à dezir, y dirè mil vezes, que soy el mas defdichàdo de los hombres. Harto tenia que hazèr el focarròn de Sancho en dissimulàr la rifa, oyèndo las fandezes de su amo tan delicadamènte engañado. Finalmènte despues de otras muchas razones que entre los dos pasàron, bolvièron à subir en sus bestias, y figuièron el camino de Zaragoza, adonde pensàvan llegàr à tiempo, que pudièssen hallàrse en unas solemnes fiestas, que en aquella insigne ciudad cada año suelen hazèrse. Pero antes que allà llegàssen, les sucedièron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas merecen sèr escritas, y leydas, como se verà adelante.

C A P I-



## CAPITULO XI.

*De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro, ó carreta de las cortes de la muerte.*

**P**ENSATIVO ademas iba Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala burla que le avian hecho los encantadores, bolviendo à su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana; y no imaginava, que remedio tendria para bolverla à su ser primero; y estos pensamientos le llevavan tan fuera de si, que sin sentirlo, soltó las riendas à Rozinante, el qual, sintiendo la libertad que se le dava, à cada passo se detenia à pacer la verde yerva, de que aquellos campos abundavan. De su embelesamiento le bolvió Sancho Pança, diziéndole: Señor, las tristezas no se hizieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se buelven bestias. Vuestra merced se reporte, y vuelva en si, y coja las riendas à Rozinante, y avive, y despierte, y muestre aquella gallardia, que conviene que tengan los Cavalleros andantes. Que Diablos es esto? Que descaecimiento es este? Estamos aqui, ó en Francia? Mas que se lleve Satanas à quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo Cavallero andante, que todos los encantos, y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió Don Quixote con voz no muy desmayada: Calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada Señora, que de su desgracia, y desventura yo solo tengo la culpa: De la envidia

TOM. III.

N

dia



dia que me tienen los malos, ha nacido fu mala andança. Assi lo digo yo, respondiò Sancho. Quien la vido, y la vèe aora, qual es el coraçon que no llora? Effen puedes tu dezir bien, Sancho, replicò Don Quixote, pues la viste en la entereza caval de fu hermosura; que el encanto no se entendió à turbarte la vista, ni a encubrirte fu belleza. Contra mi solo, y contra mis ojos se endereza la fuerça de fu veneno. Mas con todo esto he caydo, Sancho, en una cosa, y es, que me pintaste mal fu hermosura; porque, si mal no me acuerdo, dixiste, que tenia los ojos de perlas; y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo, que de dama; y à lo que yo creo, los de Dulcinea deven ser de verdes Esmeraldas rasgados con dos celestiales arcos, que les firven de cejas: Y estas perlas quitelas de los ojos, y passalas à los dientes; que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondiò Sancho, porque tambien me turbò à mi fu hermosura, como à vuestra merced fu fealdad: Pero encomendemoslo todo à Dios, que el es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lagrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que este sin mezcla de maldad, embuste, y vellaqueria. De una cosa me pesa, Señor mio, mas que de otras, que es, pensar que medio se ha de tener quando vuestra merced vença à algun Gigante, ò otro Cavallero, y le mande, que se vaya à presentarse ante la hermosura de la Señora Dulcinea: Adonde la hà de hallar este pobre Gigante, ò este pobre, y misero Cavallero vencido? Parece que los veo andar por el Toboso, hechos unos Baufanes, buscando à mi Señora Dulcinea;

cinèa; y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conoceràn mas que à mi padre. Quiçà Sancho, respondiò Don Quixote, no se estenderà el encantamiènto à quitàr el conocimiènto de Dulcinèa à los vencidos, y presentados Gigantes, y Cavallèros; y en uno, ò dos de los primeros que yo vença, y le embie, harèmos la experiencia, si la ven, ò no, mandàndoles, que buelvan à darme relacion de lo que acerca desto les huviere fucedido. Digo, Señor, replicò Sancho, que me hà parecido bien lo que vueffa mercèd hà dicho, y que con esse artificio vendrèmos en conocimiènto de lo que desèamos, y si es que ella à solo vueffa mercèd se encubre, la desgracia mas ferà de vueffa mercèd, que fuya: Pero como la Señora Dulcinèa tenga salùd y contento, nosotros por acà nos avendrèmos, y lo passàrèmos lo mejor que pudièremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las fuyas, que èl es el mejor medico destas, y de otras mayores enfermedades.

R E S P O N D E R querìa Don Quixote à Sancho, pero estorvòselo una carreta que saliò al travès del camìno, cargada de los mas diversos, y estraños personàges, y figuras, que pudièron imaginàrse. El que guiava las mulas, y servìa de carretèro era un feo Demonio. Venia la carrèta descubierta al cielo abierto sin toldo, ni Zarço. La primera figura, que se ofreciò à los ojos de Don Quixote, fuè la de la misma muerte con rostro humano. Junto à ella venia un angel con unas grandes, y pintadas alas. Al un lado estàva un Emperador con una corona, al parecer, de oro en la cabeça. A los pies de la muerte estàva el Dios, que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con



fu Arco, Carcax, y Saètas. Venia tambien un Cavallèro armàdo de punta en blanco, excepto que no traya morrion, ni celada, fino un sombrero lleno de plumas de divèrsas colores: Con estas venian otras personas de diferentes trages y rostros. Todo lo qual visto de improvìso, en alguna manèra alborotò à Don Quixote, y pùso mièdo en el coraçòn de Sancho: Mas luègo se alegrò Don Quixote, creyèndo que se le ofrecia alguna nuèva, y peligròsa aventura; y con este pensamièto, y con animo dispuèsto de acometèr qualquìer peligro, se pùso delante de la carreta, y con voz alta, y amenaçadòra dixo: Carretèro, cochèro, ò diablo, ò lo que ères, no tardes en dezirme quièn ères, à dò vàs, y quièn es la gente, que llevas en tu caricòche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se ùsan. A lo qual mansfamènte, detenièndo el diablo la carrèta, respondiò: Senor, nosotros somos recitantes de la compaõia de Angulo el Malo: Hèmos hecho en un lugar, que està detràs de aquella loma, esta maõiana (que es la octava del Corpus) el Auto de las cortes de la muèrte, y hèmòsle de hazèr esta tarde en aquel lugar, que desde aqui se parèce; y por estàr tan cerca, y escusàr el trabàjo de desnudàrnos, y bolvèrnos à vestìr, nos vàmòs vestìdos con los mesmos vestìdos, que representàmòs. Aquel mancebo và de muèrte, el otro de Angel, aquella muger, que es la del Aùtor, và de Reyna, el otro de soldado, Aquel de Emperadòr, y yo de Demònio, y sòy ùna de las principàles figùras del Auto, porque hago en esta compaõia los primeros papeles. Si otra cosa vueffà mercèd desffèa sabèr de nosotros, pregùntemelo, que yo le fabrè respondèr  
con

con toda puntualidad, que como soy Demonio, todo se me alcanza. Por la fe de cavallero andante, respondiò Don Quixote, que assi como vi este carro, imaginè, que alguna grande aventura se me ofrecia; y aora digo, que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y hazed vuestra fiesta, y mirad si mandays algo en que pueda seros de provecho, que lo harè con buen animo, y buen talante, porque desde muchacho fuy aficionado a la caratula, y en mi mocedad se me ivan los ojos tras la farandula.

ESTANDO en estas platicas quiso la fuerte, que llegasse uno de la compania, que venia vestido de bogiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres bexigas de vaca hinchadas, el qual moharracho, llegandose à Don Quixote, començò à esgrimir el palo, y à facudir el fuelo con las bexigas, y à dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision assi alborotò à Rozinante, que sin ser poderoso à detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes, diò à correr por el campo con mas Ligerèza que jamas prometièron los huessos de su notomia. Sancho, que considerò el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltò del Ruzio, y à toda priessa fue à valerle; pero quando à el llegò, ya estava en tierra, y junto à el Rozinante, que con su amo vino al fuelo (ordinario Fin y parado de las lozanas de Rozinante, y de sus atrevimientos:) Mas apenas huvò dexado su Cavalleria Sancho por acudir à Don Quixote, quando el Demonio baylador de las bexigas saltò sobre el Ruzio, y facudiendole con ellas, el miedo y ruydo mas que el dolor de los golpes le hizo

hizo volar por la campaña hacia el lugar donde iban à hazer la fiesta. Mirava Sancho la carrera de su Rucio, y la caida de su amo, y no sabia à qual de las dos necesidades acudiria primero. Pero en efecto, como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con el, el amor de su Señor, que el cariño de su jumento: Puesto que cada vez que veya levantar las bexigas en el ayre, y caer sobre las ancas de su Rucio, eran para el tartagos, y fustos de muerte, y antes quisiera, que aquellos golpes se los dieran à el en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la cola de su Asno. Con esta perplexa tribulacion llegò donde estava Don Quixote, harto mas mal trecho de lo que el quisiera, y ayudandole à subir sobre Rozinante, le dixo: Señor, el Diablo se ha llevado al Rucio. Que Diablob? preguntò Don Quixote. El de las bexigas, respondiò Sancho. Pues yo le cobrarè, replicò Don Quixote, si bien se encerrasse con el en los mas hondos, y escuros calabozos del Infierno. Sigüeme, Sancho, que la carréta va de espacio, y con las mulas della satisfarè la pérdida del Rucio. No ay para que hazer essa diligencia, Señor, respondiò Sancho; vueffa merced temple su colera, que segun me parece, ya el Diablo hà dexado el Rucio, y buelve à la Querencia; y assi era la verdad, porque aviendo caido el Diablo con el Rucio por imitar à Don Quixote, y à Rozinante, el Diablo se fue à pie al pueblo, y el jumento se bolviò à su amo. Con todo esso, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel Demonio en alguno de los de la carréta, aunque sea el mesmo Emperador. Quitesele à vuestra merced esso de la imaginacion,  
replicò

replicò Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farfantes, que es gente favorecida. Rezitante hè visto yo estàr preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vueſſa mercèd, que como son gentes alegres, y de plazèr, todos los favorecen, todos los ampàran, ayùdan, y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías Reales, y de Titulo, que todos ó los mas en sus trages y compostura parècen ùnos principes. Pues con todo esto, respondiò Don Quixote, no se me ha de ir el Demonio farfante alabàndo, aunque le favorezca todo el genero humano. Y diziendo esto, bolviò à la carreta, que yà estàva bien cerca del pueblo, è iva dando voces, diziendo: Detenèos, esperàd, turba alègre, y regozijàda, que os quièro dar à entendèr como se hèn de tratàr los jumentos, y alimañas que firven de Cavalleria à los Escudèros de los Cavallèros andantes. Tan altos èran los gritos de Don Quixote, que los oyèron, y entendieron los de la carreta; y juzgàndo por las palabras la intencion del que las dezìa, en un instante saltò la muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretèro, y el Angel, sin quedàrse la Reyna, ni el Dios Cupido; y todos se cargaron de pièdras, y se pufièron en ala, esperàndo recibìr à Don Quixote en las puntas de sus guijàrros. Don Quixote, que los viò pueſtos en tan gallardo Esquadròn, los braços levantàdos con ademan de despedir poderosamente las pièdras, detuvo las riendas à Rozinànte, y pùſose à pensàr, de que modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegò Sancho, y vièndole en talle de acometèr al bien formado esquadròn, le dixo: Assaz de locura serìa intentàr tal

tal empresa. Confidère vueſſa mercèd, Señor mio, que para ſopa de arroyo, y tente bonete, no ay arma defenſiva en el mundo, fino es embutiſe, y encerràſe en una campana de bronze: Y tambien ſe hà de conſideràr, que es mas temeridad, que valentia, acometèr un hombre ſolo à un exercito donde eſtà la muerte, y pelean en perſona Emperadores, y à quien ayùdan los buenos, y los malos Angeles; y ſi eſta conſideracion no le muève à eſtàrſe quedo, muèvele ſabèr de cierto, que entre todos los que alli eſtàn, aunque parezcan Reyes, Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallèro andante. Aora ſi, dixo Don Quixote, hàs dado, Sancho, en el punto que puède, y deve mudàrme, de mi yà determinàdo intènto. Yo no puèdo, ni dèvo facàr la eſpada, como otras vezes muchas te hè dicho, contra quien no fuère armado Cavallèro. A ti, Sancho, toca, ſi quières tomàr la vengança del agravio que à tu Rùzio ſe le ha hecho, que yo deſde aquí te ayudarè con voces, y advertimièntos ſaludàbles. No ay para que, Señor, reſpondiò Sancho, tomàr vengança de nadie, pues no es de buenos Chriſtianos tomàr la de los agravios; quanto mas que yo acabarè con mi Afno, que ponga ſu ofenſa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivìr pacificamènte los días, que los Cielos me dièren de vida. Pues eſſa es tu determinacion, replicò Don Quixote, Sancho buèno, Sancho diſcrèto, Sancho Chriſtiano, y Sancho ſincèro dexèmos eſtas fantafmas, y bolvàmòs à buſcàr mejores, y mas calificàdas aventùras, que yo veo eſta tierra de talle, que no hèn de faltàr en ella muchas, y muy milagròſas. Bolviò las riendas luègo; Sancho fuè à tomàr ſu Rùzio; la  
muèrte

muerte con todo su esquadron volante bolviéron à su carrèta, y profiguiéron su viage; y este felice Fin tuvo la temerosa aventura de la carrèta de la muerte: Gracias sean dadas al saludable consèjo que Sancho Pança dió à su amo, al qual el dia figuiente le sucediò otra con un enamorado, y andante Cavallero de no menos suspension que la passada.

## CAPITULO XII.

*De la estrana aventura que le sucediò al valeroso Don Quixote con el bravo Cavallero de los espejos.*

LA noche que siguiò al dia del rencuentro de la muerte, la pasaron Don Quixote y su Escudero debaxo de unos altos, y sombreros arboles, aviendo à persuasion de Sancho comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del Ruzio; y entre la cena dixo Sancho à su Señor: Señor, que tonto huvièra andado yo, si huvièra escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuestra merced acabara, antes que las crias de las tres yeguas! En efecto, en efecto, *mas vale pajarero en mano, que buytre volando.* Toda via, respondiò Don Quixote, si tu, Sancho, me dexaras acometer, como yo queria, te huvièran cabido en despojos, por lo menos, la corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusièra en las manos. Nunca los cetros, y coronas de los Emperadores farsantes, respondiò Sancho, fueron de oro puro, sino de oropel, ó hoja de lata. Assi es verdad, replicò Don Quixote, por-

T O M. III.

O

que



que no fuèra acertado, que los atavios de la comèdia fuèran finos, fino fingidos, y aparèntes, como lo es la mesma comèdia, con la qual quièro, Sancho, que estès bien, tenièndola en tu gracia, y por el mismo configuiènte à los que las representan, y à los que las componen, porque todos son instrumentos de hazer un gran bien à la Republica, ponièndonos un espejo à cada passo delante, donde se vèen al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion ày, que mas al vivo nos represente lo que sòmos, y lo que avèmos de sèr como la comèdia, y los comediàntes. Sino dime: No has visto tu representàr alguna comèdia, adonde se introdùzen Reyes, Emperadores, Pontifices, Cavalleros, Damas, y otros diversos personages? uno haze el rufian, otro el Embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple: Y acabada la comèdia, y desnudàndose de los vestidos della, quèdan todos los Recitantes iguales? Si hè visto, respondiò Sancho. Pues lo mesmo, dixo Don Quixote, acontèce en la comèdia, y trato deste mundo, donde unos hazen los Emperadores, otros los Pontifices, y finalmente todas quantas figuras se puèden introducir en una comèdia; pero en llegàndo al fin, que es quando se acaba la vida, à todos les quita la muerte las ropas, que los diferènciavan, y quèdan iguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nuèva, que yo no la aya oýdo muchas, y diversas vezes, como aquella del Juego del Axedrez, que mientras dura el Juego, cada pieza tiene su particular officio, y en acabàndose el Juego, todas se mezclan, jùntan, y baràjan, y dàn con ellas en una bolsa,

fa, que es como dâr con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vâs haziendo menos simple, y mas discreto. Si que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondiò Sancho, que las tierras, que de suyo son estèriles, y fecas, estercolândolas, y cultivândolas viènen à dâr buènos frùtos: Quièro dezir, que la conversacion de vuestra merced hà fido el estièrcol, que sobre la estèril tierra de mi feco ingenio hà caydo, la cultivacion el tiempo que hà que le sirvo, y comunico; y con esto espèro de dâr frutos de mi, que sèan de bendicion, tales que no desdigan, ni deslizen de los fendèros de la buena criança, que vuestra merced hà hecho en el agostado entendimiento mio. Riòse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y pareciòle sèr verdâd lo que dezia de su enmienda, porque de quando en quando hablâva de manera, que le admirâva, puèsto que todas, ò las mas vezes que Sancho queria hablâr de oposicion, y à lo cortesano, acabâva su razon con despeñârse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que el se mostrâva mas elegante, y memoriòso, èra en traèr Refrànes, vinièssen, ò no vinièssen à pelo de lo que tratâva, como se avrà visto, y se avrà notâdo en el discùrso desta història.

EN estas y en otras platicas se les pasò gran parte de la noche, y à Sancho le vino en voluntad de dexâr caer las compuèrtas de los ojos, como el dezia, quando queria dormir; y desaliñâdo el Rùzio, le diò pasto abundòso, y libre. No quitò la filla à Rozinante, por sèr expreffo mandamiento de su Señor, que en el tiempo que anduvièssen



en campaña, ò no durmièssen debaxo de techado, no defaliñàsse à Rozinànte (antigua usança establecida, y guardada de los andantes Cavallèros quitàr el freno, y colgarle del arzon de la filla, pero quitàr la filla al Cavallo, guarda:) Y assi lo hizo Sancho, y le diò la misma libertad que al Rùzio, cùya amistad del y de Rozinànte fuè tan ùnica, y tan travada, que ày fama por tradicion de padres à hijos, que el autor desta verdadera història hizo particulares capitulos della: Mas que por guardàr la decència y decòro, que à tan heròica història se deve, no los pùso en ella; puèsto que algunas vezes se descùyda deste su presupuèsto, y escrive, que assi como las dos bestias se juntavan, acudian à rascàrse el ùno al otro; y que despues de cansados, y fatisfèchos, cruçava Rozinànte el pescuèço sobre el cuèllo del Rùzio, que le sobrava de la otra parte mas de media vara; y miràndo los dos atentamènte al fuèlo, se solian estàr de aquella manera tres dias, alomenos todo el tiempo que los dexavan, ò no les compelia la hambre à buscàr sustento. Digo, que dizen, que dexò el autor escrito, que los avia comparado en la amistad à la que tuvieron Niso, y Eurialo, y Pilades, y Orestes; y si esto es assi, se podìa echàr de vèr para universal admiracion, quan firme deviò de sèr la amistad destes dos pacificos animales; y para confusion de los hombres que tan mal saben guardàrse amistad los unos à los otros. Por esto se dixo: *No ay amìgo para amìgo: Las cañas se buèlven lanças:* Y el otro que cantò: *De amìgo à amìgo la Chinche,* &c. Y no le parezca à alguno, que anduvo el autor algo fuera de camino en avèr comparado la amistad destes

deftos animales à la de los hombres; que de las bestias hân recibido muchos advertimiètos los hombres, y aprendido mùchas cosas de importancia, como fon, de las cigueñas el cristèl; de los perros el vòmito, y el agradeci-mièto; de las Grùllas, la vigilància; de las hormigas, la providència; de los Elephàntes, la honestidàd; y la lealtàd del Cavàllo. Finalmènte Sancho se quedò dormido al pie de un alcornòque, y Don Quixote dormitàndo al de una enzina.

PERO poco espàcio de tiempo avia passàdo, quando le despertò un ruýdo, que fintiò à sus espaldas; y levantàn-dose con sobresàlto, se pùso à miràr, y à escuchàr de don-de el ruýdo procedìa; y viò, que èran dos hombres à ca-vàllo, y que el uno, dexàndose derribàr de la filla, dixo al otro: Apèate, amìgo, y quita los frenos à los Cavàllos, que à mì parecèr, este sitio abunda de yèrva para ellos, y del silencio, y soledàd que hân menestèr mis amoròsos pensamiètos. El dezir esto, y el tendèrse en el suèlo, to-do fuè à un mismo tiempo; y al arrojàrse hizieron ruýdo las armas de que venia armàdo: Manifiesta señaal por don-de conociò Don Quixote, que devìa de sèr Cavallèro an-dante; y llegàndose à Sancho que dormìa, le trabò del brà-ço, y con no pequeño trabàjo le bolviò en su acuèrdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenè-mos. Dios nos la dè buèna, respondiò Sancho; y adon-de està, Señor mio, su mercèd de essà Señora aventura? A-donde, Sancho, replicò Don Quixote? Buèlve los ojos, y mira, y veràs alli tendido un andante Cavallèro, que à lo que à mi se me traslùze, no deve de estàr demasiadamènte  
alègre,

alègre, porque le vî arrojàr del Cavallo, y tendèrse en el fuèlo con algunas muestras de despècho, y al caèr le cruxièron las armas. Pues en que halla vuefía mercèd, dixo Sancho, que esta sèa aventùra? No quièro yo dezir, respondiò Don Quixote, que esta sèa aventùra del todo, fino principio della, que por aqui se comiènçan las aventùras. Pero escùcha, que à lo que parèce, templando està un laùd, ò viguèla, y segun escùpe, y se desèmbaràça el pecho, deve de preparàrse para cantàr algo. A buena fè que es assi, respondiò Sancho, y que deve de sèr Cavallèro enamorado. No ay ninguno de los andantes, que no lo sèa, dixo Don Quixote; y escuchèmosle, que por el hilo facarèmos el ovillo de sus pensamiètos, si es que canta; que de la abundancia del coraçon habla la lèngua. Replicàr querìa Sancho à su amo, pero la voz del Cavallèro del bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorvò; y estàndo los dos atònitos, oyèron que lo que cantò fuè este.

## S O N E T O.

Dàdme, Señora, un termino que figa  
 Conforme à vuestra voluntàd cortàdo,  
 Que ferà de la mia assi estimàdo,  
 Que por jamas un punto dèl desdiga.  
 Si gustàys que callàndo mi fatiga  
 Muèra, contàdme ya por acabàdo:  
 Si querèys que os la cuente en defusàdo  
 Modo, harè que el mesmo amor la diga.  
 A pruèva de contràrios estòy hècho  
 De blanda cera, y de diamante dùro,

Y

Y à las lèyes de amor el alma ajùsto.

Blando qual es, ò fuèrte, ofrezco el pecho

Entallàdo; imprimid lo que os dè gusto,

Que de guardàrlo eternamènte jùro.

Con un *Ay* arrancàdo, al parecèr, de lo intimo de su coraçòn, diò fin à su canto el Cavallèro del bosque, y de alli à un poco con voz doliente, y lastimàda dixo: O la mas hermosa, y la mas ingràta muger del orbe! Como, que ferà possible, Serenissìma Casildea de Vandalia, que hàs de consentir, que se consùma, y acabe en continuas peregrinaciònes, y en asperos y duros trabajos este tu cautivo Cavallèro? No basta ya que hè hecho, que te confièssen por la mas hermosa del mùndo todos los Cavallèros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellànos, y finalmènte todos los Cavallèros de la Mancha? Effeno no, dixo à esta Sazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal hè confesàdo; ni podìa, ni devìa confesàr una cosa tan perjudiciàl à la belleza de mi Señora: Y este tal Cavallèro, ya veès tu Sancho, que desvaria: Pero escuchèmos, quiçà se declarará mas. Si harà, replicò Sancho, que termino lleva de quexàrse un mes arreo: Pero no fuè assi, porque avièndo entreoydo el Cavallèro del bosque, que hablàvan cerca del, fin pasàr adelante en su lamentacion, se pùso en pie, y dixo con voz sonora, y comedida: Quien và alla? Que gente? Es por ventura de la del nùmero de los contentos, ò de la, del, de los affixidos? De los affixidos, respondiò Don Quixote. Pues llèguese à mi, respondiò el del bosque, y harà cuenta,  
que



que se llèga à la misma tristèza, y à la affliccion mesma. Don Quixote, que se viò respondèr tan tièrna, y comedidamente, se llegò à el, y Sancho ni mas, ni menos. El Cavallèro lamentador afiò à Don Quixote del braço, diziendo: Sentàos aqui, Señor Cavallèro; que para entendèr que lo sòys, y de los que professan la andante Cavalleria, bàstame el avèros hallàdo en este lugar, donde la soledad, y el Sereno os hazen compa<sup>nia</sup> (naturales lechos, y propias estancias de los Cavallèros andantes.) A lo que respondiò Don Quixote: Cavallèro sòy, y de la profesion que dezis; y aunque en mi alma tiènèn su propio afflicto las tristèzas, las desgracias, y las desventuras, no por effo se hà ahuyentàdo della la compaffion que tèngo de las agenas desdichas. De lo que cantàstes poco hà, colegi, que las vuestras son enamoradas (quière dezir) del amor que tenèys à aquella hermòsa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombràstes. Ya quando esto pasàvan, estàvan sentàdos jùntos sobre la dura tierra en buena paz y compa<sup>nia</sup>, como si al rompèr del dia no se huvieran de rompèr las cabèças. Por ventura, Señor Cavallèro, preguntò el del bòsque à Don Quixote, sòys enamorado? Por desventura lo sòy, respondiò Don Quixote, aunque los daños que nacèn de los bien colocàdos pensamièntos, antes se deven tenèr por gràcias, que por desdichas. Assi es la verdad, replicò el del bòsque, fino nos turbàssen la razon, y el entendimiènto los desdenes, que sièndo muchos, parecen venganças. Nunca fuý desdeñàdo de mi Señora, respondiò Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho (que alli jùnto estàva) porque es mi Señora, como una borrega manfa,

mànfa, y mas blànda, que una manteca. Es vuestro escudèro este? preguntò el del bòsque? Si es, respondiò Don Quixote. Nunca hè visto yo escudèro, replicò el del bòsque, que se atreva à hablàr donde habla su Señor; alomenos ay està esse mio, que es tan grande como su padre, y no se provarà, que àya desplegado el labio donde yo hablo. Pues à fè, dixo Sancho, que hè hablado yo, y puèdo hablàr delante de otro tan, y aun: Quèdefe aquí, que es peor mençallo. El escudèro del bòsque afiò por el braço à Sancho, dizièndole: Vàmonos los dos donde podàmos hablàr escudèrilmente todo quanto quisièremos; y dexèmos à estos Señores amos nuestros, que se den de las hastas, contàndose las històrias de sus amores; que à buen segùro, que les hà de cogèr el dia en ellas, y no las hàn de avèr acabado. Sèa en buena hora, dixo Sancho; y yo le dirè à vueffia mercèd quien sòy, para que vèa si puèdo entràr en dozena con los mas hablantes escudèros. Con esto se apartaron los dos escudèros, entre los quales passò un tan gracioso coloquio, como fuè grave el que passò entre sus señores.

## CAPITULO XIII.

*Donde se prosigue la aventura del Cavallero del bosque, con el discreto, nuèvo, y suave coloquio que passò entre los dos escudèros.*

**D**IVIDIDOS estavan Cavalleros, y escudèros; Estos contàndose sus vidas, y aquellos sus amores: Pero la història cuenta primèro el razonamiento de los mo-



ços, y luègo prosigue el de los amos: Y assi dize, que apartàndose un poco dellos, el del bòsque dixo à Sancho: Trabajosa vida es la que pasàmos, y vivimos, Señor mio, estos que somos escuderos de Cavalleros andantes. En verdàd que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echò Dios à nuestros primeros padres. Tambien se puède dezir, añadiò Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuèrpos; porque, quièn mas calor, y mas frio, que los miserables escuderos de la andante Cavalleria? Y aun menos mal si comiéramos, *pues los duèlos con pan son menos*; pero talvez ày que se nos passa un dia, ò dos sin desayunarnos, fino es del viento que sòpla. Todo effo se puède llevar, y conllevàr, dixo el del bòsque, con la esperança que tenemos del prèmio; porque si demasiadamente no es desgraciado el Cavallero andante à quièn un escudero sirve, por lo mènus à pocos lances se verà premiado con un hermoso gobierno de qual que insula, ò con un Condado de buen parecer. Yo, replicò Sancho, ya hè dicho à mi amo, que me contènto con el gobierno de alguna insula, y el es tan noble, y tan liberal, que me le hà prometido muchas y diversas vezes. Yo, dixo el del bosque, con un canonicato quedarè satisfècho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. Y que tal deve de sèr, dixo Sancho, fu amo de vueffa mercèd Cavallero à lo eclesiastico, y podrá hazer effas mercèdes, à sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, quando le querian aconsejâr personas discretas (aunque à mi parecer mal intencionadas) que procuràsse ser Arçobispo; pero  
 el

el no quiso fino sèr Emperador, è yo estàva entonces temblàndo, si le venia en voluntàd de sèr de la Iglesia, por no hallàrme suficiente de tener beneficios por ella ; porque le hago sabèr à vuefía mercèd, que aunque parezco hombre, sòy una bestia para sèr de la Iglesia. Pues en verdàd que lo yèrra vuefía mercèd, dixo el del bòsque, à causa que los gobiernos infulanos no son todos de buena data ; algunos ày torcidos, algunos pobres, algunos malenconicos, y finalmente el mas erguyèdo, y bien dispuesto trae consigo una pesada Carga de pensamientos, y de incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichàdo à quien le cùpo en fuèrte. Harto mejor serìa, que los que profesamos esta maldita fervidumbre, nos retiràssèmos à nuestras casas, y alli nos entretuvièssèmos en exercicios mas suàves, como si dixèssèmos, caçando, ò pescàndo ; que escudèro ày tan pobre en el mùndo, à quièn le falte un Rozin, y un par de galgos, y una caña de pescàr con que entretenèrse en su Aldea ? A mi no me falta nada deffo, respondiò Sancho: verdàd es, que no tengo Rozin, pero tengo un Afno, que vale dos vezes mas que el Cavallo de mi amo. Mala Pascua me dè Dios, y sea la primèra que vinière, si le trocàra por èl, aunque me dièssen quatro fanegas de cebada encima. A burla tendrà vuefía mercèd el valor de mi Rùzio que Rùzio es el color de mi Jumento. Pues galgos no me avian de faltàr, avièndolos sobràdos en mi puèblo ; y mas que entonces es la caça mas gustosa, quando se haze à costa agèna. Real, y verdaderamente, respondiò el del bòsque, Señor escudèro, que tengo propuèsto, y determinàdo de dexàr estas borrachèrias deffos Cavallèros, y retiràr-



me à mi aldèa, y criàr mis hijitos, que tengo tres, como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentàr al Papa en persòna, especialmènte una muchacha, à quièn crio para Condesa, si Dios fuèrè servido, aunque à pesàr de su madre. Y que edàd tiene essa Señora, que se cria para Condesa? preguntò el del bòsque. Quinze años, dos mas a menos, respondiò Sancho, pero es tan grande como una lança, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerça de un ganapan. Partes son essas, respondiò el del bòsque, no solo para ser Condesa, sino para ser Ninfa del verde bòsque. O hideputa, puta y que Rejo deve de tenèr la vellaca! A lo que respondiò Sancho, (algo mohino): Ni ella es puta, ni lo fuè su madre, ni lo ferà ninguna de las dos, Dios querièndo, mientras yo viviere. Y hàblese mas comedidamènte, que para avèrse criado vueffa mercèd entre Cavallèros andantes, que son la misma cortesia, no me parècen muy concertàdas essas palabras. O que mal se le entiènde à vueffa mercèd, replicò el del bòsque, de achaque de alabança, Señor escudèro. Como, y no sabe, que quàndo algun Cavallèro dà una buena lançada al toro en la plaça, ò quàndo alguna persona haze alguna cosa bien hecha, fuèle dezir el vulgo: O hideputa puto, y que bien que lo hà hecho? Y aquello que parèce vitupèrio, en aquel termino, es alabança notable? Y renegàd vos, Señor, de los hijos, ò hijas, que no hazen obras, que merèzcan, se les dèn à sus padres loòres semejantes. Si reniègo, respondiò Sancho, y desse modo, y por essa misma razon podìa echàr vueffa mercèd à mis hijos, y à mi muger toda una puteria encima, porque todo quanto hazen,

y

y dizen son estremos dignos de semejantes alabanças; y para bolvèrlos à ver, ruego yo à Dios, me faque de pecado mortal, que lo mesimo ferà, si me faca deste peligròso officio de escudèro, en el qual hè incurrido segunda vez, cebado, y engañado de una bolsa con cien ducados, que me hallè un dia en el coraçon de Sierra Morena, y el Diablo me pone ante los ojos, aqui, alli, acà no, fino acullà, un talègo llèno de doblones, que me parèce, que à cada passò le toco con la mano, y me abraço con èl, y lo llevo à mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un Principe; y el rato que en esto pienso se me hazen faciles, y llevadèros quantos trabàjos padezco con este mènecato de mi amo, de quièn sè, que tiene mas de loco, que de Cavallèro. Por effo, respondiò el del bòsque, dizen, que *la codicia rompe el saco*; y si va à tratàr dellos, no ay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dizen; *cuydados agenos matan al Afno*; pues porque cobre otro Cavallèro el juýzio que hà perdido, se haze el loco, y anda buscàndo lo que no sè, si despues de hallàdo, le hà de salir à los hozìcos. Y es enamorado por dicha? preguntò Sancho. Si, dixo el del bòsque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas crùda, y la mas asada Señora, que en todo el orbe puede hallàrse; pero no coxea del pie de la crudeza, que otros mayores embùftes le gruñen en las entrañas, y ello dirà antes de muchas horas. No ày camìno tan llano, replicò Sancho, que no tenga algun tropezòn, ò barrànco: En otras casas cuezen habas, y en la mia à calderàdas: Mas acompañados, y paniaguados deve de tenèr la locura, que la dif-



discrecion. Mas si es verdàd lo que comunmente se dize, que el tenèr compañeros en los trabajos, fuèle servir de alivio en ellos, con vuestra mercèd podrè consolarme, pues sirve à otro Amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondiò el del bòsque, y mas vellaco que tonto, y que valiente. Effeno no es el mio, respondiò Sancho; digo que no tiene nada de vellaco, antes tiene una alma como un càntaro; no sabe hazèr mal à nadie, sino bien à todos; ni tiene malicia alguna; un niño le harà entender que es de noche en la mitad del dia; y por esta senzillez le quièro como à las telas de mi coraçòn, y no me amaño à dexarle por mas disparates que haga. Con todo effo, hermano, y Señor, dixo el del bòsque, si el ciègo guìa al ciègo, ambos van à peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compàs de pies, y bolvèrnos à nuestras Querèncias; que los que bñscan aventuras, no siempre las hallan buenas.

ESCUPIA Sancho à menùdo, al parecèr, un cierto genero de Saliva pegajosa, y algo seca, lo qual visto, y notado por el caritativo bosqueril escudero, dixo: Parèceme, que de lo que hèmòs hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traygo un despegador pendiente del arzon de mi Cavallo, que es tal, como bueno; y levantandose, bolviò desde alli à un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho, al tocàrta, entendiò sèr de algun cabron, no que de cabrito: Lo qual visto por Sancho dixo: Y esto tràe vuestra mercèd consigo, Señor? Pues que se pensava, respondiò

pondiò el otro? Sòy yo por ventùra algun escudèro de agua, y lana? Mejor repuesto tràygo yo en las ancas de mi Cavàllo, que lleva consigo, quando và de camìno, un General. Comiò Sancho fin hazèrse de rogàr, y tragàva à escuras bocados de nudos de fuelta, y dixo: Vuestà mercèd si que es escudèro fiel, y legal, moliènte, y corriente, magnifico, y grande, como lo muestra este banquète, que fino hà venido aqui por arte de encantamiènto, parècelo alomenos; y no, como yo mezquino, y malaventuràdo, que solo tràygo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabràr con èllo à un Gigante, à quièn hazen compaìa quatro dozenas de algarròbas, y otras tantas de avellanas, y nuezes: Mercèdes à la estrechèza de mi dueño, y à la opinion que tiene, y orden que guàrda, de que los Cavallèros andantes no se hàn de mantenèr, y sustentar fino con frùtas sècas, y con las yèrvas del campo. Por mi fè, hermàno, replicò el del bòsque, que yo no tengo hecho el estòmago, à tagarninas, ni à Piruètanos, ni à rayzes de los montes: Allà se lo àyan con sus opiniònes, y leyes cavallerèscas nùestros amos, y coman lo que ellos mandàren. Fiambrèras tràygo, y esta bota colgàndo del arzòn de la filla por sí, ò por no; y es tan devota mia, y quièrola tanto, que pocos ratos se passan, fin que le dè mil besos, y mil abraços; y dizièndo esto, se la pùso en las manos à Sancho, el qual empinàndola, puesta à la boca, estùvo miràndo las estrellas un quarto de hora; y en acabàndo de bebèr, dexò caèr la cabeça à un lado, y dando un gran fùspiro, dixo: O hideputa, vellaco, y como es catolico! Vèys aì, dixo el del bòsque,  
en



en oyendo el hidepùta de Sancho, como avèys alabado este vino, llamàndole hidepùta? Digo, respondiò Sancho, que confieso, y que conozco, que no es deshonra llamar hijo de pùta à nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, Señor, por el figlo de lo que mas quiere, este vino es de Ciudad Real? bravo Moxon, respondiò el del bòsque; en verdàd que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mi con esto, dixo Sancho, no tomèys menos, fino que se me fuèra à mi por alto dàr alcànçe à su conocimiento. No serà bueno, Señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande, y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome à olèr qualquiera, acièrto la patria, el linàge, el fabor, y la dùra, y las bueltas que hà de dàr con todas las circunstancias al vino atañedèras? Pero no ày de que maravillàrse, si tùve en mi linàge por parte de mi padre los dos mas excelentes Moxones, que en luengos años conociò la Mancha: Para prueba de lo qual les sucediò lo que aora dirè.

DIÈRONLES à los dos à provàr del vino de una cùba, pidièndoles su parecer del estàdo, calidad, bondad, ò malicia del vino. El uno lo provò con la punta de la lengua: El otro no hizo mas de llegarlo à las narizes. El primèro dixo, que aquel vino sabia à hièrro: El segundo dixo, que mas sabia à cordovan. El dueño dixo, que la cùba estàva limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde huvièsse tomado fabor de hièrro, ni de cordovan. Con todo esto los dos famosos Moxones se afirmàron en lo que avian dicho. Anduvo el tiempo; vendiòse el vino, y al limpiàr de la cùba hallàron en ella  
una

una llàve pequeña pendiente de una corrèa de cordovàn. Porque vèa vueſſa mercèd, ſi quièn viene deſta ralea, podrá dâr ſu parecèr en femejantes caufas. Por eſſo digo, dixo el del boſque, que nos dexèmos de andâr buſcàndo aventuras; y pues tenèmos hogaças, no buſquèmos tortas; y bolvàmònos à nueſtras chòças, que allí nos hallarà Dios, ſi el quière. Haſta que mi amo llegue à Zaragoza, dixo Sancho, le ſervirè, que deſpues todos nos entenderèmos. Finalmènte tanto hablàron, y tanto bebièron los dos buenos eſcudèros, que tuvo neceſſidàd el fueño de atàrles las lenguas, y templàrles la ſed (que quitàrſela, fuèra impoſſible;) y aſſi aſidos entrambos de la ya caſi vazia bota, con los bocados à medio maſcàr en la boca ſe quedàron dormidos, donde los dexarèmos por aora, por contàr lo que el Cavallèro del boſque paſò con el de la triſte Figura.

## CAPITULO XIV.

*Donde ſe proſigue la aventura del Cavallèro del Boſque.*

**E**NTRE muchas razones que paſàron Don Quixote, y el Cavallèro de la Selva, dize la hiſtòria, que el del Boſque dixo à Don Quixote: Finalmènte, Señor Cavallero, quièro que ſepàys, que mi deſtino, ò por mejor dezir, mi eleccion me truxo à enamorar-me de la ſin par Caſildea de Vandalia: Llàmola, ſin par, porque no le tiene, aſſi en la Grandeza del cuerpo, como en el eſtremo del eſtado, y de la hermoſura. Eſta tal Caſildea, pues, que vòy contàndo, pagò mis buenos penſamièntos, y comedidos deſſeos con hazèrme ocupàr (como ſu Madrina à Hercules)



en muchos, y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento; ni sé yo, qual ha de ser el último, que de principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó, que fuese á desafiár á aquella famosa Giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente, y fuerte como hecha de bronze, y sin mudarse de un lugar, es la mas movable, y boltaria muger del mundo. Lleguè, vila, y vencila, y hizela estar queda, y á raya, porque en mas de una semana no soplaron fino vientos nortes. Vez tambien huvò, que me mandò, fuese á tomár en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guifando: Empresa mas para encomendarse á Ganapanes, que á Cavalleros. Otra vez me mandò, que me precipitasse, y fumièsse en la sima de Cabra (peligro inaudito, y temeroso) y que le truxèsse particular relacion de lo que en aquella escura profundidà se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, pesè los Toros de Guifando, despeñème en la Sima, y saquè à luz lo escondido de su abismo; y mis esperanças muertas que muertas, y sus mandamientos, y desdenes vivos que vivos. En resolucion, ultimamente me ha mandado, que discorra por todas las provincias de España, y haga confesar à todos los andantes Cavalleros, que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven; y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del orbe, en cuya demanda hè andado ya la mayor parte de España, y en ella hè vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido à contradezir-

III me.



me. Pero de lo que yo mas me prècio, y ufano, es, de avèr vencido en singular batalla à aquel tan Famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hèchole confesàr, que es mas hermosa mi Casildea, que fu Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta, que hè vencido todos los Cavalleros del mundo, porque el tal Don Quixote que digo, los hà vencido à todos, y aviéndole yo vencido à el, fu gloria, fu fama, y fu honra se hà transferido, y passado à mi persona; y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado: Assi que ya corren por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas del yà referido Don Quixote.

ADMIRADO quedò Don Quixote de oír al Cavallero del Bosque; y estùvo mil vezes por dezirle que mentia, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua; pero reportòse lo mejor que pudo, por hazerle confesàr por su propia boca su mentira; y assi fofegadamènte le dixo: De que vueffà mercèd, Señor Cavallero àya vencido à los mas Cavalleros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que àya vencido à Don Quixote de la Mancha, pòngolo en duda: Podria sèr que fuèsse otro que le parecièsse, aunque ày pocos que le parezcan. Como no? replicò el del Bosque: Por el Cielo que nos cùbre, que peleè con Don Quixote, y le vencì, y rendì, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, Entrecano, la nariz aguileña, y algo corba, de vigotes grandes, negros, y caydos. Campèa debaxo del nombre del Cavallero de la triste Figura; y trae por escudero à un labrador, llamado Sancho Pança: Oprimè



me el lomo, y rige el freno de un famoso Cavallo, llamado Rozinante; y finalmente tiene por Señora de su voluntad à una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonça Lorenço; como la mia, que por llamarse Casilda, y ser de la Andaluzia, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aqui està mi espada, que la hará dar credito à la misma incredulidad. Sosségãos, Señor Cavallero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que deziros quiero.

A V E' Y S de faber, que esse Don Quixote que dezis es el mayor amigo, que en este mundo tengo, y tanto, que podre dezir, que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que del me avèys dado tan puntuales, y ciertas, no puedo pensar, fino que sea el mismo que avèys vencido. Por otra parte veo con los ojos, y toco con las manos, no ser possible ser el mismo; si ya no fuèsse, que como el tiene muchos enemigos encantadores (especialmente uno que de ordinario le perfigue) no àya alguno dellos tomado su figura, para dexarse vencer, por defraudarle de la fama, que sus altas cavallerias tienen grangeada, y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmacion desto quiero tambien que sepays, que los tales encantadores sus contrarios no hà mas de dos dias, que transformaron la figura, y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez, y baxa; y desta manera avrán transformado à Don Quixote: Y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad, que digo; aqui està el mesmo Don Quixote, que la sustentará con sus armas à pie, ò à cavallo, ò de qualquiera fuerte que os agradare:

Y

Y diziendo esto, se levantò en pie, y empuñò la espada, esperando, que resolucion tomaria el Cavallero del Bosque; El qual con voz asì mesmo fofegada, respondiò, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, Señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperança de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que los Cavalleros hagan sus fechos de armas à escùras, como los falteadores, y rufianes, esperemos el dia, para que el Sol vèa nuestras obras: Y hà de ser Condicion de nuestra Batalla, que el vencido hà de quedar à la voluntad del vencedor, para que haga del todo lo que quisiere, con tal que sea decente à Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento de esta condicion y conveniència, respondiò Don Quixote; y en diziendo esto, se fueron donde estavan sus escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estavan, quando les saltò el sueño. Despertaronlos, y mandaronles, que tuviessen à punto los Cavallos, porque en saliendo el sol, avian de hazer los dos una sangrienta, singular, y desigual batalla. A cuyas nuevas quedò Sancho atonito, y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentias que avia oido dezir del suyo al escudero del Bosque: Pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos à buscar su ganado (que yà todos tres Cavallos y el Ruzio se avian olido, y estavan todos juntos.)

EN el camino dixo el del Bosque à Sancho: Hà de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andaluzia, quando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen.



riñen. Dìgolo, porque estè advertido, que mièntas nuef-  
tros dueños riñen, nosotros tambien hèmõs de peleàr, y ha-  
zèrnos astillas. Essa costumbre, Señor escudèro, respon-  
diò Sancho, allà puede corrèr, y pasàr con los rufianes, y  
peleàntes que dize; pero con los escudèros de los Cavallè-  
ros andantes, ni por pienso; alomenos yo no hè oýdo dezir  
à mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas  
las ordenanças de la andante Cavallerìa. Quanto mas, que  
yo quièro que sèa verdàd y ordenança exprèssa el peleàr  
los escudèros en tanto que sus señores pelèan; pero yo no  
quièro cumplirla, sino pagàr la pena, que estuvière puesta à  
los tales pacíficos escudèros, que yo asseguero, que no passe  
de dos libras de cera; y mas quièro pagàr las tales libras  
(que sè que me costaràn menos) que las hilas que podrè  
gastàr en curàrme la cabeça, que ya me la cuento por par-  
tida, y dividida en dos partes; y mas que me impossibilita  
el reñir el no tenèr espada, pues en mi vida me la pùse.  
Para esto sè yo un buen remedio, dixo el del Bosque, yo  
traygo aquí dos talègas de lienço de un mismo tamaño;  
tomarèys vos la una, y yo la otra, y reñirèmos à talegà-  
ços con armas iguales. Dessa manera sèa en buena hora,  
respondiò Sancho, porque antes fervirà la tal pelea de des-  
polvoreàrnos, que de herirnos. No ha de sèr assi, replicò  
el otro, porque se han de echàr dentro de las talègas, por-  
que no se las lleve el Ayre, media dozena de guijarros lin-  
dos, y pelados, que pesen tanto los unos como los otros;  
y desta manera nos podèmos atalegàr, sin hazèrnos mal, ni  
daño. Miràd, cuerpo de mi padre, respondiò Sancho, que  
Martas cebollinas, ò que Copos de Algodon cardàdo pone  
en

en las talègas para no quedàr molidos los cascòs, y hechos alheña los hueffos? Pero aunque se llenàran de capullos de Seda, sepa, señor mio, que no hè de peleàr. Pelèen nuestros amos, y allà se lo àyan, y bebàmos y vivàmos nosotros, que el tiempo tiene cuydàdo de quitàrnos las vidas, sin que andèmos buscàndo apetitos, para que se acàben antes de llegàr su fazon, y termino, y que se càyan de madùras. Con todo, replicò el del Bosque, hèmos de peleàr, si quièra, media hora. Eflo no, respondiò Sancho; no serè yo tan descortès, ni tan desagràdecido, que con quièn hè comido, y hè bebido trabe question alguna, por minima que sèa; quanto mas, que estàndo sin còlera, y sin enojo, quièn diablos se hà de amañar à reñir à secas? Para effo, dixo el del Bosque, yo darè un suficiènte remedio; y es, que antes que comencèmos la pelèa, yo me llegarè bonitamènte à vueffa mercèd, y le darè tres ò quatro bofetàdas, que dè con el à mis pies, con las quales le harè despertàr la còlera, aunque estè con mas sueño que un Liròn. Contra effe corte sè yo otro, respondiò Sancho, que no le vè en çaga: Cogerè yo un garrote, y antes que vueffa mercèd llegue à despertàrme la còlera, harè yo dormir à garrotazos de tal fuerte la fuya, que no despièrte, fino fuère en el otro mundo, en el qual se sabe, que no soy yo hombre que me dexo manoseàr el rostro de nadie, y cada uno mire por el viròte: Aunque lo mas acertàdo ferìa, dexàr dormir su còlera à cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie; y tal fuèle venir por lana, que buelve trasquilado; y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas; porque si un gato acosàdo, encerràdo, y apretàdo se buelve  
en

en leon, yo que sòy hombre, Dios sabe en lo que podrè bolvèrme; y assi desde aora intimo à vueffa mercèd, Señor escudèro, que corra por su cuenta todo el mal y daño, que de nuestra pendencia resultàre. Està bien, replicò el del Bosque, amanecerà Dios, y medrarèmos.

EN esto yà començàvan à gorgear en los Arboles mil fuertes de pintados pajarillos, y en sus diversos, y alègres cantos parecia, que davan la norabuena, y saludavan à la fresca Aurora, que yà por las puertas, y balcones del Oriente iba descubrièndo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un numero infinito de liquidas perlas, en cuyo suave licor bañàndose las yervas, parecia assi mismo, ellas brotavan, y llovian blanco, y menudo Aljofar. Los fauces destilavan manà fabroso, reyanse las fuentes, murmuravan los arroyos, alegravanse las selvas, enriquecianse los prados con su venida. Mas apenas diò lugar la claridad del dia para ver, y diferenciàr las cosas, quando la primera, que se ofreciò à los ojos de Sancho Pança, fuè la nariz del escudèro del Bosque, que era tan grande, que casi le hazia sombra à todo el cuerpo. Cuèntase en efecto, que era de demasiada grandèza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas de color amaratado como de verengenas: Baxavale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grandèza, color, berrugas, y encorbamiènto assi le aseavan el rostro, que en vièndole Sancho, començò à herir de pie, y de mano como niño con Alferezia; y propusò en su coraçon de dexarse dâr dozientas bofetadas antes que despertàr la colera, para reñir con aquel vestiglo.

DON Quixote mirò à fu contendor, y hallòle yà puef-  
 ta, y calada la Celada, de modo que no le pùdo vèr el  
 roftro; pero notò que era hombre membrùdo, y no muy  
 alto de cuerpo. Sobre las armas traÿa una sobrevifta, ò  
 cafacas de una tela, al parecer, de oro finiffimo, fembra-  
 das por ella muchas lunas pequeñas de refplandecièntes  
 espèjos, que le hazian en grandiffima manera galan, y vif-  
 tòfo. Bolàvanle fobre la celada grande cantidad de plu-  
 mas verdes, amarillas, y blancas. La lança que tenia arri-  
 màda à un arbol, era grandiffima, y gruèffa, y de un hie-  
 rro azeràdo de mas de un Palmo. Todo lo mirò, y todo  
 lo notò Don Quixote, y juzgò de lo vifto, y miràdo, que  
 el yà dicho Cavallèro devia de sèr de grandes fuerças; pe-  
 ro no por effo temiò como Sancho Pança, antes con gentil  
 Denuèdo dixo al Cavallèro de los espèjos: Si la mucha  
 gana de peleàr, Señor Cavallèro, no os gafta la cortesìa,  
 por ella os pido, que alcèys la visèra un poco, porque yo  
 vèa, fi la gallardia de vuestro roftro responde à la de vuef-  
 tra difpoficion. O vencido, ò vencedor que falgàys def-  
 ta Empresa Señor Cavallèro, respondiò el de los espèjos,  
 os quedarà tiempo, y espàcio demafiàdo para vèrme; y fi  
 aora no fatisfago à vuestro defèo es por parecèrme, que  
 hago notable agravio à la hermòfa Cafildea de Vandalia,  
 en dilatàr el tiempo que tardàre en alçàrme la visèra, fin  
 hazèros confefsàr lo que yà fabèys, que pretèndo. Pues en  
 tanto que fubìmos à Cavallo, dixo Don Quixote, bien po-  
 dèys dezirme, fi sòy yo aquel Don Quixote, que dixifte  
 avèr vencido? A effo os respondèmos, dixo el de los espè-  
 jos, que parecèys, como fe parèce un huèvo à otro, al mif-



mo Cavallero, que yo vencí; pero segun vos dezís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar, si soys el contenido, ò no. Eſto me basta à mi, respondió Don Quixote, para que creá vuestro engaño: Empero para faceros del, de todo punto, vengan nuestros Cavallos, que en menos tiempo que el que tardaredes en alçaros la visera, si Dios, si mi Señora, y mi brazo me valen, verè yo vuestro rostro, y vos verèys, que no soy yo el vencido Don Quixote que pensàys. Con esto, acortando razones, subieron à Cavallo, y Don Quixote bolviò las riendas à Rozinante para tomàr lo que convenia del campo, para bolvèr à encontràr à su contrario, y lo mesmo hizo el de los espèjos; pero no se avia apartado Don Quixote veynte passos, quando se oyò llamàr del de los espèjos, y partiendo los dos el camino, el de los espèjos le dixo: Advertid, Señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez hè dicho, ha de quedàr à discrecion del vencedor. Ya la sè, respondió Don Quixote, con tal que lo que se le impusière, y mandàre al vencido, hán de ser cosas, que no falgan de los limites de la Cavalleria. Assi se entiende, respondió el de los espèjos. Ofrecièronsele en esto à la vista de Don Quixote las estrañas narizes del escudero, y no se admirò menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgò por algun monstro, ò por hombre nuevo, y de aquellos que no se ùsan en el mundo. Sancho, que viò partir à su amo para tomàr carrera, no quiso quedàr solo con el narigudo, temiendo que con solo un passagonçalo con aquellas narizes en las fuyas, feria acabada la pendencia fuya, quedando del Golpe, ò del Miedo tendido en el suelo;

LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG





*Jn. Vanderbank inv. et Delin.  
Vol. 3. p. 123.*

*Ger. Vandergucht sculp.*

fuelo; y fuèſſe tras ſu amo afido à un arzon de Rozinante; y quando le pareció, que yà era tiempo que bolvièſſe, le dixo: Suplico à vueſſa mercèd, Señor mio, que antes que buélva à encontràrſe, me ayùde à ſubir ſobre aquel alcornoque, de donde podrè ver mas à mi ſabor, mejor que deſde el fuelo, el gallàrdó encuèntro que vueſſa mercèd hà de hazer con eſte Cavallèro. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quières encaramàr, y ſubir en Andamio por ver ſin peligro los toros. La verdàd que diga, reſpondió Sancho, las deſaforàdas narizes de aquel eſcudero me tienen atonito, y lleno de eſpanto, y no me atrevo à eſtár junto à èl. Ellas ſon tales, dixo Don Quixote, que à no sèr yo quièn sòy, tambien me aſombràran; y aſſi ven, ayudàrtehè à ſubir donde dizes.

EN lo que ſe detuvo Don Quixote en que Sancho ſubièſſe en el Alcornòque, tomò el de los eſpèjos del campo lo que le pareció neceſàrio; y creyendo que lo miſmo avrìa hecho Don Quixote, ſin eſperàr ſon de trompeta, ni otra ſeñal que los avisàſſe, bolvió las riendas à ſu Cavallo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rozinante) y à todo ſu corrèr, (que era un mediano tròte), iba à encontràr à ſu enemigo; pero vièndole ocupàdo en la ſubida de Sancho, detuvo las riendas, y paròſe en la mitad de la carrera, de lo que el Cavallo quedò agradecidíſſimo, à cauſa que ya no podia moverſe. Don Quixote, que le pareció que yà ſu enemigo venia volàndo, arrimò reziamènte las eſpuèlas à las traſhijadas de Rozinante, y le hizo aguijàr de manera, que cuenta la hiſtòria, que eſta ſola vez ſe conociò avèr corrido algo, porque todas las demas

R 2

ſiempre

siempre fuèron trotes declarados; y con esta no vista furia llegò donde el de los espèjos estàva hincando à su Cavallo las espuelas hasta los Botones, fin que le pudièsse movèr un solo dedo del lugar donde avia hecho Estanco de su carrera. En esta buena fazon, y Coyuntura hallò Don Quixote à su contrario embaraçado con su cavallo, y ocupado con su lança, que nunca, ò no acertò, ò no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote, que no mirava en estos inconvenientes, à salvamano, y sin peligro alguno encontrò al de los espèjos con tanta fuerça, que mal de su grado le hizo venir al fuelo por las ancas del Cavallo, dando tal cayda, que sin movèr pie, ni mano diò señales de que estàva muerto. Apenas le viò caydo Sancho, quando se deslizo del alcornòque, y à toda prièssa vino donde su Señor estàva; el qual apeandose de Rozinante, fuè sobre el de los espèjos, y quitandole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le dièsse el ayre si à caso estàva vivo, viò (quien podrá dezir lo que viò, sin causar admiracion, maravilla, y espanto à los que lo oyèren?) Viò, dize la història, el rostro mesmo, la misma figura, el mesmo aspecto, la misma fisonomia, la misma efigie, la perspectiva mesma del Bachiller Sanfon Carrasco; y assi como la viò, en altas voces dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creèr: Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechizeros, y los encantadores. Llegò Sancho, y como viò el rostro del Bachiller Carrasco, començò à hazerse mil cruces, y à fantiguarse otras tantas; y en todo esto no dava muestras de estar vivo el derribado Cavallero; y Sancho dixo à Don Qui-

Quixote: Sòy de parecer, Señor mio, que por sí, ò por no, vueffa mercèd hínque, y meta la espada por la boca à este que parece el Bachiller Sanfon Carrasco, quiçà matará en el à alguno de sus enemigos los encantadores. No dizes mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los espejos, yá sin las narizes que tan feo le avian hecho, y à grandes voces dixo: Mire vueffa mercèd lo que haze, Señor Don Quixote, que esse, que tiene à los pies, es el Bachiller Sanfon Carrasco fu amigo, y yo sòy fu escudero. Y viendo Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo: Y las narizes? A lo que el respondió, aquí las tengo en la faldriquera; y echando mano à la derecha, sacò unas narizes de pasta, y barniz de mascara de la manufactura que quedan delineadas; y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dixo: Santa Maria, y váleme! Este no es Tomè Cecial mi vezino, y mi compadre? Y como si lo sòy, respondió el yá desnarigado escudero. Tomè Cecial sòy, Compadre y amigo, Sancho Pança, y luego os dirè los arcaduzes, embustes, y enredos por donde sòy aquí venido; y en tanto pedid, y suplicad al Señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hièra, ni mate al Cavallero de los espejos, que à sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido, y mal aconsejado Bachiller Sanfon Carrasco nuestro compatrioto.

EN esto bolviò en sí el de los espejos, lo qual visto por Don Quixote, le pùso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto sòys, Cavallero, fino  
con-



confessàys, que là fin par Dulcinea del Tobòso se aventàja en belleza à vuestra Casildea de Vandalia. Y demas desto avèys de promètèr (si desta contienda, y cayda quedàredes con vida) de ir à la Ciudad del Tobòso, y presentàros en su presència de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntàd le vinière; y si os dexàre en la vuestra, assi misimo avèys de bolvèr à buscàrme; que el rastro de mis hazañas os servirà de guia, que os trayga donde yo estuvière, y à dezirme lo que con ella huvièredes passado: Condiciones, que conforme à las que pusimos antes de nuestra batalla, no falen de los terminos de la andante Cavallerìa. Confièssò, dixo el caydo Cavallèro, que vale mas el zapato descofido, y fuzio de la Señora Dulcinea del Tobòso, que las barbas mal peynàdas, aunque limpias, de Casildea; y prometo de ir, y bolvèr de su presència à la vuestra, y daros entèra, y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien avèys de confessàr, y creèr, añadiò Don Quixote, que aquel Cavallèro, que vencistes, no fuè, ni pudo sèr Don Quixote de la Mancha, fino otro que se le parecìa, como yo confièssò, y creò que vos, aunque parecèys al Bachiller Sanson Carràsco, nò lo sòys, fino otro que le parèce, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga, y temple el impetu de mi còlera, y para que ùse blandamènte de la gloria del vencimiènto. Todo lo confièssò, juzgo, y siento, como vos lo creèys, juzgàys, y sentis, respondiò el derrengado Cavallèro. Dexadme levantàr, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi cayda, que affaz mal-trecho me tiene. Ayudòle à levantàr Don Quixote, y Tomè Cecial fu escudèro, del qual no  
apar-

apartava los ojos Sancho, preguntàndole cosas, cuyas respuestas le davan manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomè Cecial que dezìa: Mas la aprehension, que en Sancho avia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores avian mudado la figura del Cavallero de los espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexava dar credito à la verdad, que con los ojos estava mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y moço; y el de los espejos, y su escudero mohinos, y mal andantes, se apartaron de Don Quixote, y Sancho; con intencion de buscar algun lugar donde vizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote y Sancho bolviéron à proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia por dar cuenta, de quien era el Cavallero de los espejos, y su narigante Escudero.

## CAPITULO XV.

*Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los espejos, y su escudero.*

**E**N estrèmo contento, ufano, y vanaglorioso iba Don Quixote por avèr alcanzado vitòria de tan valiente Cavallero, como el se imaginava, que era el de los espejos, de cuya cavalleresca palabra esperaba saber, si el encantamiento de su Señora pasava adelante, pues era forzoso, que el tal vencido Cavallero bolvièsse, so pena de no serlo, à darle razon de lo que con ella le huvièsse sucedido; pero uno pensava Don Quixote, y otro el de los espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar  
donde

donde vizmàrse, como se hà dicho. Dize, pues, la història, que quando el Bachiller Sanson Carràsco aconsejó à Don Quixote, que bolvièsse à profeguir sus dexadas Cavallerias, fuè por avèr entrado primèro en Burèo con el Cura, y el Barbero, sobre que medio se podria tomàr para reduzir à Don Quixote à que se estuvièsse en su casa quièto, y fofsegàdo sin que le alborotàssen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo saliò por voto comun de todos, y parecèr particular de Carrasco, que dexàssen salir à Don Quixote, pues el detenèrle parecìa imposible; y que Sanson le salièsse al camino, como Cavallèro andante, y trabàsse batalla con el, pues no faltaria sobre que, y le vencièsse (teniendolo por cosa facil;) y que fuèsse pacto, y concierto, que el vencido quedàsse à mercèd del vencedor; y assi vencido Don Quixote, le avia de mandàr el Bachiller Cavallèro, se bolvièsse à su pueblo, y casa, y no salièsse della en dos años, ò hasta tanto que por el le fuèsse mandado otra cosa; lo qual era claro, que Don Quixote vencido cumpliria indubitablemente, por no contravenir, y faltàr à las leyes de la Cavalleria; y podria sèr, que en el tiempo de su reclusion se le olvidàssen sus vanidades, ò se dièsse lugar de buscàr à su locura algun conveniente remedio. Acceptòlo Carràsco, y ofreciòsele por Escudèro Tomè Cecial, Compadre, y vezino de Sancho Pança, hombre alegre, y de luzios cascos. Armòse Sanson, como queda referido, y Tomè Cecial acomodò sobre sus naturales narizes las falsas, y de mascara yà dichas, porque no fuèsse conocido de su compadre, quando se vièssen; y assi siguièron el mismo viage que llevava Don Quixote, y llegàron casi à hallàrse  
en

en la aventura del carro de la muerte: Y finalmente diéron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído; y fino fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se dió à entender, que el Bachiller no era el Bachiller, el Señor Bachiller quedara impossibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no aver hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió quan mal avia logrado sus deseos, y el mal paradero que avia tenido su camino, dixo al Bachiller: Por cierto, Señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: Con facilidad se piensa, y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas vezes se sale della. Don Quixote loco, nosotros cuerdos, el se va fano, y riendo, vuestra merced queda molido, y triste. Sepámos, pues, ahora, qual es mas loco, el que lo es por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: La diferencia que ay entre estos dos locos es, que el que lo es por fuerza, lo fera siempre; y el que lo es de grado, lo dexara de ser quando quisiere. Pues assi es, dixo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco quando quise hazerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y bolverme à mi casa. Esto os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de bolver à la mia, hasta aver molido à palos à Don Quixote, es pensar en lo escusado; y no me llevara ahora à buscarle el deseo de que cobre el Juyzio, fino el de la vengança; que el dolor grande de mis costillas no me dexa hazer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron à un pueblo, donde fue ventura hallar à un Alge-

T O M. III.

S

brista



brista con quièn se curò el Sanfon desgraciado. Tomè Cecial se bolviò, y le dexò, y el quedò imaginàndo su vengança; y la història buelve à hablàr del à su tiempo, por no dexàr de regozijàrse aora con Don Quixote.

C A P I T U L O XVI.

*De lo que sucediò à Don Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha.*

CON la alegría, contento, y ufanidad, que se hà dicho, seguìa Don Quixote su Jornada, imaginàndose por la pasada vitòria, sèr el Cavallero andante mas valiente, que tenia en aquella edad el mundo: Dava por acabadas, y à feliz fin conduzidas quantas aventuras pudièssen sucederle de alli adelante: Tenia en poco à los encantos, y à los encantadores: No se acordava de los innumerables palos, que en el discursò de sus Cavallerias le avian dado, ni de la pedrada que le derribò la mitad de los dientes, ni del desagrado de los Galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los Yangueses. Finalmente dezia entre si, que si el hallara arte, modo, ò manera como defencantar à su Señora Dulcinèa, no envidiara à la mayor ventura que alcançò ò pudo alcançàr el mas venturoso Cavallero andante de los pasados Siglos.

EN estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es bueno, Señor, que aun toda via traygo entre los ojos las desafortadas narizes, y mayores de marca de mi compadre Tomè Cecial? Y crès tu, Sancho, por ventura, dixo Don Quixote, que el Cavallero de los  
espejos

espèjos era el Bachiller Carràscó, y su escudèro Tomè Cecial tu compadre? No sè que me diga à esso, respondiò Sancho: solo sè, que las señas que me diò de mi casa, muger, y hijos, no me las podria dàr otro que el mesmo; y la cara, quitadas las narizes, era la misma de Tomè Cecial, como yo se la hè visto muchas vezes en mi puèblo, y parèd en medio de mi casa, y el tono de la habla èra todo uno. Estèmos à razon, Sancho, replicò Don Quixote: Ven acà, en que consideraciòn puède caber, que el Bachiller Sanfon Carràscó vinièssè como Cavallèro andante, armàdo de armas ofensivas, y defensivas à peleàr conmigo? He sido yo su enemigo por ventura? hè le dado yo jamas ocasion para tenèrme ogeriza? sòy yo su Rival? O haze el profesiòn de las armas para tenèr envidia à la fama, que yo por ellas hè ganàdo? Pues que dirèmos, Señor, respondiò Sancho, à esto de parecèrse tanto aquel Cavallèro, sèa el que fuère, al Bachiller Carràscó, y su escudèro à Tomè Cecial mi compadre? Y si ello es encantamiènto, como vuestra mercèd hà dicho, no avia en el mùndo otros dos à quièn se parecieran? Todo es artificio, y traça, respondiò Don Quixote, de los malignos Magos, que me persiguen, los quales, anteviendo, que yo avia de quedàr vencedor en la contienda, se previnièron, de que el Cavallèro vencido mostràssè el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistàd, que le tengo, se pusièssè entre los filos de mi espada, y el rigor de mi braço, y templàssè la justa ira de mi coraçon, y desta manera quedàssè con vida el que con embelecòs, y falsias procuràva quitàrme la mia. Para prueba de lo qual yà fa-



bes, ô Sancho, por experiència, que no te dexarà mentir, ni engañar, quan facil sèa à los encantadores mudar unos rostros en otros, haziendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso, pues no hà dos dias, que vistes por tus mismos ojos la hermosura, y gallardia de la fin par Dulcinèa en toda su enterèza, y natural conformidàd; y yo la ví en la fealdàd, y baxèza de una zafia labradora con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca; y mas que el perverso encantador que se atrevió à hazer una Transformaciòn tan mala, no es mucho que àya hecho la de Sanson Carrasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero con todo esto me consuèlo, porque en fin, en qualquiera figura, que àya sido, hè quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdàd de todo, respondiò Sancho; y como el sabia, que la transformaciòn de Dulcinèa avia sido traça, y embeleco suyo, no le satisfazian las quimèras de su amo; pero no le quiso replicar por no dezir alguna palabra que descubrièsse su embuste.

EN estas razones estavan, quando los alcançò un hombre, que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gavan de paño fino verde gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo: El adereço de la yegua era de campo, y de la gineta, asimismo de morado, y verde: Traya un Alfange morisco pendiente de un ancho Tahali de verde y oro, y los borzeguies eran de la labor del tahali. Las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas, y bruñidas, que por hazer labor con todo el vestido, parecian mejor, que si fueran de oro puro.

puro. Quando llegò à ellos el caminante, los saludò cortesmente, y picando à la yegua, se pasava de largo. Pero Don Quixote le dixo: Señor galan, si es que vueſſa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el dárse priessa, merced recibiria en que nos fuéſſemos juntos. En verdàd, respondiò el de la yegua, que no me pasàra tan de largo, sino fuèra por temor, que con la compa $\tilde{n}$ ia de mi yegua, no se alborotàra esse cavallo. Bien puede, Señor, respondiò à esta fazon Sancho, bien puede tener las riendas à su yegua, porque nuestro cavallo es el mas honesto, y bien mirado del mundo; jamas en semejantes ocasiones hà hecho vileza alguna; y una vez que se desmandò à hazèr la, la lastamos mi Señor, y yo con las setenas. Digo otra vez, que puede vuestra merced detenerse si quisiere; que aunque se la den entre dos platos, à buen seguro que el cavallo no la arroſtre. Detuvo la rienda el caminante, admirandose de la apostura, y rostro de Don Quixote, el qual iba sin celada, que la llevava Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del ruzio; y si mucho mirava el de lo verde à Don Quixote, mucho mas mirava Don Quixote al de lo verde, pareciendole hombre de Chapa. La edad mostrava ser de cinquenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre, y grave; finalmente en el trage, y apostura dava à entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgò de Don Quixote de la Mancha el de lo verde fue, que semejante manera, ni parecer de hombre no le avia visto jamas. Admiròle la longura de su cavallo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su  
ade-

ademan, y compostura: figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notò bien Don Quixote la atencion con que el caminante le mirava, y leyòle en la suspension su desseo; y como era tan cortès, y tan amigo de dàr gusto à todos; antes que le preguntasse nada, le saliò al camino diziendole: Esta figura, que vueffa mercèd en mi hà visto, por sèr tan nuèva, y tan fuera de las que comunmente se ùsan, no me maravillaria yo de que le huvièsse maravillado; pero dexarà vueffa mercèd de estarlo, quando le diga, como le digo, que soy Cavallero destos, que dizen las gentes, que à sus aventuras van. Salì de mi patria, empenè mi hazienda, dexè mi regalo, y entreguème en los braços de la fortuna, que me llevàsse donde mas fuèsse servida. Quise refucitar la yà muerta andante cavalleria, y hà muchos dias que tropeçando aqui, cayendo alli, despenandome acá, y levantandome acullà, hè cumplido gran parte de mi desseo, fcorriendo viudas, amparando donzellas, y favoreciendo casadas, huerfanos y pupilos: Propio y natural oficio de Cavalleros andantes. Y assi por mis valerosas, mùchas, y Christianas hazañas hè merecido andar yà en estampa en casi todas, ò las mas naciones del mundo. Trèynta mil volumenes se hàn impresso de mi Història, y lleva camino de imprimirse trèynta mil vezes de millares, si el Cielo no lo remedia. Finalmente por encerrarlo todo en breves palabras, ò en una sola, digo, que yo soy Don Quixote de la Mancha, por otro nombre llamado, el Cavallero de la triste figura. Y puesto que las propias alabanças envilecen, es me forçoso dezir yo talvez las mias; y esto se entiende quando no se halla presente

te

te quièn las diga : Assi que, Señor Gentilhombre, ni este cavallo, esta lança, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, aviendo ya sabido quièn soy, y la Profession que hago. Callò, en diziendo esto, Don Quixote, y el de lo verde, segun se tardava en responderle, parecia que no acertava à hazerlo ; pero de allí à buen espacio le dixo : Acertaste, Señor Cavallero, à conocer por mi suspension mi deseò ; pero no avèys acertado à quitarme la maravilla, que en mi causa el avèros visto : Que puesto que, como vos, Señor, dezis, el saber ya quièn soys, me lo podria quitar ; no hà sido assi ; antes agora que lo sè, quedo mas suspèso, y maravillado. Como, y es possible que ày oy Cavalleros andantes en el mundo ? Y que ày històrias impressas de verdaderas Cavallerias ? No me puèdo persuadir, que aya oy en la tierra, quièn favorezca viudas, ampàre donzellas, ni honre casadas, ni socorra huèrfanos ; y no lo creyera, si en vueffa mercèd no lo huvièra visto con mis ojos. Bendito sèa el Cielo, que con essa història que vueffa mercèd dize, que està impressa, de sus altas y verdaderas cavallerias, se avrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos Cavalleros andantes, de que estàva lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuizio, y descredito de las buenas històrias. Ay mucho que dezir, respondiò Don Quixote, en razon de si son fingidas, ò no las històrias de los andantes Cavalleros. Pues ày quièn duede, respondiò el verde, que no son falsas las tales històrias ? Yo lo dudo, respondiò Don Quixote, y quèdese esto aquí, que  
fi

si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar à entender à vuestra merced, que hà hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto, que no son verdaderas. Desta ultima razon de Don Quixote tomò barruntos el caminante, de que Don Quixote devia de ser algun mentecato, y aguardava que con otras lo confirmasse; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quixote le rogò, le dixesse quien era, pues el le avia dado parte de su condicion, y de su vida?

A lo que respondiò el del verde gavan: Yo, Señor Cavallero de la triste Figura, soy un hidalgo, natural de un lugar donde iremos à comer oy, si Dios fuere servido: Soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda: Passò la vida con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos: Mis exercicios son el de la caça, y pesca, pero no mantengo ni halcon, ni galgos, fino algun perdigon manso, ò algun huron atrevido. Tengo hasta seys dozenas de libros, quales de romance, y quales de Latin, de historia algunos, y de devocion otros: Los de Cavallerias aun no han entrado por los umbrales de mis puertas: Hojèo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que delèyten con el lenguaje, y admiren, y suspendan con la invencion, puesto que destos ay muy pocos en Epaña. Alguna vez como con mis vezinos, y amigos, y muchas vezes los combido. Son mis combites limpios, y aseados, y no nada escasos: Ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure: No escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: Oygo Missa cada dia, reparto de  
mis

mis bienes con los pobres, sin hazer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi coraçòn à la hipocresia, y vana gloria: Enemigos que blandamente se apoderan del coraçòn mas recatado. Procuro poner en paz los que sè, que estàn desavenidos: Sòy devoto de nuestra Señora, y confio sièmpre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

ATENTÍSSIMO estuvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena, y fanta, y que quièn la hazia, devia de hazer milagros, se arrojò del ruzio, y con gran prièssa le fuè à asir del estrivo derecho, y con devoto coraçòn, y casi lagrimas le besò los pies una, y muchas vezes: Visto lo qual por el hidalgo, le preguntò: Que hazèys, hermano? Que besos son estos? Dèxenme besar, respondiò Sancho, porque me parece vueffa mercèd el primer Santo à la Gineta, que hè visto en todos los dias de mi vida. No sòy Santo, respondiò el hidalgo, sino gran pecador: Vos si, hermano, que devèys de sèr bueno, como vuestra simplicidad lo muèstra. Bolviò Sancho à cobrar la albarda, avièndo sacado à plaça la risa de la profunda melancolia de su amo, y causado nuèva admiracion à Don Diego. Preguntòle Don Quixote, que quantos hijos tenia? Y dixole, que una de las cosas en que ponian el fumo bien los antiguos Filósofos, que carecian del verdadero conocimiento de Dios, fuè en los bienes de la naturaleza; y en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos, y buenos hijos. Yo, Señor Don Quixote, respondiò el hidalgo, tengo un hijo, que à no tenerle, quiçà me juzgara por mas dichoso



de lo que sòy; y no porque el sèa malo, fino porque no es tan bueno, como yo quisièra: Serà de edàd de diez y ocho años; los sèys hà estàdo en Salamanca aprendièdo las lenguas Latina, y Griega, y quando quise que pasàsse à estudiàr otras ciencias, hallèle tan embebido en la de la Poëfia (si es que se puede llamàr ciencia) que no es possible hazèrle arrofràr la de las Leyes (que yo quisièra que estudiàra) ni la Reyna de todas, la Teologia. Quisièra yo que fuèra corona de su linage, pues vivimos en Siglo, donde nuestros Reyes premian altamènte las virtuòsas, y buenas Letras (porque Letras sin Virtùd, son perlas en el muladar:) Todo el dia se le passa en averiguàr, si dixo bien, ò mal Homero en tal verso de la Iliada; Si Marcial anduvo deshonèsto, ò no en tal Epigrama; Si se hàn de entendèr de una manera, ò otra, tales, y tales versos de Virgilio: En fin todas sus conversaciones son con los Libros de los referidos Poëtas; y con los de Horacio, Perfio, Juvenal, y Tibulo; que de los modernos romancistas no haze mucha cuenta: Y con todo el mal cariño que muestra tenèr à la Poëfia de Romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hazèr una glosa à quatro versos, que le han embiàdo de Salamanca, y pienso que son de Justa Literaria.

A todo lo qual respondiò Don Quixote: Los hijos, Señor, son pedàços de las entrañas de sus padres, y assi se hàn de querèr, ò buenos, ò malos que sèan, como se quieren las almas que nos dan vida. A los padres toca el encaminàrlos desde pequeños por los passos de la virtud, de la buena criànça, y de las buenas y christianas costùmbres,  
para

para que quando grandes, sèan baculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad; y en lo de forçarles que estudien esta, ò aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles, no serà dañoso, y quando no se hà de estudiàr para *pane lucrando*, sièndo tan venturòso el Estudiante, que le diò el Cielo padres, que se lo dexen; sería yo de parecèr, que le dexen seguìr aquella ciencia à que mas le vièren inclinado; y aunque la de la Poësia es menos util, que deleytàble, no es de aquellas que suelen deshonrar à quien las possèe. La Poësia, Señor hidalgo, à mi parecèr, es como una donzella tierna, y de poca edad, y en todo estrèmo hermòsa, à quièn tienen cuydado de enriquecèr, pulir, y adornàr otras muchas donzellas, que son todas las otras ciencias, y ella se hà de servir de todas, y todas se hàn de autorizàr con ella: Pero esta tal donzella no quiere sèr manoseada, ni trayda por las calles, ni publicada por las esquinas de las plaças, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quièn la sabe tratàr, la bolverà en oro purissimo de inestimable precio. Hàla de tenèr, el que la tuvièr, à raya, no dexandola corrèr en torpes Sàtiras, ni en defalmados fonetos: No hà de sèr vendible en ninguna manera, si ya no fuèr en Poëmas heroycas, en lamentables Tragedias, ò en Comedias alegres, y artificiosas. No se hà de dexàr tratàr de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocèr, ni estimàr los tesoros que en ella se encièrran. Y no pensèys, Señor, que yo llamo aquí vulgo solamènte à la gente plebèya, y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sèa señor, y principe, puede, y deve



entràr en numero de vùlgo ; y assi el que con los requisitos que hè dicho tratàre, y tuière à la Poësia, ferà famoso, y estimàdo su nombre en todas las naciones politicas del mùndo. Y à lo que dezis, Señor, que vuestro hijo no estima mucho la Poësia de Romance, dòyme à entendèr, que no anda muy acertàdo en ello, y la razon es esta : El grande Homero no escribiò en Latin, porque era Griego, ni Virgilio no escribiò en Griego, porque era Latino. En resolucion todos los Poëtas antiguos escribièron en la lengua que mamàron en la leche, y no fuèron à buscàr las estrangèras, para declaràr la alteza de sus conceptos. Y sièndo esto assi, razon ferìa, se estendièsse esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimàsse el Poëta Aleman, porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcayno, que escribe en la fuya. Pero vuestro hijo, à lo que yo, Señor, imagino, no deve de estàr mal con la Poësia de Romance, fino con los Poëtas que son meros Romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y despièrten, y ayùden à su natural impulso : Y aun en esto puede avèr yerro, porque segun es opinion verdadèra, el Poëta nace ; quièren dezir, que del vientre de su madre el Poëta natural sale Poëta, y con aquella inclinacion que le diò el Cielo, sin mas estùdio, ni artificio compone cosas, que haze verdadèro al que dixo : *Est Deus in nobis, &c.* Tambien digo, que el natural Poëta, que se ayudàre del arte, ferà mucho mejor, y se aventajarà al Poëta, que solo por saber el arte, quisière sèrlo ; La razon es, porque el arte no se aventaja à la naturaleza, fino perficìonala : Assi que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte

arte con la naturalèza, facaràn un perfectissimo Poëta. Sèa, pues, la conclusion de mi platica, Señor hidalgo, que vuestra mercèd dexe caminàr à su hijo donde su estrella le llama, que sièndo el tan buen estudiànte, como dève de sèr, y avièndo yà subido felizmènte el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por si mismo subirà à la cumbre de las letras humanas, las quales tambien parècen en un Cavallèro de capa, y espada, y assi le adòrnan, hònran, y engrandècen, como las mitras à los Obispos, ò como las garnachas à los peritos juriconsultos. Riña vueffa mercèd à su hijo, si hizière Sàtyras que perjudiquen las honras agènas, y castiguele, y ròmpafelas; pero si hizière Sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemènte el lo hizo, alàbele; porque licito es al Poëta escrivir contra la envidia, y dezir en sus versos mal de los envidiosos, y assi de los otros vicios, con que no señale persona alguna. Pero ày Poëtas, que à truèco de dezir una malicia, se pondràn à peligro, que los destièrren à las islas de Ponto. Si el Poëta fuère casto en sus costùmbres, lo ferà tambien en sus versos; la pluma es lengua del alma; quales fuèron los conceptos que en ella se engendraron, tales seràn sus escritos: Y quando los Reyes y Principes vèn la milagròsa ciencia de la Poësia en sujetos prudentes, virtuosos, y graves, los hònran, los estiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las hojàs del arbol, à quièn no ofende el rayo, como en señal que no hàn de sèr ofendidos de nadie los que con tales coronas vèn honrados, y adornadas sus siènes.

A D-



ADMIRÀDO quedò el del verde gavan del razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fuè perdiendo de la opinion que con el tenia de fer mentecàto. Pero à la mitad desta platica, Sancho, por no fer muy de su gusto, se avia desviado del camino à pedir un poco de leche à unos pastores, que allí junto estavan ordeñando unas ovejas; y en esto yà bolvia à renovar la platica el hidalgo, satisfecho en estremo de la discrecion, y buen discursò de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeça, viò, que por el camino por donde ellos ivan, venia un carro lleno de vandèras reales; y creyendo que devia de fer alguna nueva aventura, à grandes voces llamò à Sancho que vinièsse à darle la celada: El qual Sancho, oyendose llamar, dexò à los pastores, y à toda prièssa picò al ruzio, y llegò donde su amo estava, à quièn sucediò una espantosa, y desatinada aventura.

## CAPITULO XVII.

*De donde se declarò el ultimo punto, y estremo adonde llegò, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felizmente acabada aventura de los Leones.*

CUENTA la història, que quando Don Quixote dava voces à Sancho, que le truxèsse el Yelmo, estava el comprando unos Requesones, que los pastores le vendian; y aconsado de la mucha prièssa de su amo, no supò que hazer dellos, ni en que traèrlos, y por no perdèrlos (que yà  
los

los tenia pagados) acordò de echàrlos en la celada de fu Señor, y con este buen recado bolviò à vèr lo que le que-  
ria : El qual, en llegàndo, le dixo : Dame, amigo, essa ce-  
lada, que yo sè poco de aventùras, ó lo que allí descùbro,  
es alguna que me hà de necessitàr, y me necessita à tomàr  
mis armas. El del verde gavan, que esto oyò, tendiò la  
vista por todas partes, y no descubriò otra cosa, que un  
carro que hàzia ellos venia con dos ò tres vanderas pe-  
queñas, que le dièron à entendèr, que el tal carro devia  
de traèr moneda de fu Magestàd, y assi se lo dixo à Don  
Quixote ; pero el no le diò credito (siempre creyèndo, y  
pensàndo, que todo lo que le sucedièsse, avian de sèr aven-  
tùras, y mas aventùras ; ) y assi respondiò al hidalgo : Hom-  
bre apercebido, medio combatido ; no se pièrde nada en  
que yo me aperciba, que sè por experiència, que tengo  
enemigos visibles, è invisibles, y no sè quando, ni adon-  
de, ni en que tiempo, ni en que figuras me hàn de aco-  
metèr : Y bolvièndose à Sancho, le pidiò la celada, el qual  
como no tuvo lugar de facàr los requesònes, le fuè forçoso  
dàrsela como estàva. Tomòla Don Quixote, y sin que  
echàsse de vèr lo que dentro venia, con toda prièssa se la  
encaxò en la cabeça, y como los requesònes se apretàron,  
y esprimièron, començò à corrèr el suèro por todo el ro-  
stro, y barbas de Don Quixote, de lo que recibì tal fuf-  
to, que dixo à Sancho : Que serà esto, Sancho, que pare-  
ce que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los fe-  
fos, ó que sùdo de los pies, à la cabeça ? Y si es que sùdo,  
en verdàd que no es de miedo. Sin duda crèo, que es ter-  
rible la aventùra, que aora quiere sucedèrme. Dame, si  
tiènes,

tiènes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Callò Sancho, y diòle un paño, y diò con èl gracias à Dios de que su Señor no huvièsse caydo en èl caso. Limpiòse Don Quixote, y quitòse la celada, por ver que cosa era la que, à su parecer, le enfriava la cabeça; y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó à las narizes, y en olièndolas dixo: Por vida de mi Señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me hás puesto, traydor, vergante, y mal-mirado escudero. A lo que con gran flema, y disimulacion respondió Sancho: Si son requesones, dèmelos vueffa merced, que yo me los comerè; pero còmalos el diablo, que devió de sèr el que ay los puso. Yo avia de tener atrevimiento de enfuciàr el yelmo de vueffa merced? hallado le avèys el atrevido. A la Fè, Señor, à lo que Dios me dà à entender, tambien devo yo de tener encantadores que me persiguen como à hechura, y miembro de vueffa merced, y avrán puesto ay essa inmundicia para movèr à colera su paciencia, y hazèr que me muela, como fuele, las costillas. Pues en verdàd, que esta vez hán dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi Señor, que avrà considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la tuvièra, antes la pusiera en mi estomago, que en la celada. Todo puede sèr, dixo Don Quixote, y todo lo mirava el hidalgo, y de todo se admirava, especialmente quando despues de avèrse limpiado Don Quixote cabeça, rostro, y barbas, y celada, se la encaxò; y afirmàndose bien en los estrivos, requiriendo la espada, y assièndo la lança, dixo: Aora venga lo  
que

que vinière, que aquí estòy con animo de tomarme con el mesmo Satanàs en persona.

LLEGÒ en esto el carro de las vandèras, en el qual no venia otra gente, que el carretèro en las mulas, y un hombre sentado en la delantèra. Pùsose Don Quixote delante, y dixo: Adonde vàys, hermanos? Que carro es este? Que llevàys en èl? Y que vandèras son aquèstas? A lo que respondiò el carretèro: El carro es mio; lo que và en èl son dos bravos leones enxaulados que el general de Oràn embia à la corte presentados à su magestad; las vandèras son del Rey nuestro Señor, en Señal que aquí và cosa fuya. Y son grandes los leones? preguntò Don Quixote: Tan grandes, respondiò el hombre que iba à la puerta del carro, que no hân pasado mayores, ni tan grandes de Africa en España jamas; y yo soy el leonèro, y hê pasado otros, pero como estos ninguno. Son hembra, y macho; el macho và en esta xàula primera, y la hembra en la de atràs, y aora van hambrientos, porque no hân comido òy; y assi vueffa mercèd se desvíe, que es menester llegar presto donde les dèmos de comèr. A lo que dixo Don Quixote (sonrièndose un poco) Leoncitos à mi? A mi Leoncitos, y à tales horas? Pues por Dios, que hân de vèr effos Señores que acà los embian, si sòy yo hombre, que se espanta de Leones. Apeaos, buen hombre, y pues sòys el Leonèro, abrid effas xàulas, y echadme effas bestias fuera, que en mitad desta campaña les darè à conocèr, quièn es Don Quixote de la Mancha, à despecho y pesàr de los encantadores que à mi los embian. Ta, ta, dixo à esta Sazon (entre si) el hidalgo, dado hà Señal de quièn es nuestro

T o m. III.

U

buen



buen Cavallèro; los requesònes fin duda le hàn ablandàdo los cascos, y maduràdo los sesos. Llegòse en esto à el Sancho, y dixole: Señor, por quièn Dios es, que vueffa mercèd haga de manera, que mi Señor Don Quixote no se tome con estos Leones; que si se toma, aqui nos hàn de hazer pedaços à todos. Pues tan loco es vuestro amo, respondiò el hidalgo, que temèys, y creèys, que se hà de tomàr con tan fieros animales? No es loco, respondiò Sancho, sino atrevido. Yo harè que no lo sèa, replicò el hidalgo; y llegàndose à Don Quixote, que estàva dando prièssa al Leonèro, que abrièsse las xàulas, le dixo: Señor, los Cavallèros andantes hàn de acometèr las aventuras que prometen esperànça de salir bien dellas, y no aquellas que del todo las quitan; porque la valentia que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza: Quanto mas, que estos Leones no viènèn contra vueffa mercèd, ni lo sueñan: Van presentados à su Magestad, y no serà bien detenerlos, ni impedirles su viage. Vayase vueffa mercèd, Señor hidalgo, respondiò Don Quixote, à entender con su perdigon manso, y con su Huroti atrevido, y dexè à cada uno hazèr su oficio. Este es el mio, y yo sè bien si viènèn à mi, ò no estos Señores Leones. Y bolvièndose al Leonèro, le dixo: Voto à tal Don vellaco, que fino abris luego luego las xàulas, que con esta Lança os hè de cosèr con el carro. El carretèro, que viò la determinacion de aquella armada fantasma, le dixo: Señor mio, vueffa mercèd sèa servido por caridad dexarme defunzir las mulas, y ponèrme en salvo con ellas, antes que se defembaynen los Leones, porque si me las matàn, quedarè  
rema-

rematado para toda mi vida; que no tengo otra hazienda fino este carro, y estas Mulas. O hombre de poca Fè, respondió Don Quixote, apèate, y desùnze, y hàz lo que quisières, que presto veràs, que trabajàste en vano, y que pudièras ahorràr esta diligencia. Apeòse el carretèro, y defunziò à gran prièssa, y el Leonèro dixo à grandes voces: Sèanme testigos quantos aquí estàn, como contra mi voluntad, y forçado abro las xàulas, y fuelto los Leones; y de que protesto à este señor, que todo el mal, y daño, que estas bestias hizieren, corra y vàya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercèdes, Señores, se pongan en cobro antes que abra; que yo segùro estòy que no me han de hazèr daño. Otra vez le persuadiò el hidalgo, que no hizièsse locùra semejante, que era tentàr à Dios acometèr tal disparate. A lo que respondió Don Quixote, que el sabìa lo que hazìa. Replicòle el hidalgo, que lo miràsse bien, que el entendìa que se engañava. Ahora, Señor, dixo Don Quixote, si vuessa mercèd no quiere ser oyente desta, que à su parecer ha de ser Tragedia, pique la Tordilla, y pòngase en salvo. Oydo lo qual por Sancho, con lagrimas en los ojos le suplicò, desistièsse de tal empreffa, en cuya Comparacion avian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que avìa acometido en todo el discùrso de su vida. Mire, Señor, dezia Sancho, que aquí no ay encanto, ni cosa que lo valga, que yo hè visto por entre las verjas, y resquicios de la xàula una uña de Leon verdadèro; y faco por ella, que el tal Leon, cuya deve de sèr la tal uña, es mayor que una montaña.



taña. El miedo alomènos, respondiò Don Quixote, te la harà parecèr mayor que la mitàd del mundo. Retírate Sancho, y dèxame ; y si aquí murière, ya sabes nuestro antiguo concierto : Acudiràs à Dulcinèa ; y no te digo mas. A estas añadiò otras razones, con que quitò las esperanças de que no avia de dexàr de profeguir su desvariado intento. Quisiera el del verde gavan oponèrfele, pero viòse desfigual en las armas, y no le pareciò cordura tomàrfe con un loco, que yà se lo avia parecido de todo punto Don Quixote: El qual bolviendo à dár prièssa al Leonero, y à reiterar las amenàças, diò ocasion al hidalgo à que picàsfe la Yegua, y Sancho al Ruzio, y el carretero à sus Mulas, procuràndo todos apartàrfe del carro lo mas que pudièssen, antes que los Leones se desembanaftàsffen. Lloràva Sancho la muèrte de su Señor, que aquella vez fin duda creya, que llegàva en las garras de los Leones. Maldezia su ventura, y llamàva menguàda la hora en que le vino al pensamiento bolvèr à fervirle ; pero no por llorar, y lamentàrfe, dexàva de aporreàr al Ruzio para que se alexàsfe del carro. Viendo, pues, el Leonero, que yà los que ivan huyendo, estàvan bien desviados, tornò à requerir, y à intimàr à Don Quixote lo que yà le avia requerido, è intimado ; el qual respondiò, que lo oya, y que no se curàsfe de mas intimaciones, y requirimientos ; que todo serìa de poco fruto, y que se dièsse prièssa.

EN el espàcio que tardò el Leonero en abrir la xaula primera, estùvo consideràndo Don Quixote, si serìa bien hazèr la batalla antes à pie que à cavàllo : Y en fin se determinò de hazèr la à pie, temiendo que Rozinante se espantaria.

ria con la vista de los Leones. Por esto saltò del cavàllo, arrojò la lança, abraçò el escudo, y desembaynò la espada, y passò ante passò con maravilloso denuedo, y coraçon valiente se fuè à ponèr delante del carro, encomendándose à Dios de todo coraçon, y luego à su Señora Dulcinèa.

Y es de sabèr, que llegàndo à este passò el autor de esta verdadera història, exclama, y dize: O fuerte, y sobre todo encarecimientò animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde se pueden miràr todos los valientes del mundo, segundo y nuevo Don Manuel de Leon, que fuè Gloria, y honra de los Españoles Cavallèros! Con que palabras contarè esta tan espantosa hazaña? O con que razones la harè creyble à los siglos venidèros? O que alabanças avrà que no te convengan, y quàdren, aunque sèan hiperboles sobre todos los hiperboles? Tu à pie, Tu solo, Tu intrepido, Tu magnanimo con sola una espada, y no de las del Perrillo cortadòras; con un escudo no de muy luciènte, y limpio azèro estàs aguardando, y atendièndo los dos mas fieros Leones, que jamas criàron las Africanas Selvas? Tus mismos hechos sèan los que te alaben, valeroso Manchego, que yo los dexo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecèrlos. Aquí cesò la referida exclamacion del autor, y passò adelante, anudando el hilo de la història, diziendo.

QUE visto el Leonero yà puestò en postura à Don Quixote, y que no podia dexàr de soltàr al Leon macho so pena de caèr en la desgracia del indignado y atrevido cavallero, abriò de pàr en pàr la primera xaula donde estàva, como se hà dicho, el Leon, el qual pareciò de grandeza ex-  
traor-



traordinària, y de espantàble y fea catadura. Lo primero, que hizo, fuè rebolvèrse en la xàula donde venia echado, y tendèr la garra, y despereçàrse todo. Abrió luego la boca y bostezò muy de espàcio, y con casi dos palmos de lengua que sacò fuera, se despolvoreò los ojos, y se lavò el rostro. Hecho esto sacò la cabeça fuera de la xàula, y mirò à todas partes con los ojos hechos brasas: Vista y Ademan para ponèr espanto à la misma temeridad. Solo Don Quixote lo mirava atentamente, desseando que saltàsse yà del carro, y vinièsse con el à las manos, entre las quales pensava hazèrle pedaços (hasta aquí llegò el estremo de su jamas vista locura:) Pero el generoso Leon, mas comedido que arrogante, no haziendo caso de niñerías, ni de bravatas, despues de avèr mirado à una y à otra parte, como se hà dicho, bolviò las espaldas, y enseñò sus traseras partes à Don Quixote, y con gran flema, y Remansò se bolviò à echàr en la xàula. Viendo lo qual Don Quixote, mandò al Leonero, que le dièsse de palos, y le irritàsse para echàrle fuera. Ezzo no harè yo, respondiò el Leonero, porque si yo le instigo, el primero à quièn harà pedaços, serà à mi mismo. Vuestra mercèd, Señor Cavallero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede dezirse en genero de valentia, y no quièra tentàr segunda fortuna. El Leon tiene abierta la puerta, en su mano està salir, ò no salir; pero pues no hà salido hasta aora, no saldrà en todo el dia. La grandeza del coraçòn de vuestra mercèd yà està bien declarada: Ningun bravo peleante (segun à mi se me alcança) està obligado à mas, que à desafiàr à su enemigo, y esperàrle en campaña, y si el contrario no acude,

en



*Jno. Vanderbank inv. et delin.  
Vol. 3. p. 150.*

*Ger. Vandergucht sculp.*

34

LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG



en el se queda la Infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Assi es verdàd, respondiò Don Quixote: Cierra, amigo, la puerta, y dàmè por testimonio en la mejor forma que pudières, lo que aqui me has visto hazèr: Conviene à faber, como tu abriste al Leon, yo le esperè, el no saliò, bolvilè à esperar, bolviò à no salir, y bolviòse à acostàr. No devo mas, y encantos afuera, y Dios ayùde à la razon, y à la verdàd, y à la verdadera Cavalleria; y cierra, como hè dicho, en tanto que hago señas à los huýdos, y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.

HIZÒLO assi el Leonèro, y Don Quixote, poniendo en la punta de la lança el lienço con que se avia limpiado el rostro de la Lluvia de los requesònes, començò à llamàr à los que no dexàvan de huýr, ni de bolvèr la cabeça à cada passo, todos en tropa, y antecogidos del hidalgo; pero alcançando Sancho à vèr la seña del blanco paño dixo: Que me maten, si mi señor no hà vencido à las fieras bestias, pues nos llama. Detuvièronse todos, y conocièron, que el que hazia las señas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco à poco se vinièron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote, que los llamava. Finalmènte bolvièron al carro, y en llegando dixo Don Quixote al Carretèro: Bolvèd, hermano, à unzir vuestras mulas, y proseguid vuestro viage: Y tu, Sancho, dale dos escudos de oro para el, y para el Leonèro en Recompensa de lo que por mi se hàn detenido. Effos darè yo de muy buena gana, respondiò Sancho. Pero que se hàn hecho los Leones? Son muertos, ò vivos? En-

Entonces el Leonero menudamente, y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando como el mejor pudo, y supo, el valor de Don Quixote, de cuya vista el Leon acobardado no quiso, ni osó salir de la xàula, puesto que avia tenido un buen espacio abierta la puerta della; y que por avèr el dicho à aquel Cavallero, que era tentàr à Dios irritàr al Leon para que por fuerça falièsse (como el queria que se irritàsse) mal de su grado y contra toda su voluntad avia permitido que la puerta se cerràsse.

QUE te parece desto, Sancho? dixo Don Quixote. Ay encantos que valgan contra la verdadera valentia? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el animo ferà imposible. Diò los escudos Sancho; unziò el carretero; besò las manos el Leonero à Don Quixote por la mercèd recibida, y prometiole de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la corte se vièsse. Pues si à caso su magestad preguntàre, quièn la hizo? Dirèysse, que *El Cavallero de los Leones*; que de aquí adelante quièro, que en este se trueque, càmbie, buelva, y mude el que hasta aquí hè tenido *del Cavallero de la triste figura*; y en esto figo la antigua usança de los andantes Cavalleros, que se mudàvan los nombres quando querian, ò quando les venia à cuento. Siguiò su camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del verde gavan profiguièron el fuyo.

EN todo este tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento à miràr, y à notàr los hechos y palabras de Don Quixote, parecièndole, que era un cuerdo loco, y un loco que tirava à cuerdo. No avia aun  
llegado

llegado à su noticia la primera parte de su historia, que si la huviera leydo, cesara la admiracion en que le ponian sus hechos, y sus palabras, pues ya supiera el genero de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, è ya por loco; porque lo que hablava era concertado, elegante, y bien dicho, y lo que hazia disparatado, temerario, y tonto. Y dezia entre si: Que mas locura puede ser, que ponerse la celada llena de requesones, y darse à entender que le ablandavan los cascos los Encantadores? Y que mayor temeridad y disparate, que querer pelear por fuerza con Leones?

DESTAS imaginaciones, y deste soliloquio le facò Don Quixote, diziendole: Quien duda, Señor Don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? Y no seria mucho que assi fuèsse, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa. Pues con todo esto quiero que vuestra merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado, como devo de averle parecido. Bien parece un gallardo Cavallero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres Justas delante de las damas. Bien parece un Cavallero à los ojos de su Rey en la mitad de una gran Plaza dar una lanzada con felice suceso à un bravo toro: Y bien parecen todos aquellos Cavalleros, que en exercicios militares (ò que lo parezcan) entretienen, y alegran, y si se puede dezir, honran las cortes de sus Principes: Pero sobre todos estos, parece mejor un Cavallero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encruzijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras



con intencion de dárles dichosa, y bienafortunada cima, solo por alcançár gloriõsa y duradera fama. Mejor parece, digo, un Cavallero andante fcorriendo à una viuda en algun despoblado, que un cortesano Cavallero requebrando à una donzella en las ciudades. Todos los Cavalleros tienen sus particulares exercicios: Sirva à las damas el cortesano; autorize la corte de su Rey con librèas; sustente los Cavalleros pobres con el esplèndido plato de su mesa; concierte Justas; mantenga tornèos; y muèstrese grande, liberal, y magnifico, y buen Christiano sobre todo; y desta manera cumplirà con sus precisas Obligaciones. Pero el andante Cavallero busque los rincones del mundo; entrese en los mas intricados Laberintos; acometa à cada passo lo imposible; resista en los paràmos despoblados los ardientes rayos del Sol en la mitad del Verano, y en el Invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos. No le affombren Leones, ni le espanten Vestiglos, ni atemorizen Endriagos: Que buscàr estos, acometèr aquellos, y vencèrlos à todos, son sus principales, y verdaderos exercicios. Yo, pues, como me cùpo en fuerte ser uno del numero de la andante Cavalleria, no puèdo dexàr de acometèr todo aquello que à mi me pareciere, que cae debaxo de la Jurisdiccion de mis exercicios; y assi el acometèr los leones que aora acometì, derechamente me tocava, puèsto que conocì ser temeridad exorbitante; porque bien sè yo lo que es valentia, que es una virtud, que està puesta entre dos estremos viciõsos, como son la cobardia, y la temeridad; pero menos mal serà, que el que es valiente, toque, y suba al punto de temerario, que no que baxe, y toque en el punto

punto de cobàrde; que assi como es mas facil venìr el pròdigo à sèr liberàl, que el avàro; assi es mas facil dàr el temeràrio en verdadèro valiente, que no el cobàrde subìr à la verdadèra valentia: Y en esto de acometèr aventùras, crèame vueffà mercèd, Señor Don Diego, que antes se hà de perdèr por carta de mas, que de menos; porque mejor suèna en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallèro es temeràrio y atrevìdo, que no, el tal Cavallèro es timido, y cobàrde.

DIGO, Señor Don Quixote, respondiò Don Diego, que todo lo que vueffà mercèd hà dicho, y hecho, và nivelàdo con el fièl de la misma razon, y que entiendo, que si las ordenanças y leyes de la Cavallerìa andante se perdièssen, se hallarìan en el pecho de vueffà mercèd, como en su mismo depòsito, y archivo: Y dèmonos prièffà, que se haze tarde; y lleguèmos à mi aldea, y casa, donde descansarà vueffà mercèd del passado trabajo; que fino hà fido del cuerpo, hà fido del espiritu, que suele tal vez redundàr en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiènto à gran favor, y mercèd, Señor Don Diego, respondiò Don Quixote, y picando mas de lo que hasta entonces, serìan como las dos de la tarde quando llegàron à la aldea, y à la casa de Don Diego, à quièn Don Quixote llamava *El Cavallero del verde gavàn.*

